

# francisco umbral: retrato de un joven malvado



«Retrato de un joven malvado» puede considerarse, en cierta medida, continuación de la saga biográfica que Umbral había iniciado con «Memorias de un niño de derechas». Pero ahora la epopeya de la postguerra se convierte en crónica de los años cincuenta y sesenta, y las andanzas infantiles dan paso a las aventuras y desventuras posteriores: la perplejidad provinciana ante nuevas situaciones, las largas tertulias en los cafés, el kafkiano mundo de las pensiones, el descubrimiento de su vocación de escritor, la difícil búsqueda de un estilo propio, la progresiva convicción del poder subversivo de la palabra escrita... Y así, paso a paso, Umbral va diseccionando mitos y realidades del sainete esperpéntico que se representa a diario en la capital del país, tanto en el gran Madrid, “eterno”, sofisticado, de cartón de piedra y folklore, como en el “otro” Madrid, inmigrante, desgarrado, suburbial y raquítico.



Francisco Umbral

# Retrato de un joven malvado

(Memorias prematuras)

ePub r1.0

Titivillus 17.02.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Retrato de un joven malvado*  
Francisco Umbral, 1973  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

El estudio de la belleza es un duelo en que el artista grita siempre horrorizado antes de  
sucumbir.  
BAUDELAIRE

Pensiones de sombra, horas perdidas, pasillos largos, quebrados, una floración de olores que nos salía al encuentro, la berza dulce del día anterior, cuadros en las paredes, mala pintura patinada de penumbra, espejos pentagonales con un trébol grabado en cada esquina, tresillos de plástico, flores artificiales, el ex seminarista del cuarto pequeño leyendo a san Agustín y masturbándose, el pianista del cuarto grande tosiendo y muriéndose al piano, aquella luz de tronera, las señoritas de la pensión, solteras y embarcadas, con batas de flores sobre sus jerséis negros, el hombre que estaba en la cocina haciendo crucigramas, con una bufanda por debajo de la chaqueta, atendiendo a las llamadas del teléfono (esos teléfonos que están en la cocina, sobados de la grasa de los guisos, y que dan a todas las conversaciones telefónicas un aliento de puchero y café colado) y llamando a su vez a la tienda de comestibles, al mercado, al supermercado, para pedir más achicoria o más tulipán para los desayunos de la gente.

Porque era un haragán, un camastrón, solterón él también, como sus hermanas, y en las tardes de ocio y bostezo iba cortando en cuadrados regulares las hojas del periódico, hasta obtener un volumen curioso y confortable que clavaba en el clavillo del retrete, y uno allí, sentado en la taza, leyendo las hojas del clavillo, leyendo un periódico inusitado que nunca habría podido prever ningún redactor-jefe, y apretando el intestino bajo la luz espiritual de las buhardas, bajo la estampita del cielo azul —aquí nunca nos falta el cielo azul, que es una bendición de Dios— o mirándose las rodillas huesudas, blancas, duras, un poco en punta, o los zapatos escoñados —estos zapatos ya van estando escoñados, a ver si encuentras otros por Hortaleza—, mientras lucía la música de las radios, la voz autoritaria y pedagógica de los televisores y un geranio de tejado, visitado por el sol y la lluvia, por el gato enfermo de la chimenea y los niños rubios de Madrid que se despiojan sobre las tejas, al costado de las ocas orondas que pasean por el alero, en la Plaza Mayor. Yo escribía obstinadamente, en el fondo de las pensiones, porque para eso había llegado a Madrid y, sobre todo, porque el movimiento continuo de la escritura, como todas las formas de movimiento continuo, tiene algo que contradice levemente a la muerte. Yo escribía como la criadita cosía o bordaba un pañuelo, a la luz de la gota de agua del grifo, en la cocina, eternamente, en tardes de patio y menstruación.

Así las cosas, había llegado yo a Madrid para vivir todo eso, para fabricar libros mediante ese precipitado de obstinación e ignorancia que produce un tomo, mediante esa aleación de desencanto y frenesí que da una obra literaria, un volumen encuadernado, algo de la misma entidad física, más o menos, que una caja de puros llena o una caja de bombones mediada, y yo iba a dedicarme a la fabricación de cajas de bombones y de puros, iba a sumergirme en aquel clima de retrete, café con leche, muela picada y popularidad, respirando la halitosis de los genios y el olor a bodega de las bocas sagradas de la fama, y hacía siempre el mismo libro, ese que hace uno toda la vida, obsesivamente, inútilmente, desde el útero materno, y que seguirá haciendo, hilvanando, imaginando, más allá de la muerte, en el despachito apañado de la tumba. Pensiones de la Gran Vía y aledaños, con escaleras verticales, pederastas de cabaret, opositores y muchachas venéreas, pensiones del barrio de Salamanca, señoriales y decadentes, floreadas como el gran siglo, ricas en almohadones y empapelados, habitadas de húsares de acuarela, orlas, porcelanas esquilmadas, tresillos de cristal, alfombras sutilizadas y transparentadas por el tiempo, y una patrona señora y distante, enferma y maquillada, los chicos de las carreras técnicas gritando en el teléfono, las criadas, frescas y feas, duras y alegres, sacudiendo alfombras, friendo la pescadilla, cantando e invadiendo el viejo palacio con un viento popular, agreste y desnudo.

Pensiones de Argüelles, donde siempre había un estudiante viejo, un homosexual vestido de señorito de pueblo y una cubana exiliada y cachonda. Yo perseguía siempre la habitación última del pasillo, una celda alta y estrecha, un ataúd de cal y canto para

escribir, en silencio (silencio por el que escurría el agua de las cañerías y el orín de los enfermos) mis páginas de letra temblorosa, mis cuartillas amarillentas, papel de arroz sobre el que caía, desde la tronera, un rayo de luz como el de los místicos, mientras una paloma de corral o una gallina pisaban por el tejado y la criada triste cantaba su analfabetismo, sin carta del pueblo.

La pensión de los portugueses, llena de portugueses, brasileños, argentinos y andaluces, en la que sonaba siempre un castellano musical, incorrecto, cantarín, desfigurado y cordial, filetes vegetales para comer y un chico prematuramente calvo que nos arreglaba los relojes a todos, o la pensión de la señora miope, el gañán vocinglero, el pederasta delicado y sordo, el preso recién salido de Carabanchel, con su chaqueta cruda y su pelo corto, y la niña de la casa, que estudiaba para maestra, nos servía los desayunos y paseaba por el pasillo unas piernas hermosas, inocentes, limpias, alabeadas, claras y silenciosas, con los pies metidos en pantuflas de vieja, contraste que hacía de ella una anciana de piernas espléndidas o una niña de pies ancianos.

Hombrones que se estaban todo el día en cama, vestidos, hablando de sementeras y de política, jóvenes en calzoncillos que dormían con las llaves del coche en la mano y las tintineaban por toda la casa muy de mañana, cocinas de repollo y carbón escaso, calefacciones hondas, y los mercados muy cerca, con su algarabía de hortalezas, gritos, pescados, entrañas desgarradas al amanecer y frutas que el sol hinchaba a media mañana, y la lluvia despertaba en un olor fresco, vivo, amarillo, que me llenaba de ansiedad y de campo. Chamarilerías para vender los periódicos, los libros, el hilo de cobre, todo lo que uno había ido robando y reuniendo por la vida, y los domingos con su tristeza de pescadería cerrada, con esa cosa desolada, torpe, férrea y flotante de los mercados sin nadie.

Yo era el novel que había llegado de provincias con los riñones cargados de tipografía que había que ir repartiendo por los periódicos de la capital, yo era el pelo apaisado, las gafas escasas, la boca insegura, el traje indeciso, la corbata sucia, la camisa pobre y la vocación, la vocación, un conglomerado de injusticia y locuacidad, de rebeldía y gramática, para enfrentarse con el mundo.

Espejos tristes de pensión, armarios de madera sola, con el gran espejo abultado, desfigurado, enfermo, leproso, lleno de lágrimas duras, donde yo me veía fracasado de antemano, y una máquina de escribir prestada, que había venido en el metro, negra, como una bomba de relojería, en cajones de vino, con muchos transbordos, entre los obreros y las chicas olorosas, y que daba notas falsas, letras en blanco por donde se iba todo el aire de mi vida, el desaliento de la vocación. Trabajar a mano, con letra insegura, trabajar a máquina, con espacios en blanco, con huecos dentro de las palabras, y fabricar algo, construir día a día un absurdo de prosa y miedo, todo el sinsentido de la vocación, del oficio, qué afán de escribirlo todo, manuscibir el mundo, mecanografiar la vida, encenagar de palabras la celulosa, la materia virgen de los bosques y el sueño blanco de las mujeres.

Ibas para joven malvado, querías hacer la crónica de la vida airada sin haberla vivido y sentías (Baudelaire) que el estudio de la belleza es un duelo en que el artista grita siempre horrorizado antes de sucumbir.

Las pensiones han sido el vivero madrileño de políticos, escritores y poetas. La gente venía a la conquista de Madrid y su éxito o su fracaso estaban, no en el talento, la suerte o el oportunismo, sino en encontrar o no encontrar una buena pensión, una patrona para ir tirando, y el que la encontraba podía aguantar indefinidamente y llegaba arriba, porque llegar arriba es una cuestión de aguante, pero el que no encontraba su pensión, el sitio cálido y pútrido donde abrigarse, moría de hambre por las calles o en los hospitales antituberculosos de las afueras.

En las pensiones habían estado paredaños el historiador de izquierdas y el historiador

de derechas, Galdós y Menéndez Pelayo, y todos llegaban, luego, a las academias y a los ateneos, con el mismo resentimiento de café malo y meretrices crueles, porque durante toda su juventud habían compartido el mismo café y las mismas meretrices. Con igual material confuso y oloriento, con aquella misma pulpa humana de miseria y recuelo, de pensión y piorrea, uno había hecho una obra triunfante, imperial, soleada, aguerrida, y otro una obra oscura, crítica, sombría, dura, pero todos habían metido las manos en el mismo mondongo donde las metía yo ahora, y veía a los compañeros de pensión, al estudiante de pueblo, al vago profesional, al homosexual inquieto, al refugiado político, como el fondo humano cambiante y permanente del que se ha nutrido toda la novela y toda la sociología del país, y se repetía en mí la historia triste, frustrada y lluviosa del chico de provincias escribiendo contra una pared húmeda, azul y fría, gestando en la matriz encenagada de las pensiones unos libros que no iban a añadir nada a los libros ya publicados, porque toda mi biografía era como la biografía de otro, un vivir lo ya vivido, lo ya sabido, un repetir el itinerario de café, pensión, redacción de periódico, reuma y academia.

Sobre este fondo de monotonía y desencanto inicial, iba caligrafiando verdades y mentiras, y era aquella casa de las Ventas del Espíritu Santo como un exilio al este de la ciudad, cuando el crepúsculo lejano prendía en las hogueras de los inmigrantes y el arroyo Abroñigal se llenaba, al atardecer, de aquella melancolía de la segunda mitad del siglo, bien corrida, con una pululación de gitanos, toreros, jugadores de la rana, vecindonas, viejas despiojadas, niñas anémicas, alquitranes subversivos, parejas de novios y obreros que volvían a casa.

Entre la plaza de toros y el cementerio, entre los árboles del norte y los páramos del sur, barrios en declive, construcciones nuevas, con una pobreza reciente y dorada, y llegar allí en las aguas del metro, traído por el tropel oscuro de los empleados, las dependientas, los borrachos y las madres de familia. El centro de la ciudad era una música, un triunfo, un florón carolino y sabiniano sobre el que lucían los colores de la guerra y de la paz, las luces del miedo y el orden, las postales gloriosas y el aire rubio del turismo, pero hasta aquel suburbio no llegaba nada de eso, en el arroyo Abroñigal no contaba la prensa de la tarde, cuajada de políticos, ni el saxofón de moda ni la rueda de los cócteles ni el automóvil azul de los americanos. En el arroyo Abroñigal, al atardecer, escuchando el silencio del cielo y la pobreza, se percibían apenas las olas lejanas del éxito oficial, y yo iba añadiendo cuartillas y los niños de la calle pedían la cena, mientras hasta mi ventana subía una glorificación de polvo, escombros, soledad, atardecer y lejanía.

Ventas del Espíritu Santo, barrio de Manuel Becerra, casas llenas de niños, donde yo escribía a medianoche, el padre boxeador retirado, los hijos famélicos, estreñidos o con colitis, paseando su disentería por toda la casa, niños y niñas arracimados en el baño, hermanitos anémicos, cuerpecillos desnudos que gemían en el bidet, me salían de debajo de la cama o lloraban dentro de los armarios, comidas fétidas, un panorama de chabolas, desde la ventana, y yo allí, ante la máquina de escribir, escapando, tecleando hacia otro sitio. El barrio de Salamanca, de nuevo, apartamentos confusos, un poeta polvoriento en el piso de abajo y una meretriz loca en el piso de arriba, la esposa adúltera besando al alemán en el ascensor, o los bloques del Manzanares, un ladrillo pobre, casas caedizas y recientes, la flojedad de los grifos, el olor del río, la rueda agria de las verbenas, el légamo, mañanas de lluvia y policías a caballo, la transmigración dorada de los meloneros, perros muertos, gatos muertos, fetos humanos en el agua, mi cabeza mareada en el libro, en la cuartilla, músicas de hondonada y gitanos, gitanos lavándose los pies en el río, fumando hojas de árbol y robando somieres viejos.

Los barrios americanos, las mujeres desnudas de botas altas, la música roja de los clubs, restaurantes italianos donde la exótica de melena azul se ponía los collares de



spaghetti, productoras de cine, automóviles muy largos con un muerto sonriente en el interior, un negro con una barra de pan, agencias de prensa, niños rubios hablando en inglés con los perros celtibéricos, meretrices vestidas de oro y criadas jóvenes paseando perros, tomando helados, dejando lo mejor de sus pechos en las altas ventanas de los apartamentos. Vivir en Madrid, morir en Madrid, amar en Madrid, siempre el repiqueteo de mi máquina al sol de los días, contra el norte brumoso, como un trenecito de prosa y sonido haciendo la travesía del infinito serrano, del horizonte con nieve.

En la madrugada, una negra borracha y un español con un crucifijo y un palillo.

Por las pensiones, los apartamentos, los cafés y las cafeterías, los que éramos población flotante, los inmigrantes no cualificados, un Madrid que todavía no se había integrado en el gran Madrid, futuros periodistas, futuros madrileños, futuros actores, políticos, pintores, empresarios, chamarileros, poetas, gerentes y asesinos. Yo era, entre aquella confusión, entre aquella galaxia humana de hombres sin empleo y mujeres sin suerte, el arcángel san Gabriel, el novel puro de provincias, el recién llegado, el inquilino incierto de los espejos de pensión y las camas sin colchones, la primeriza sonriente, la víctima propiciatoria, el alma cándida, el que iba para joven malvado. Hay siempre en Madrid un hormigueo de recién llegados, un cultivo de poetas y prostitutas, un entrecruce de embriones, amebas, opositores y fanáticos, y de ese remolino de pensión y café malo, de whisky español y trabajo a comisión, se va nutriendo la ciudad, va eligiendo sus hombres, sus mujeres, sus famosos, sus personajes, y todos estábamos en las pensiones como en el limbo de los justos o seno de Abraham, quién sabe si como en el Valle de Josafat, esperando no se sabía qué, la resurrección de la carne, la vida perdurable de la política, la llamada desde arriba, la oposición, la cárcel, el enchufe, la oficina, el ministerio, la bendita hora de corromperse, prostituirse, putrefaccionarse y comprarse una corbata nueva o una braga roja, de nylon.

En los cafés estaban los que habían llegado y los que no iban a llegar nunca. En los espejos de los cafés vivían los espectros del pasado, la mugre del 98, los exiliados de la República y los fusilados de la toma de Madrid, todos colgando del techo y de las vigas como jamones, todos espectrales y sonrientes, y el café era el vagón desvencijado del ferrocarril de la ciudad, adonde habían venido a parar desde la cárcel, desde el exilio, desde los trenes de repatriados, todos los intelectuales, los poetas, los políticos, los pintores y los vagos de varias generaciones republicanas, monárquicas, falangistas y librepensadoras.

Los cafés tenían espesor de humo y de recuerdos, pátina de tardes, molduras, el rastro humano de la pereza, una bruja en los retretes, un cerillas que lo sabía todo y un limpia que no quería saber nada. Cafés de orín y conversación, de tiempo y malas digestiones, con anillos sucesivos de contertulios, de generaciones, de conspiraciones, un olimpo de botellas que nunca se abrían y un infinito de espejos que nunca se limpiaban. En el café estaban velando al muerto carreriano y valleinclanescos, y a la tarde se rezaba en el café el rosario de las lamentaciones, y había un camarero que escupía sangre en la taza del retrete y una meretriz madura que le dejaba su hijo natural a la señora de los teléfonos mientras iba a ganarse quinientas pesetas con un librero de provincias.

Todo Madrid estaba en guerra literaria y el café era como el frente, la línea de fuego, el campo de trincheras donde los que habían perdido la contienda y los que la habían ganado hacían una tregua para pedir agua al camarero, o un coñac de garrafa, como aquellas treguas que se hacían, efectivamente, en la guerra civil, a orillas del Ebro —de acuerdo los dos bandos—, para tomar agua del río.

En el café estaban los poetas de ministerio, triunfadores y florales, y los poetas de la resistencia, miopes y retrospectivos, y estaba la galaxia flotante y sonriente de los que

eran tierra de nadie, mendigos, derrotados, depurados, carcelarios, inocentes, queriendo volver a sus empleos o publicar un libro de versos por cuenta de una lejana Diputación Provincial. Tardes de humo, noches de sifón, el fuego muerto del peluche, la huella del desempleo, los cómicos y las cómicas, el peñasco aguerrido y sombrío de los pintores, mundo de bondad y aguarrás, las pupilas claras mirando por los ventanales para buscar colores y luces, pero que parecían las pupilas del labriego mirando el tempero. Esa cosa que tienen siempre los pintores de agricultor que contempla la tierra, no como pintor, sino como recolector de remolacha tardía que no acaba de madurar. Llegué al café, sí, como al frente.

En el café, sobre todo, había viejas, muchas viejas, las viejas de la cultura, poetisas marchitas, viudas de las clases pasivas de la literatura, mujeres de negro o de colores, con mucha pintura, actrices retiradas, que llevaban la tacita de café, temblorosa, del mostrador a la mesa, para no pagarle el servicio al camarero ni darle propina, viejas arracimadas y hablantes que eran el único público de la literatura, su sustento, su coro, porque el novel provinciano había soñado una gloria de públicos extensos y cosmopolitas, de marquesas orteguianas, estudiantes pálidos y bellas muchachas, pero descubría que el único público de un escritor eran las viejas, las viejas, implacables, zascandiles, amortajadoras de los muertos ilustres, comadres de la cultura, vecindonas de las letras, beatas del viejo conferenciante y el académico reumático. Viejas arracimadas del café, la conferencia, el concierto, la exposición y la noche de fin de año. Aquellas viejas surgían del fondo de sus pisos sombríos, de sus pensiones baratas, de sus casas con cintas de la campaña de Filipinas y autógrafos de Emilio Carrère, y se venían a nuestro lado y nos decían que éramos unos chicos muy majos y que teníamos que espabilarnos un poco y que ya nos iban a espabilar ellas a nosotros, y para irnos espabilando nos contaban cosas del periodista famoso, del académico respetable, mucha hambre es lo que traía ése cuando llegó aquí, mucha hambre, y yo le maté el hambre durante mucho tiempo, para que te enteres, y así me lo ha pagado, el muy charrán, que ahora ni me invita a sus conferencias, y había que soportar a aquellas viejas y vivir en el aire de sus abanicos y de sus flatos.

O el escritor viejo, frustrado, bronquítico, que también quería darnos muchos consejos para triunfar en la vida, que tú lo vales y te tengo que dar yo algunos consejos para que triunfes en la vida y en esta profesión de cabrones, que es una profesión de cabrones, y se preguntaba uno por qué no se había dado aquellos sanos consejos a sí mismo, cincuenta años antes, para llegar a algo, porque se había quedado allí, varado y tosedor, viviendo del sablazo, la colaboración de caridad, una pensión del Estado y los préstamos que le hacían sus hermanas, dos pobres ciegas con algunos posibles.

El café era como una pausa, un paréntesis en la vida nacional, en la guerra civil, el sitio adonde iban los ganadores a gastar su dinero y organizar sus cenas, y adonde iban los perdedores a alimentar su esperanza y leerse cartas de los republicanos en el exilio. El café era un vagón de ferrocarril en vía muerta, y todos lo sabíamos, pero nadie quería decirlo, para no romper el hechizo o para que el horror no hiciera añicos los espejos, mientras en la calle triunfaba el orden, la Academia, el rigor, la buena prosa, el Ayuntamiento, el miedo, la televisión y la música melódica, «Esperanza, Esperanza, sólo quieres bailar cha-cha-chá». En los primeros años de café había que ser el confidente de la izquierda y de la derecha, el escuchador de unos y otros, el joven pálido que no sabía latín y debía poner a todo el mundo buena cara y buenos oídos, qué sabes tú, tú eres muy joven, ya irás conociendo esta profesión, ése es un enchufado del Ministerio y un espía, ten cuidado con él, viene al café para enterarse de cosas y denunciarnos a todos, un día le puso una denuncia a uno y vinieron a buscarle y todavía está en Carabanchel, o bien el prosista estilista de la situación, son unos resentidos, tú ni caso, tú a lo tuyo, la literatura no tiene nada que ver con la política, te dirán que yo soy un enchufado y un espía, tú a lo tuyo, qué país, son unos resentidos,

ya te digo, y siempre andan enseñándose las heridas de cuando la guerra, como si los demás no llevásemos heridas, y a mucha honra, unos desagradecidos, además, porque ten en cuenta que yo a ése le he dado a ganar algún dinerillo, no mucho, pero algún dinerillo, que para eso estamos, y yo sé que lo necesita, el hombre, con flores naturales y así, y algunas traducciones y unos fascículos de la Dirección General, que luego se le atragantaron y no quiso hacer más, allá él, no te parece, encima de que les echas una mano, si es que son la leche, y dale con su don Manuel Azaña y su don Ilda, oye.

Oírles como quien oía llover, y la tarde en los espejos, rosa y ciudadana, y el miedo a la vida, quién se echa a la calle a buscar una noticia, ligar una chavala o ganarse cuarenta duros. El café era un refugio, un olvido, y un poso barojiano y ramoniano se movía en el fondo marrón de la tristeza, y si el espejo de la pensión era siempre reprobatorio para mí, los grandes espejos del café eran abrumadores, no había que mirarse en ellos. Las viejas del café querían ligarte y tú tenías miedo de que te sedujeran allí mismo, en el retrete.

Los cafés, unos cuantos, pocos, ardían en la noche madrileña como hogueras de coñac y conversación, y el novel los iba recorriendo todos, se sentaba escorado en las tertulias de viejos, de marxistas, de académicos, de pintores, de actrices, y aprendía de la vida.

Había que hacerse conocido en el café para que a uno le saludasen los grandes y le fiasen los camareros, y allí estaba la resaca de los frustrados, de los alcohólicos, de los locos, ese alrededor de miseria y obstinación que tiene siempre la literatura, y la gente del teatro iba a los estrenos o volvía de los estrenos, y las cómicas estaban lívidas y hermosas, fantasmales y menstruadas, como desenterradas del nicho del camerino, resucitadas después de haber muerto en escena a manos del primer galán. Había cafés con versos, cafés con meretrices, cafés con famosos, cafés con tenores viejos de zarzuela, que hacían el trombón inflando los carrillos, y cafés con expresidarios que nos decían que la cosa iba a cambiar en seguida y que había que prepararse para cuando cambiase la cosa.

Por la mañana, el café tenía una luz de jarra de agua recién puesta, un sol y una transparencia de pecera, y era cuando el limpiabotas analfabeto leía los editoriales políticos de los periódicos y los entendía, antes de que vinieran los señoritos a embrutecerle con el trabajo del betún, las conversaciones de coches y las blasfemias. Por las mañanas uno se iba al café a hacer como que trabajaba, a leer periódicos, sacar crucigramas, distraer el hambre, escribir un folio de prosa lírica o un manifiesto para la caída de las estructuras, folio que luego utilizaba en el retrete, si los intestinos apretaban, y por no darle a la bruja de los aseos la propina que cobraba por el papel, pues sacaba dos pesetas por la cuarta de higiénico y le salía el rollo a precio de oro, a la tía.

A la tarde, después de comer, era cuando se animaba el café, y los que no habíamos comido, los que estábamos allí desde por la mañana, los que habíamos dado una vuelta por la Gran Vía para ver mujeres y leer las cartas de los restaurantes, pegadas en el escaparate, volvíamos a entrar en el café, haciendo la digestión de aquella lectura gastronómica, con un palillo en la boca, pedíamos el cortado y asistíamos a la apoteosis española de la subversión, la conversación y la tertulia, pues todos venían recién comidos, eufóricos, liberados de sus oficinas, ministerios, empleos, trabajos, familias, hogares, lejanías, y soltaban el trapo, el dicterio y el eructo, ya que el español es pendolista por la mañana y anarquista por la tarde, y está deseando llegar al café para iniciar su doble vida de conspirador literario, rebelde político y orador sagrado.

El café se ponía intransitable de conversaciones, amistades, palmoteos, ocurrencias, flatos, hijos, alientos, vahos y voces, y todos vivían allí su libertad condicional vigilada, su sobremesa de gloria y parloteo, y parecía que tenían mucha prisa por decirlo todo,

pues se sabía que luego vendría la tarde, la melancolía, la soledad, el fracaso, la vuelta a casa, los periódicos que no hablaban de uno, el viaje de retorno en el metro, entre aprendizas golfas y obreros con la baja, a escribir en la cocina, salir de compras por el barrio, con la familia, o hacer el amor con una amante vieja, cansada, fea, resentida, que no hacía sino devolverle al hombre semipúblico, como en un espejo, su propia frustración de escritor, de político, de actor, de hombre de mundo. Gran valle de lágrimas, el café, en el anochecer, hasta que volvía la animación de la madrugada, la salida de los teatros, la euforia de los que habían cenado y la tierna impaciencia de los que estaban sin cenar.

Casi hasta el alba, la hora de ir a comprar panecillos en las panaderías cercanas, en los hornos céntricos, o a desayunar chocolate con orujo, y uno creía que todo aquello era la bohemia, la literatura, la vida, pero los grandes bancos iban recorriendo sus cierres férreos, abriendo sus puertas de sombra y poder, y nuestra libertad de chorlitos se ahogaba en el vaso de agua del desayuno. Había que irse a dormir.

El café era un puerto de madrugada para no salir a la alta mar de la noche, un apeadero para retardar el viaje hacia la nada, la soledad, el miedo, el vacío, el hambre, o el fracaso. Perdíamos la vida en los cafés, los noveles, porque veíamos que allí la perdían también los consagrados, y queríamos hundirnos con ellos en la misma nave, irnos a pique todos juntos, y había como una alegría colectiva de barco que se está hundiendo con todas las luces encendidas. Los bancos y los ministerios, que eran la verdad del país, los dueños de nuestras vidas, dormían el sueño sombrío de su poder, y nosotros les oponíamos una alegre fogata suicida, los focos de los cafés.

El novel, de vuelta a casa, pisando el agua violenta de los regadores, aureolado por la luna, comprendía con la clarividencia de las altas horas que nunca iba a llegar a nada, pero tampoco eso le importaba demasiado, en aquellos momentos, y sólo quería encontrar una meretriz barata y buena, para no dormir sólo, o enamorarse de la criada de la pensión, o abrir el gas y dejarse dormir, dejarse morir. Pero el sereno nos trataba de usted y de don. Y eso era lo primero y lo único que habíamos conquistado en Madrid: el respeto aldeano del sereno.

Camas de gran pensión, camas con dosel, orladas, llenas de volutas, extensas y profundas, camas donde uno dormía como el primogénito camastrón de una gran familia, como el usurpador de un confort y un cariño que estaban destinados al hijo privilegiado. Camas militares de las pensiones pobres, catres llenos de bultos, que nos expulsaban hacia la calle, que nos rechazaban con sus chepas y sus durezas, camas húmedas de los lupanares vacíos. La cama, que, como quiera que fuese, había que abandonar muy de mañana, para que la volvieran a hacer, o para echarse a la calle, hundirse en el metro y hacer gestiones, visitar gentes, conocer a los importantes, buscar empleo, dinero, algo.

Uno tenía su pequeño mundo entre el armario de luna apenada y la máquina de escribir con dientes rotos, pero había que echarse a la calle, y en la calle estaba el sol del mediodía, la alegría violenta de los mercados, el perfume hondo de las señoras bellas, el ocio del barrio de Salamanca, la risa de cerveza de Argüelles, los niños desnudos y encostrados de la Ciudad Lineal, el esquiife oxidado de los tranvías, la soledad extensa y desvariante de los parques, el Retiro con sus locos solitarios y sus ayas robustas y bizantinas, el Parque del Oeste, con curas poetas y parejas adolescentes, la Casa de Campo, con vírgenes a caballo y futbolistas pobres, hasta que te hundías, sí, en la catacumba cálida y fétida del metro, entrabas en la corriente de las aguas subterráneas, el río sucio y raudo, el viaje de los recaderos, farallones de pobreza, la negra puntada que iba recosiendo el intestino de la ciudad, hasta amanecer en una plaza redonda, lejana, en una arandela de sol y viejos, o frente a un palacio, un ministerio, un florón coralino y sabatiniano que había que conquistar, conocer, pisar con miedo y temblor.

Viejos palacetes con entrañas de oficina, el poder estaba allí, las finanzas, las ramificaciones dulces de la autoridad, ujieres de colilla y párpado caído, secretarías de falda estrecha y mirada doliente, los alevines listos y alopécicos de la política nacional, chicos que iban a hacer carrera, los discursos recientes, el maíz ideológico que aquellas gallinas burocráticas iban deslindando con sus picos, reduciendo a esquemas y conceptos el gran retal dogmático de donde recortar editoriales, notas de prensa, noticias de agencia, instrucciones, órdenes, consignas, orientaciones y avisos. Aquello era la marcha del poder, la mecánica lánguida y férrea del país, y uno se acordaba de la aprendiz descarada y saltarina que había dejado en el metro, y uno se arrepentía de no haberle seguido los pasos hasta su barrio lejano y popular, hasta cogerla de la mano y respirar el contacto agrio y cereal de su pobreza, de su juventud, de su sexo. Pero la cosa ya no tenía remedio, estás aquí para pedir algo, aprender algo, conocer a alguien, las cartas de recomendación, las infinitas gradaciones del poder, la irisación marengo de los secretarios particulares, todo el espectro coloreado de las mecanógrafas, la intangibilidad de los ficheros, la invisibilidad de los importantes, el jefe, el jerarca, el influyente, su aparición repentina, inesperada, radiante de lociones y peluquería, bigotillo cuidado como un jardín doméstico, su cabeza de plata y poderío en la luz fija de la mañana, en el humo perfumado y azul del cigarro, la inmovilidad confortable del poder, adonde llegaba asordado, muy asordado, el rumor de la calle, el grito de la vida, la prisa triste de la gente.

En aquellos palacios del otro siglo, enmoquetados y con alma de fichero, se movía ahora el cetáceo lento de las ideologías, y un polvillo de los últimos vales, salones y saraos ascendía de debajo de las alfombras, dándole a respirar al poderoso un halago de revolución pacífica, la invasión burocrática de las saletas y la inspiración aristocrática que debía perfumar los bandos, edictos y articulados. Dentro de la flor caliza de piedra de Colmenar, un abejorro administrativo repartía gracia, justicia y doctrina mientras se olía a sí mismo a poderío y manicura.

Los grandes, los importantes, los responsables. Habían venido de sus lejanas provincias, de sus delegaciones comarcales, llenos de prestigio local y de entusiasmo, habían hecho en Madrid la carrera de las cenas conspiratorias y los despachos triunfales, y por fin estaban allí, ante mí, estaba aquel hombre maduro, no sé si todavía galante, uno ha llegado, uno ha llegado, y el que llega tiene derecho a la vida, un poco de locura de vez en cuando, las mujeres, la carne, eso desengrasa y deja la cabeza clara para ejercitar el poder, usted me comprende, joven, vuelva por aquí, el secretario de gestiones le hablará, vea en los últimos boletines oficiales las directrices pertinentes de la campaña orientadora para la cultura popular y la difusión territorial, cosas así, el importante hablaba, estaba a contraluz, yo no podía ver su rostro, sólo la plata incendiada de la cabeza.

Así eran, más o menos, y siempre había un novel ante ellos, una criatura frágil que se iba a corromper o se iba a volver a la pensión para seguir escribiendo desordenadamente, mientras las criadas cantaban por el patio y las verduleras pregonaban sus verduras, nunca llegarás a nada, macho, si es que los despachos me aburren, me aburren, el poder es somnífero, un hombre con tanto poder me da sueño, y los importantes, hacia las tres de la tarde, salían de sus despachos, con gafas negras, y surcaban la ciudad en negros automóviles, hacia restaurantes de penumbra y cubiertos de oro, que era la hora exacta en que nosotros, los recién llegados, los parias, los buscavidas, estábamos hechos unos piernas en los restaurantes baratos de la Luna, la Ballesta, la Madera, el Barco, Jesús y María, Mediterráneo, Atocha, Puerta de Toledo, Tetuán de las Victorias, comiéndonos aquel pollo de goma, aquel rebujón de maduración artificial, miedo, granja, maíz híbrido, fecundación y grasa animal.

Aquí estoy yo, aquí estás, aquí estamos comiéndonos un pollo seco o demasiado grasiento, entre cuatro, el exseminarista que mete en su prosa cosas de la patristica y

cita a san Agustín para hacer una gacetilla cinematográfica, el mozallón manchego que va dejando la ciudad sembrada de hijos naturales y quiere especializarse en periodismo deportivo, y la chica del flujo blanco, seca y enteca, llena de presunciones, rebeldías y risitas, que va a hacer las grandes entrevistas a los grandes aristócratas en los semanarios impresos como primaveras litográficas a muchas tintas, primaveras florecidas en la galaxia Gutenberg hebdomadariamente, entre menstruaciones reales y descapotables con nervio.

Restaurantes marrones, la hora en que todo Madrid olía a cocina, refrito, aceite de soja, pescadilla enferma, coliflores abiertas como lotos de sueño en la olla flotante de la pensión, tres millones de personas, más o menos, pelando la naranja, escupiendo las pepitas de la sandía, sonándose los mocos, poniéndole sal a los huevos fritos, deglutiendo el puré recalentado, digiriendo los callos a la madrileña, paseando la punta de la lengua por las caries, el palillo por las encías, haciendo pucheros con el vino aguado, con el agua rosada de vino, el milagro de las bodas y el niño que ventosea gaseosa mientras los ejércitos de la literatura hacíamos potaje de nuestras malas lecturas y los maestros de escuela recién trasladados a Madrid miraban la televisión con ojos blancos y úlcera de estómago.

El importante, el influyente, me ha dicho, le ha dicho, dice que hay alguna posibilidad, veremos a ver, tiene usted que irse identificando con las directrices constructivas de la nueva orientación informativa y contenciosa de nuestros presupuestos doctrinales, y una mierda, se va a identificar su santa madre, oiga, y te ibas a la pensión a escribir, al metro a tocar el culo a las amas de casa o al restaurante a intercambiar pellizcos y literatura con la poetisa enteca que quería lucir visoncitos en las entrevistas de prensa, junto al entrevistado.

La literatura, la política, la gloria, la madre que lo parió, y las calles de La Latina olían ya a digestión, radio recalentada, ropa puesta a secar, niño enfermo, sopor, siesta, esa primera hora de la tarde en que todo Madrid echa una cabezada en el balcón con geranios secos y sol rojizo, de modo que había que irse a dormir a un café o a visitar a los viejos maestros, que ya no iban a las tertulias de política y dominó, que estaban en sus altos pisos interiores, entre libros velados de polvo, bisqueando, metiendo una pupila loca por la página incunable, refritando su erudición con esfuerzo, flato, equivocaciones y una lupa.

Aquel viejo maestro, el académico cetrino, el sabio milenario, el hombre, solterón de las letras, siempre al cuidado de hermanas icterícas, ojeando viejos periódicos, contando cosas, recordando lo que le dijo Cuchares a aquella reina, y esto es la gloria, esto es la literatura, hay que echar para adelante, otra cosa, pensabas, esto será otra cosa, pues no, es así, unos años de hambre, unos años de lucha, unos años de soledad y al final un panteoncito de libros y polvo, de humedad y recortes, con luz de patio interior y flexo ministerial, para ir fumándose la nicotina de la propia gloria, de la fama, la academia, el respeto y todo eso. El viejo delirante entre sus libros, con la bufanda al cuello y la camisa sucia, el viejo cojeante, bizqueante, todo escorado de cultura, erudición, recuerdos y sabiduría, si te aplicas y estudias y te abrasas en las bibliotecas públicas, en las hemerotecas sombrías, puede que llegues a esto, y darán tu foto recuadrada en el periódico y serás el ilustre o el insigne o el ínclito o la leche.

Qué afán de seguir, a pesar de todo, qué triste obstinación, qué vocación fraguada en aquellas tardes de visiteo a los monstruos sagrados, a la sacratísima monstruosidad, y aquel anciano suplicando amistad, compañía, anhelando un discípulo, una voz primaveral que le dijese maestro, maestro, salías de aquellas casas desalado, a la calle caliente, fría, revuelta, sangrienta, alegre, nocturna, queriendo hacer de tu vida otra cosa, qué tontería.

Pero la noche se liaba en pisos oscuros, apartamentos sin dueño, cenas sobre la alfombra, gentes del café, de la calle, de las letras, de la vida, reuniones con música y

los discos del film «Morir en Madrid», Puente de los Franceses, Puente de los Franceses, cosas que entonces no circulaban, pero que nos gustaría oír, el frente de Madrid, no pasarán, no pasarán, alguien había visto la película en París y la explicaba, y venía un liberado de Carabanchel y contaba cosas de la cárcel, los presos políticos andan jodidos, macho, los comunes son los señoritos de la cárcel.

O las estudiantes de periodismo, chicas que querían vagamente vivir su vida, realizarse, y los actores que todavía no habían pisado un escenario, el teórico de la contestación, con gafas negras y barbita, matrimonios que se desemparejaban por las alcobas, dos homosexuales haciéndose comiditas en la cocina, un grupo de estudiantes con un proyector, pasándonos películas temblonas de los encuentros entre guardias y obreros, chicas sentadas en el suelo, con los pantalones vaqueros manchados de tinta, cal, vino y comida. Uno no sabía cómo entrarles a aquellas contestatarias, reprimido, que eres un reprimido, era lo primero que te decían, bueno, reprimido, claro, coño, a ver, vamos a hacer la revolución, pero una cosa no quita a la otra y además también esto forma parte de la revolución, ¿o no? Lo que pasa es que no habéis leído a Simone de Beauvoir. Lo que pasaba era que no habían leído a Simone de Beauvoir, y si la habían leído era lo mismo, porque siempre tenían algún líder que se las encamaba, o se decía de dos que eran lesbianas, de modo que aquí no haces la guerra ni el amor, macho.

Se terminaba jugando a las prendas, discutiendo la teoría y la praxis de Trotsky y Bakunin o desnudándose uno tras otro, los hombres primero, el poeta obeso y ciego antes que nadie, para ir animando a las damas, que progresistas y todo no dejaban de pensárselo muy bien antes de decidir si se sacaban primero el suéter o el pantalón de pana. Decían que se ligaba, que alguno sacaba algo, pero siempre nos quedábamos cinco o seis hombres solos, con alguna casada que dormía en el sofá, discutiendo las cosas que decía Radio París, mientras la gente se perdía por las alcobas. Yo salía de allí, al alba, dormido, cansado, satisfecho de llevar una vida política de conspiración y madrugada, y con la esperanza de que un día cayese algo, alguna de aquellas malcasadas. Hasta que una noche, de pronto, venía la noticia de un detenido, de un desaparecido, y entonces nos quedábamos serios, serios de verdad, algo estaba pasando, nos subía a los ojos la gravedad de la Historia, la emoción concreta de un hombre en peligro, y aquella noche nadie se acostaba con nadie y el poeta obeso hacía una colecta para ayudar al detenido y todo el mundo se volcaba los bolsillos y algo se reunía.

Pero otros happenings estaban más despolitizados y sólo se trataba de beber vino, encontrar pareja y pasar la noche, y a veces la cosa se liaba en una casa bien, llena de ánforas y ecos, que no se sabía de quién era, y gustaba poner los pies en las tapicerías, echar un sueñecito en los tresillos, robar la biblioteca encuadernada, donde encontrabas a Marx forrado en piel junto a los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, y libros de Malraux en francés y los clásicos españoles anotados por el señor Rodríguez Moñino, que también debía de andar medio en el exilio.

—Esta gente sigue creyendo que Malraux es de izquierdas —diagnosticaba la progre echando una mirada a la librería.

Hurgábamos en aquellas noches el interior burgués de la ciudad, el alma sobredorada de Madrid, descubríamos la entraña de una clase y casi nunca sabíamos en casa de quién habíamos estado.

De aquellas reuniones se salía con sueño, hambre, cansancio, escepticismo, dolor de testículos y dolor de corazón. Alguien se fumaba un petardo, pero la cosa no iba a más y todavía se veía como muy lejano eso de los paraísos artificiales. De momento, había que ir resistiendo con vino peleón las represiones oligarco-burguesas del capitalismo internacional patrocinado por la derecha española, como se decía en los momentos inspirados y lúcidos de la reunión. Allí conocí chicos de Económicas y de periodismo,

«los de periodismo son unos caguetas, van a integrarse todos en seguida», chicas de Letras y poetas que almorzaban de vez en cuando con Blas de Otero.

La geografía nocturna de la ciudad no tenía nada que ver con el mapa municipal diurno, de modo que durante el día no habría podido yo identificar ninguna de las calles ni casas donde habíamos estado. Era un Madrid clandestino y silencioso que se borraba con la llegada de la luz, el despertar de las oficinas y la primera ronda de la policía armada a caballo.

Era mejor, me decía dentro del alma el pequeñoburgués provinciano, quedarse en la pensión a dormir, acostarse pronto, madrugar y salir a las calles, lo más presentable posible, a buscar un empleo, una colaboración, un periódico, un trabajo, algo. Pero la noche siguiente volvía a meterse en conspiración, amor, penumbra, huevos duros, whisky con té, películas clandestinas, musas de la revolución, pintores malditos y malcasadas que me miraban con ojos tiernos, pero no acababan de decidirse, las tías.



Venían las andaluzas, todas de oro y alegría, gitanas lucientes, alegres ellas solas como un bautizo, con peines de nácar, collares de la abuelita, botines altos, sombreros enormes, dejando un rastro venéreo de hombres, enfermedades, luz y ceceo. Las andaluzas estaban en los cafés, emigradas del sur caliente y doliente, contando extrañas historias de caballos y latifundios, las grandes familias, las cacerías con un muerto sospechoso, los carruajes negros que rondaban en la noche, la cárcel de claveles de la niña morena.

Venían las andaluzas, mujeres camino de París, niñas asmáticas y sonrientes, regalando flores a la puerta de las cárceles, haciendo amistad con las viejas del café, robando candelabros de plata en las iglesias, venían las andaluzas y nos llevaban a viajes nocturnos y confusos, a ferrocarriles con sueño, donde se nos entregaban con jadeo y risa, tímidas y fuertes, llenando con su estertor y su alegría los vacíos sucesivos de los grandes hoteles, las ciudades de provincias, la cercanía soñada del mar.

Con las andaluzas todo era posible, la vida, la muerte, la traspasada, el robo de gardenias por sobre las tapias urbanas, los pubs con cigarrillos perfumados, la música oscura del jazz y el flamenco improvisado por la niña bien, por la señorita del sur que vivía en buhardillas subversivas y trabajaba en el estudio de mercados para dar de comer a los barbudos que hacían prensa clandestina con el manubrio de una ciclóstyl, en tanto que los hombres malos del café contaban de ellas, de sus cuerpos cálidos y sus noches locas. Así eran las andaluzas.

Había que amarlas en sus noches alegres, en sus días de sol, vestidas de dama antigua, de estudiante americana, y tenían en su cuerpo de alpiste y enfermedad, en sus senos de sol, un olor a gallinero andaluz, a pelea de gallos, a corral violento y aldeano. Venían las ninfas del café, las ninfas de los espejos, las ninfas de las calles y de las fotografías, la miope desvergonzada, la niña de la marihuana, desnuda bajo sus cremalleras, la francesa morena y viajera, la estudiante rubia y llena de bichos, la vizcaína grande, triste, escultórica, sombría como una mala estatua monumental y excesiva.

Nos llevaban a apartamentos lejanos, vacíos, cocinas tristes, casas de citas, escaleras húmedas, casas de vecindad, y rompían las copas del vino malo con el remolino de sus cabelleras, y se dejaban disfrutar con desgana o clamaban su herida de lobas humanas, y a veces venía un fotógrafo de prensa y les hacíamos las fotos contorsionadas, desnudas, exasperando la juventud de sus cuerpos, el enigma sombrío del cuerpo femenino, abrasando de sol o de sombra la carne abandonada, para luego revelar todo aquello con la ansiedad roja de los fanáticos de la mujer. Qué afán por saber algo, por descubrir algo, por desmembrar a la mujer con la lente fotográfica, con el ojo abultado, para saciar y saciar la insaciable curiosidad infantil por el cuerpo de la hembra.

Fanatizábamos todavía lo último fanatizable, el cuerpo de la mujer, sus rincones de penumbra, y estábamos a punto del último descubrimiento desolador, la aceptación melancólica de que la mujer tampoco tiene secreto y hay que amarla así, fisiológica, transeúnte, cotidiana, decadente y acatarrada. Pero nuestra infancia dormida, nuestra curiosidad de párvulos del sexo quería saber más, más, y la posesión no era un conocimiento suficiente, y mirar, ver, era el gran gozo, el gran aprendizaje, la borrachera maníaca de unos cuantos.

Ni el sol de la tarde en habitaciones blancas y cegadoras, ni los focos, ni la revelación del flash, ni la pupila roja de la cámara oscura, nada era suficiente para consumir aquel descoyuntamiento de la mujer, aquella autopsia erótica, aquella curiosidad nuestra, infinita, insomne, por ese enigma de una carne que no es como nuestra carne, que está hecha de otros líquidos, carmines, vellos y sueños. La mujer, ese ente de estopa, cutis y mirada, cómo agotar los pozos venenosos de su existencia.

Pasaban por nuestra vida, por nuestras manos, volvían a ser lejanas e irreales en los espejos del café, y los cuerpos a través de los cuerpos —quién pasa a través de quién, poeta—, y la carne triste sin haber leído casi ningún libro, y quién en el beso termina el beso, todo lo que se ha escrito sobre el amor, esta corporeidad mortal y rosa, etcétera, algo frenético y carmesí, como quería el dandy, qué mareo de cuerpos y literatura, qué sucesión de mujeres enfermas a las que uno poseía —el acto de la posesión, en el que, por cierto, nada se posee (Marcel)— con desgana, con furia, con un fondo de repugnancia por debajo del ímpetu y la risa. De tanto comercio con la carne no queda una herencia de carne gloriosa, sino el propio cuerpo, blanco y ceniciento, triste, y cuando están lejanos, todos los cuerpos, hasta los más inmundos, ascienden, hechos de oro, en los cielos de la memoria, se redimen y cantan, mientras que tu cuerpo sigue aquí, pesado, duro por unas zonas, blando por otras, demasiado blando y demasiado duro, fardo de violencia e imaginaciones.

Venían las ninfas turbias del café y pasábamos nuestro cuerpo todavía primaveral, pálido y torpe, a través de aquellos cuerpos trabajados, penosos, una intimidad de sudor y lencería lamentable, un rastro de flores sucias y medias recosidas.

Por qué las mareas del pelo, por qué los pies labrados e indescifrables, como piedras aztecas, por qué los ojos de miedo y horizonte, el dulce poderío de los muslos, el armónico abandono de los pechos, por qué un vientre de vasija, el vello rubio de la vida, por qué la solidez de las piernas, la lenta desolación de la espalda, esa tristeza glútea donde la luz se curva, por qué una mujer. Íbamos a la mujer buscando olvido, gloria, pero la carne engaña, porque en seguida aparece el ser humano con los mismos miedos y dolores que nosotros. Habría que llegar al entendimiento mudo de los cuerpos, pues la biografía mata el deseo y ensucia la carne. Por qué la hoguera breve y seca de las axilas, el sexo devorante, la anémona lenta y musical.

Hasta que el cuerpo ardía, el sexo quemaba y había que hacer el itinerario de aquellos consultorios malolientes de Fuencarral o de Alcántara, la miel putrefacta del pecado supurando de uno como las lágrimas espesas del cuerpo, como el llanto de los cuerpos, y ya has entrado en la orden nobilísima de los blenorragicos, o asciendes a pisos sombríos, clínicas de madera negra, salas de espera donde no espera nadie, y tu cuerpo será sometido a ruedas, quemazones, pinchazos, y lo que el otro llamó la tierna carnicilla del deseo es ahora una santa Catalina glorificada por cuchillitos, ah del moluscum contagiosum, ah de los dermisiones, las betametasonas, los celestoderms, los males sagrados y el hombrecillo de bata blanca, con la colilla en la boca, en su barrio de Chamberí, poniéndome inyecciones de agua y hablando de la balanitis como de un fruto tropical.

Muchacha, qué rastro de miel enferma me has dejado en el cuerpo.

Sangra de ti, supura, llora, quema, mata, y al final tendrás una herramienta inocente y sonrosada, un pez de amor y temperatura que cruza sigiloso las aguas espesas y nocturnas de la vida, los océanos femeninos. En aquellos consultorios con placa en el balcón, antiguos y cenicientos, había ardido el neosalvarsán, antes de la guerra, y había entrado luego el fantasma blanco de la penicilina de estraperlo, y el hombrecillo de la bata blanca tenía corbata de lazo y manos pequeñas, nicotinadas, con uñas largas, marfileñas, y desgranaba el maíz sexual con precisión y pereza.

Todo Madrid había pasado por aquellos comedores familiares con una insólita camilla de hospital, cuerpos de hombre y de mujer habían ardido en la luz azul de las tulipas de fin de siglo, y ahora estaba yo allí, heredero de los males sagrados, vestido de la gloria venérea, conversando de fútbol, de mujeres y de periódicos con el médico bajito, arrugado, cínico y fumador. Luego viene la resurrección de la carne y la vida perdurable del sexo, y otra vez muchachas tristes, cuerpos mojados, ese esfuerzo de la imaginación por hacer otra mujer de la mujer que tienes en los brazos. Mil novecientos sesenta y poco.

Por los bares de la Gran Vía, después de la guerra, dicen que se vendía la penicilina, y por los talleres nocturnos trabajaba el linotipista sifilítico, y Madrid tenía un pasado de enfermedades venéreas y mujeres malditas. Vino la judía triste, vino la asturiana dulce, vino la argentina abrasadora, vino la niña madrileña de tabaco y pereza, vino la chica de pueblo con su maleta rota, vinieron las americanas de pulpa y harina lacteada, sin otra psicología que sus pecas, y el chico virginal empezaba a sentirse malvado y leía con candor, en Baudelaire, que hay que ser sublime sin interrupción. Me afanaba por ser sublime, pero tenía la corbata vieja, la camisa rota, el traje arrugado, los zapatos cansados y el vientre enfermo.

Las progres, las progresistas, mujeres solas en apartamentos con música sombría, carteles floreados, collares por las paredes, pósters políticos, libros subversivos, flores de ciclostyl y tabaco perfumado. A media tarde ingresabas en uno de aquellos apartamentos, eras deglutido, absorbido, degustado, violado, poseído, ingurgitado, devorado, vaciado, utilizado, y un sol irreal entraba por los visillos fantasmales, cuando las posturas eróticas de los calendarios se ponían en movimiento y los poetas de la revolución clamaban desnudos desde las paredes. Aquellas mujeres, como no podían ser libres en la calle, se habían construido un museo de la libertad.

Íbamos allí como víctimas propiciatorias, como corderos viciosos, llenos de deseo y de miedo, y en aquellos apartamentos interiores empezaba el matriarcado, la revolución de la mujer, el hombre como herramienta de placer para las madres primeras. Giraban discos acerados en el tocadiscos y morían insectos sexuales en las paredes. Eran los años en que el presidente Kennedy trataba de invadir Cuba y Fidel Castro, bajo la noche tropical, prendía su cigarro puro en el fuego que le ofrecía Ernesto Ché Guevara, todo en el clima verde y clandestino de la revolución, y ambos guerrilleros me miraban desde algún rincón de la casa, o un niño desnudo me señalaba con el dedo acusadoramente, o unas bocas negras cantaban con dolor en los campos de concentración.

Se abrían armarios silenciosos donde cohabitaba la ropa perfumada y tosca de aquellas mujeres, y el reino de la libertad era necesariamente clandestino en una ciudad con demasiados serenos confidenciales.

Los americanos de Torrejón aprendían a tocar la guitarra flamenca con sus manos de mecánico rubio, los jóvenes políticos de Madrid llevaban en el llavero una medalla con la efigie de Juan XXIII por un lado y la de Kennedy por otro, el poeta Eugenio Evtuchenko traía besos de Krushev para las poetisas españolas y los cubanos del exilio llegaban a la ciudad para montar cafeterías dulzonas, conferencias barrocas y tómbolas de diamantes. Fidel y el Ché asistían, desde la pared verde, a mi inactividad revolucionaria y al sacrificio lento, dulce, larguísimo, de mi cuerpo delgado, novel, soltero y pálido.

Allí conocí la otra cara del amor, la otra posibilidad del cuerpo, el papel de poseído, la languidez casi femenina en que yo caía cuando las mujeres fuertes de la guerra fría y la resistencia nocturna ponían en mi blancura de papel sus besos crudos, su amor violento, su rencor de siglos.

Salían a la calle con medias negras o con pantalones, y se volvían a insultar a los hombres que las piropeaban. Vivían la noche como una emboscada y volvían luego a sus apartamentos cerrados, donde convalecía un pintor enfermo, dormitaba un ex presidiario, morían de amor dos sáficas adolescentes y bailaba Sara Bernhardt la danza del vientre, vestida de affiche, por la soledad de la moqueta.

Volvías con miedo y deseo a aquellas alcobas con letras rojas y ropa caída, donde una generación de mujeres fuertes, jóvenes, indecisas, seguras, se marchitaba dentro de su fanal revolucionario, porque en la calle triunfaban los caballos abultados y poderosos del orden establecido.

Los Ateneos, las Academias, los Círculos, las conferencias, las revistas, la oratoria, las

tertulias, viejos edificios resonantes, con escaleras amplias y desoladas, los desnudos retóricos de fin de siglo, templos de la elocuencia con alfombras pisadas por el caballo triste de la cultura, un aura de retrete dignificándolo todo, viejas bibliotecas donde maduraba la calva prematura de los opositores y se encendía la melena cenicienta de las maestras nacionales sin destino. Galerías de retratos, los óleos pálidos de la gloria, inmortales con un pañuelo de lunares en el bolsillo alto de la chaqueta, los nombres de siempre, corredores por donde había pasado, como una nube de humo, el tronitonte don Miguel de Unamuno, regalando pajaritas de papel a los ujieres, y el ceceante don Ramón María del Valle-Inclán, comiéndose la barba. El reino apolillado de la libertad, donde un día se hizo antorcha revolucionaria del vaso de agua de las conferencias, y que después ha sido rincón de oradores discretamente sagrados, discursos fundacionales y erudiciones célibes. Pisar aquellas alfombras, subir los peldaños encerados e inseguros de la literatura, llevar el alma por candela y entrar por fin en el recinto de los sabios careados, de las momias enfermas y los académicos desenterrados.

Las políticas, las repúblicas, las monarquías, los duelos, todo había pasado bajo aquellos frescos despintados, bajo aquella primavera recocida de musas dominicales y laureles románticos, y había al fondo de los pasillos un friso de viejos quietos que lo habían visto todo, que lo habían leído todo con sus ojos de cristal y catarata, y eran los que seguían esperando ver entrar por la puerta grande al conde de Romanones, al general Primo de Rivera, a don Manuel Azaña.

Los noveles pisábamos todo aquello con temblor y desconcierto, y un día se plantaba uno ante el senado retórico de los retratos y sentía la desolación de haber topado con la pared heráldica, con el techo festoneado de la gloria. A esto es a lo más que puedes llegar, a esta apoteosis de gloria académica con aura de frituras que sube por los patios. Un cielo de arpas despintadas y laureles gigantescos nos esperaba con su trompetería liberal, pero en la escalera estaban todavía los conserjes de antes de la guerra, reumáticos, sabios como académicos, y al fin y al cabo tenían el mismo historial, los mismos recuerdos y las mismas imágenes el portero de la Institución que el presidente, pues habían llevado la misma vida de catacumba cultural, filtraciones de orín y biblioteca sin ventilar.

Grandes viejos que no eran nadie y vivían de haberlo visto todo, sin otra grandeza que sus años y sus recuerdos, de los que nunca habían deducido nada importante, ancianas y jubilados con la pleura llena de conferencias, miles de conferencias grises y monótonas que habían escuchado a lo largo de su vida, sin entender nada, atendiendo tan sólo al terno del conferenciante, a su manera elegante o provinciana de beber agua, al tono hueco o musical de su voz.

Eran gustadores de voces, filarmónicos de gargantas conferenciantes, público musical que había oído afinar el instrumento a todos los grandes oradores del país, y que podían recordar el trombón de Unamuno, el violín de Ortega, el clavicordio de Azaña, el piano de Ramón, la guitarra de Federico, el arpa de Alberti y la murga andaluza de don José María Pemán.

Lo único que podían distinguir de todo el cambio habido en la política del país era que los conferenciantes de después de la guerra tenían la voz más violenta, y que luego, con el tiempo, se había tornado gris aquella voz, lenta, deslizante, aburrida, porque en general iba perdiendo brillo la plata de la oratoria, y cuando salía el conferenciante lucido, con planta y nota de conferenciante, los grandes salones apenas tenían tiempo de despertar, resonaban vacíos, bostezaban, «la soledad se ponía a dar saltos» y entonces se percibía más claramente el hueco, el vacío, la ausencia, el largo sueño que dormía el edificio entero, vanamente inquietado por un hombre animoso con voz de otro tiempo.

Tu gloria futura eran las orlas fin de siglo, húmedas del cielo gris que se filtraba por los

tejados, y tu público, tu coro, eran aquellos gustadores de voces, aquellos filarmónicos de la conferencia, y como el novel solía tener la voz temblorosa, insegura, poco educada, comprendía que no iba a triunfar nunca en los espacios fantasmales y excesivos del gran desalquiler cultural.

Una vana actividad literaria llenaba las academias, los ateneos, las tertulias, y un público retrospectivo y repetido iba de un lado a otro, según de dónde viniese la voz, pero las noticias de la guerra de Cuba se agrisaban en el interior de los grandes tomos, en las viejas colecciones de periódicos, y si un estudioso abría uno de aquellos tomos, todo el pasado se concitaba en su torno, el pasado errante que orinaba en los urinarios y suspiraba en los teléfonos de ficha, muy repulidos y repugnantes de conversaciones demasiado íntimas y bocas enfermas, todas con la halitosis inevitable de la sabiduría.

Pero había un día en que se elegía académico, se designaba a un glorioso, se recibía a un ilustre o se desenterraba a un muerto. Era el día en que los viejos y fragantes sombreros de las musas marchitas de la cultura volvían a navegar las procelas de los fracs y todo tenía una gracia académica, un revuelo senil, culto y sofocado.

Días de gala en que la gente se emplumeraba para escuchar la voz y las citas del recién venido, y los noveles estábamos allí, aprendiendo, mirando qué cosa fuera eso de la gloria, las academias, los discursos, las inmortalidades y el saber. Días de coches negros y calvas distinguidas, hasta que todo volvía a su silencio, su tristeza, su chaqueta arrugada y su palillo de dientes.

Uno llegaba a tener en el alma la ortografía ilustre de toda aquella oratoria, porque la España eterna que cabalga con Don Quijote y arde en Lepanto, la España que ahora escribe con mano segura páginas nuevas y gloriosas de una literatura sin par en el mundo, este nuevo Siglo de Oro al que se asoma el concierto de los pueblos, superados los criticismos recios del noventa y ocho, renacida la conciencia clásica de una cultura que toma aliento en Gracián, reposa en El Escorial, levita con santa Teresa y rinde cuentas y versos en este día de hoy, en el Madrid que es capital de pueblos, metrópoli espiritual y patria de un idioma de acero y de oro. Digámoslo ahora, cuando el mundo aún se pregunta por la grandeza de este pueblo, digamos que el sol de España calienta los odres viejos de un idioma insigne, en el que los místicos llegaron a cuajar el ideal de vida y de lucha de nuestra raza austera, entregada, batalladora, siempre entre las armas y las letras, siempre vuelta a Dios y caminando el mundo con la Cruz en la diestra, mientras uno se estaba en aquel peluche duro de los viejos salones, escuchando al monstruo sagrado, tirándose para arriba de los calcetines un poco cortos o rozando discretamente la punta del zapato, para abrillantarlo, contra el respaldo forzado de la butaca de delante.

Hasta que te llegaba el día de hablar tú, de leer tus prosas, tus poemas, tus escritos de pensión en una de aquellas tertulias grandes o pequeñas, en uno de aquellos salones hondos y rojos, vacíos y funerarios, y entonces comprendía uno la inadecuación infinita que había entre las cuartillas tímidas escritas en la alta noche y aquella gloria convencional, escayolada y llena de huecos que nos esperaba con sueño.

Inútil engolar la voz como los grandes oradores del pasado, inútil ensayar el tono confidencial y conmovedor de los escritores que más nos habían interesado, inútil improvisar una actitud pública, un gesto de tribuno, el ademán tierno de un futuro líder, porque la noche de los salones nos devoraba, el vacío de la gloria nos anulaba y nuestro pelo crespo, nuestras gafas inseguras, nuestra voz vacía y nuestro traje cansado pasaban como una sombra de infortunio ante el flash momentáneo de los fotógrafos más rutinarios. Pero allí estaba el vaso de agua, la jarra, inmensa de pronto, rizada como un dragón, toda de cristal monstruoso, y allí ardía el flexo de la lectura, todo para mí solo, esperándome, todo de gran tamaño, cuando un momento antes lo había visto tan mezquino. Y uno estaba a punto de desistir para siempre, de volverse a casa, romper las cuartillas por el camino, arrojarlas a lo hondo del metro, pagar la

pensión y tomar el primer tren de regreso, con la ropa familiar y abrigadora dentro de la maleta, dejando aquella loca aventura, aquella lucha no iniciada por una gloria de restaurante nauseabundo y conferencia sin público.

Allí, las viejas de siempre, cuatro viejas repartidas por la sala, sonrientes, pintadas y temblonas como unas abuelas impuras que nos habían salido, muy dispuestas a escucharnos y a felicitarnos al final cogiéndonos las manos con sus manos centenarias y heladas, reteniendo durante mucho rato nuestra mano en las suyas, dándonos un incienso de velos, abrótanos, polvos de arroz y dentadura postiza.

O los poetas torvos y milenarios que tenían a gloria favorecer a los noveles, descubrirlos, animarlos, escucharlos, ser escuchados por ellos, y algunos noveles como yo, estudiantes, golfos, pedantes, niños con gafas, dispuestos a sonreír con sonrisa verde, a burlarse con el sarro de su erudición falsa y las dioptrías de su impotencia. Era la consagración, la fama, una lectura pública, los primeros pasos, algo trascendental, pero luego no pasaba nada, los periódicos daban una gacetilla de cinco líneas, una semana después, poniendo Umbrales en lugar de Umbral, y uno se hundía más que nunca en el fondo húmedo de la pensión.

En la soledad del aula, con el estruendo de los camiones en la calle, empezabas tu lectura, sin convicción, como leyendo los manuscritos de un amigo desgraciado y muerto en la provincia, de un amigo sin talento al que íbamos a exhumar ahora por puro tedio. Qué vacía la voz, qué hueca la prosa, qué sin música el verso, cómo iba a luchar aquélla contra la oratoria fácil y aguerrida de los oficiales, de los consagrados. No había nada que hacer. La jarra de agua pesaba como plomo cada vez que yo la cogía para servirme de nuevo, para llenar el vaso. El agua sabía cada vez peor, me sabía ya a mí mismo, y fuera del círculo de luz había sólo sombras, vacío, burla, fracaso, misterio, una penumbra silenciosa que yo no me atrevía a explorar con los ojos. Hubiera estado leyendo toda la vida, aunque odiaba leer en voz alta, sólo por no tener que enfrentarme a aquel mundo de polvo, silencio y mueca que me espiaba más allá del flexo.

Mas llegaba el final, sonaban unos aplausos huecos, siglos de aplausos, porque eran los primeros, y bajabas al nivel de los mortales, descendías del cadalso con tu propia cabeza en la mano, debajo del brazo, penosamente autodecapitado, y los sonrientes verdugos y las viejas que habían hecho calceta durante tu ejecución te rodeaban un momento, o para toda la noche, y ya eras un nuevo valor, no eras nadie, nada, realmente, y al final de la velada tendrías que volver a la pensión con tu cabeza debajo del brazo, hasta colocártela otra vez sobre los hombros, malamente, ante el espejo del armario. Había que romper todo aquello, destruir aquellos papeles, liberarse de una caligrafía y una mecanografía que habían ardidado pobremente, sin luz ni calor, en la última hora de la tarde, entre cuatro paredes saturadas de olvido, bajo unos techos altos, demasiado altos.

Los asiduos, los amigos, los camaradas de las letras, qué horrible expresión, las viejas y los poetas querían llevarte en triunfo por las tabernas, los mesones, los bares con marisco y televisión, a una gloria de cerveza, vino amontillado y champiñones, e ibas entre ellos, no como el espada, no como el triunfador, no como la revelación, sino como el muerto, el desenterrado, el decapitado que, después de la guillotina y el garrote vil, saludaba sonriente y pálido a la afición y se tomaba unos vinos con sus verdugos, hasta la hora de irse a la tumba.

Pero ya no se hablaba de tu lectura, sino de premios literarios, de flores naturales, de vinos del país, de mujeres y de fútbol, y tus versos, tus palabras, tus confidencias quedaban lejos, lejísimos, perdidos en una tarde de otro año, olvidados, empaldecidos, muertos. Así que lo que luego destruía en el cuarto de la pensión eran unos papeles en blanco, arrugados y fallidos, de los que se habían borrado todas las palabras que un día ardieron bellamente en ellos.

Cuando volvíamos por los viejos caserones, las grandes aulas, los palacios desamueblados de la cultura, nuestro rastro se había borrado, y eso era tranquilizador, la penumbra había vuelto a cerrarse tras de mí, en bloque, como las aguas de aquel mar. Cortinas de siglos, telones de olvido caían tras el paso inseguro del novel y todo volvía a tener una dimensión panteónica que nunca debimos inquietar con nuestra voz leve, pretenciosa y forastera.

Pero todas las tardes, en Madrid, había un joven pálido leyendo versos, un adolescente asistiendo al sacrificio ritual y mediocre del recitado, un chico de provincias, ex seminarista o ex maestro, bachiller o autodidacta, que sacaba del bolsillo, con temor y temblor, los sonetos amarillos y era la víctima propiciatoria, el gentil decapitado, el reo ceniciento, a la hora en que las vicetiples se cambiaban de sujetador en los camerinos del teatro y los políticos le ponían veneno de sonrisa al cóctel de la marquesa.

Los generales del siglo pasado, los tribunos de otro tiempo, los poetas oficiales de diversas monarquías estaban en los techos y en las paredes, los académicos de barba rizada y melena rubia, todos los viejos mascarones de proa de ese velero bergantín que fue el romanticismo, todas las gárgolas de la mediocre catedral de la cultura, esperando como un senado, como un olimpo, la llegada del chico de provincias, mirándole con ojos fieros, apostrofando de falsete la osadía y la vocación de un joven miope que quería ascender a aquellos cielos de temple y escayola.

Venían las muchachas rojas, trashumantes de los países socialistas, con la piel oscura, la frente fruncida y los ojos lentos. Venían las italianas miopes que fumaban puros y nos insultaban en el amor. Venían las estudiantes de medias negras, familia rota y menstruaciones irregulares. O las jóvenes viajeras, las deportistas, las Amazonas, torpes y entusiastas en el sexo, o venían las modelos, las maniqués, cuerpos de sombra y enfermedad, llenas de lujos tristes, delgadas, asmáticas, con un rastro de hijos naturales y salones dorados, desde sus cocinas del extrarradio, seres de luz y sombra, centauros de lujo y pobreza, con un pasado de pamelas y un presente de peluquería de barrio y revistas atrasadas. Y siempre y una vez más las niñas americanas, las bostonianas, las neoyorquinas de Brooklyn, las vírgenes de cera y democracia, ninfas buenas y saludables, bálsamo de manteca y maíz para la cansada y decadente sensualidad latina.

Venían, en fin, sobre todo, las maduras de provincias, en sus escapadas a la capital, con un revuelo de sombreros a la moda y un historial de tés pequeñoburgueses, conflictos notariales con el marido, herencias y enfermedades, y siempre el olor a bodega de sus bocas gastadas, la madera vieja de sus cuerpos, aquella pasión antigua, adulta y anovelada que traían en el alma.

No le soporto, te juro que no le soporto, sólo piensa en sus amigos y en la pesca, y menos mal que se va de pesca y me deja tranquila, leo lo que puedo, ya sabes, estoy al día, no creas, a mí me ha frustrado este hombre, está tan a gusto con sus comilonas y su casino, dice que tengo la cabeza a pájaros, es vulgar, sabes, vulgar, pero yo no estoy hecha para eso, claro que ya no soy una niña, pero todavía puedo hacer cosas, no sé, me gustaría tanto venirme a Madrid, claro que no me pierdo nada de lo que estrenan aquí, ya lo ves, si él no quiere venir me vengo yo sola a verlo, el teatro me apasiona, si yo tenía que haber sido actriz, en fin, tienes que venir por allí alguna vez, te advierto que es una ciudad pequeña, pero te va a gustar, claro, no es esto, este jaleo, es otra cosa, pero te va a gustar, dame otro beso anda, que estás más frío, hijo, con las cartas tan bonitas que me has escrito.

Las damas de provincias, las señoras frustradas, las viejas difíciles, que dijo el otro, con toda la novela de su pequeño mundo y de su matrimonio, deseando contar cosas, apasionadas de repente, y vuelta a las historias, las frustraciones, tú me comprendes, tú llegarás, tienes talento, ya lo creo que llegarás, y yo te leeré desde allí, ya sabes, siempre en mi gabinetito, leyendo, hay días que no me apetece ver a nadie. Era toda la

Historia de España —«toda España es provincia»— tendida junto a uno en el lecho, con su desnudez de polvos de arroz y su tristeza de carmín. Iban a la moda, demasiado a la moda, no querían quedar en Madrid como unas provincianas, habían tenido la ilusión, en el tren, de que iban a revolucionar la Gran Vía con sus sombreros y sus botines.

—Si es que no me llevas nunca a la Gran Vía.

Pues sólo faltaba eso, amor, que te llevase yo a ti a la Gran Vía, con ese aspecto de Madame Bovary que te traes, pero esto no había que decírselo, porque ellas, entre otras cosas, no sabían quién era Madame Bovary, y yo sólo lo sabía de referencias, ya que aún no había leído a Flaubert.

Las maduras, sí. Las provincianas, aquellos amores tristísimos que te salían, y uno pensaba que eso era la literatura, enamorar a una dama adulta por lo bien que escribía uno. Vivían a mi lado sus vacaciones madrileñas, sus escapadas de la provincia, su aventura loca y mediocre, mientras el marido estaba allá, en la finca, en la fábrica, en el despacho, feliz aquel día de comer solo en casa o de comer en un restaurante de las afueras con los amigotes, la loca se me ha ido a Madrid, qué cruz esta mujer, está como una cabra, se cree fatal, no piensa más que en comprarse trapos, y los contertulios sonreían sin sonreír, mirándose unos a otros con el rabillo, porque intuían que aquella cabra loca se la jugaba a don Ventura, vaya que si se la jugaba.

Después de aquel amor con las viejas, qué ducha de juventud era la niña americana, con qué júbilo encallabas en un cuerpo adolescente, claro y restallante. Claro que, al final, la americana, la rumana, la española, todas tenían también una historia, una biografía, porque lo malo de la mujer es que tiene una historia y la cuenta.

Uno buscaba a la mujer intemporal, sin recuerdos ni proyectos, la ninfa del presente absoluto, pero la mujer, más que el hombre, «es un ser de lejanías», y ellas te llevaban en seguida a la lejanía de su pasado, de su vida en Sestao, en Brooklyn, en Bucarest, en Pisa, una vida sin exotismo ni misterio, una vida vulgar, llena de trastornos menstruales, asignaturas no aprobadas y familias enfermas. La mujer lleva por una punta a los bosques líricos del puro sexo y por la otra a las murallas viejas de la mediocridad más provinciana. Hay que asesinarla en el bosque, después del amor, para librarse de la mediocridad.

En Madrid siempre se estaba gestando algún banquete. Pero de esto tardamos en enterarnos. En Madrid siempre se estaba tramando un homenaje a alguien, una comida, una cena, y la iniciativa partía siempre, naturalmente, del homenajeado, y luego unos cuantos amigos íntimos y un profesional de los banquetes se encargaban de llamar a la prensa, recoger firmas, contratar el hotel, el restaurante, el comedor, y organizar los discursos.

Había en Madrid cazadores de firmas para homenajes y banquetes que eran como los entomólogos de la caligrafía, los cazafirmas, los que salían por la mañana con su cazamariposas y a mediodía tenían una colección de autógrafos manuscritos o telefónicos para volcarlos sobre el mármol del café. Esto está hecho, cinco académicos, dos ministros y tres actrices que están bonísimas. Organizar un homenaje suponía ganarse la gratitud del homenajeado y comer gratis, conocer gente, alternar, salir en los periódicos, leer los telegramas de adhesión y, a lo mejor, sacar un amor. Había que entrar en la red de los homenajes y las cenas, porque mal que bien se iba uno sin pagar e iba conociendo gente, y a medida que los banquetes se democratizaron y dejó de exigirse el smoking, cualquiera podía pasar por amigo particular del homenajeado. En los banquetes, la gente que se veía todos los días y que sabía de antemano que iba a encontrarse allí, se saludaba como si uno de ellos llegase de la Arabia Saudita y el otro de la Laponia. Esto pasaba también en los cócteles, las presentaciones de libros y la vida en general, pues íbamos descubriendo que el estar en sociedad consistía, más que nada, en una inagotable capacidad de



asombro, en un ponerle cara de sorpresa y éxtasis a las caras que ya no nos decían nada. Los banquetes se daban en los viejos restaurantes históricos, llenos de ecos masónicos y románticos, o en los modernos hoteles funcionales.

La orla despintada de las academias, los ateneos y los círculos culturales se repetía en los viejos restaurantes históricos, de modo que uno la miraba y tenía la sensación de que la vida literaria y política estaba rodeada por esa orla, era un espacio acotado con flores antiguas y laureles pálidos, como cuando los niños o los indios acotan un espacio mágico con una cuerda o unas lianas. Dentro de la liana modernista de la decoración moderna estilizada se desenvolvía el mundo literario, y el friso, la decoración, la cinta de flores, arpas y frutas, la guirnalda novecentista corrían por la ciudad, reaparecían en el restaurante como continuación de los salones, se perdían en la calle y volvían a reaparecer en el viejo palacio habilitado como delegación oficial de algo. Los políticos y los escritores del siglo pasado habían acotado un espacio para sus recitaciones como los niños lo acotan para sus juegos, y yo había conseguido entrar en aquel recinto, traspasar la tenue y difícil barrera de flores pintadas, cestillos al duco y estucados rococó.

Había que estar del otro lado de la guirnalda, y a eso era a lo que aspirábamos los noveles, los jóvenes de provincias, los recién llegados. Parecía que no, pero era difícil entrar en el recinto, aunque no se exigía entrada ni se le preguntaba a nadie de dónde venía. El pueblo de Madrid ponía farolillos y guirnaldas de papel en sus verbenas, en los recintos del casticismo, y los intelectuales acotaban la verbena de la cultura con aquel enguirnaldado que se habían encontrado hecho por los pintores de la época de Cánovas, Sagasta, Castelar, Prim, Narváez, la monja de las llagas y Asmodeo.

Después de asistir a unos cuantos banquetes se comprobaba que la langosta termidor y las salsas eran siempre las mismas, y que aquella gente decía y escribía siempre las mismas cosas porque llevaba siglos alimentándose del mismo manjar, de la misma olla, e incluso podía ser que la merluza que nos iban a dar a nosotros, en nuestro homenaje, cincuenta años más tarde, estuviera ya hirviendo en la gran cazuela de los cocineros irónicos que le habían puesto perejil a la gloria de generaciones y generaciones de hombres públicos.

Pero llegaba la hora congestiva de los puros y los licores, cuando la cucharilla del presidente tintineaba en la copa solemne como la campanilla al momento de alzar, y se hacía un silencio espeso de mayonesa cortada, y era cuando el primer orador, pletórico de digestión y vanidad, se ponía en pie. Había que escucharle.

En aquellos banquetes había siempre un político, y más que nada la gente había ido allí para oír al político, para saber lo que decía y comprobar si se le escapaba algo, alguna verdad, algún vislumbre, aunque a aquellos políticos nunca se les escapaba nada. Pero allí veíamos de cerca a los hombres públicos, a la clase política, al que había tenido poder, lo tenía o iba a tenerlo, y olíamos su perfume caro, la flor de su solapa, su radiación de lociones, la melopea de su retórica, y vivíamos por unos momentos en el aura del poder, en la nube de la gloria, y el tipo resultaba más humanizado que en su despacho, con algunos botones sueltos, por la hartura del banquete, y la ceniza del puro encenizándole la oratoria, los finales de frase, los adjetivos. Aquello era un hombre en la cumbre y no había que perderselo.

Esta España ancha y viva, solía comenzar más o menos el orador, que hemos hecho entre todos con una guerra y una paz, esta España que se anuda en Madrid, este Madrid en el que hoy nos reunimos para rendir justo homenaje a un hombre, y el hombre sonreía y daba una chupada de triunfo a su puro, no sin timidez, y se hacía un lío con el café, la copa y el humo, a una obra ejemplar, a un milagro de laboriosidad que habla de la cultura como patriotismo, de la labor personal como servicio, valores que tengo a bien exaltar en nombre de las altas magistraturas que represento y de mi propia y humilde persona, en fin, y aquí era donde el orador empezaba a perderse, el

que venía detrás desdoblaba sus cuartillas y, rota en mil pedazos la magia de la palabra, las toses nevaban el silencio, las conversaciones hacían pasar un trenecito clandestino por los páramos de la retórica y alguien empezaba a ponerse en pie para irse.

Era, en fin, la hora de los abrigos devueltos, la propina, la última copa, las citas, los teléfonos, las toses, a don José lo vi en la comida del otro día y estaba tan pancho, el hombre, pero me dicen que ya le han puesto la extremaunción, e iba despoblándose el espacio mágico, el comedor histórico, el recinto enguirnaldado, y el glorioso, el ilustre, el homenajeadado bajaba lentamente al nivel de la calle y volvía a ser un señor particular, se iba desinflando y descongestionando rápidamente, se le pasaba la embolia de gloria y tenía, de vuelta a casa, esa soledad y ese desconcierto del que ha alcanzado lo inalcanzable y comprueba que ni aun así pasa nada, que el portero le dará las buenas tardes como todos los días y tendrá que subir dos pisos a pie, porque el ascensor —ajenos los elementos de la naturaleza a la biografía gloriosa de este hombre— ha vuelto a dejar de funcionar. Vaya por Dios.

Los viejos comedores, los rancios salones, los dorados casinos se quedaban en sombra, vacíos hasta otro homenaje, y un ujier con chaleco abría una ventana que daba a un patio para que se fuesen las últimas nubes de la gloria, nubes de puro malo, café frío y aliento enfermo.

Por aquellos banquetes íbamos conociendo al país, los hombres que lo mangoneaban, la retórica que administraba la gloria, España, una palabra con esa eñe de cuña y de puñal, una palabra que los oradores clavaban al enemigo político, literario, ideológico, porque habían acuñado España como una daga, como un arma blanca de Toledo, como un cuchillo defensivo y agresivo para hundirlo en el corazón doliente de los demás, y luego lo exhibían ensangrentado, glorioso, temible.

Después de la retórica luciente del banquete había que ir al café a hacer el revés del tapiz, el forro del idioma, que era la conversación, la murmuración, el ir deshaciendo con chistes, anécdotas y risillas todo el tinglado oratorio en que uno había participado y al que uno había contribuido una hora antes. España tiene una cara verdosa y una cruz maliciosa, Madrid tenía un idioma reversible, brillante en los discursos, infecto en las confidencias, y todo el mundo sabía hacer ese juego, manejar esa prenda, y lo que más nos asombraba era la convicción con que los tribunos de la vida hacían juegos florales de palabras, en público, y el escepticismo lepórico con que hacían chistes de retrete a costa de aquello mismo que habían cantado el día anterior. Todo el mundo, más o menos, tenía dos cabezas, y un día asomaba en el café, en el acto académico, en el banquete, la cabeza noble de los discursos, los patriotismos y las fotografías, y al otro día asomaba en la tertulia, la redacción del periódico o la confidencia la cabeza diabólica, mezquina, irónica, con cuernecitos de diablo menor y colorcitos de sofoco, fiebre y envidia.

Los noveles sólo teníamos una cabeza, y así nos iba, pero los monstruos sagrados y los que estaban en el buen camino tenían, cuando menos, aquellas dos cabezas, y les iba muy bien, y a algunos, cuando la guerra, les habían cortado una de aquellas cabezas, pero habían seguido defendiéndose con la otra.

Lo que iba estando claro, en la vida literaria, era que con una cabeza no bastaba, porque antes o después te la iban a cortar en un periódico, una oficina o un ministerio. Uno había creído siempre, en la provincia, asistiendo desde lejos a la vida literaria, que escritor era el que tenía espuelas. El caballero de las espuelas de oro, llamó alguien a Quevedo. Efectivamente, habíamos soñado al escritor como el hombre que hacía resonar por la vida sus espuelas, sus verdades, sus metáforas, su independencia, y el escritor, así, era para el adolescente una continuación de los héroes de la infancia, de los vaqueros y los espadachines, el tipo triunfador, impar, que protagonizaba siempre la vida con su riesgo y su afán de justicia, con su brillantez y su gracia. Escritor era el que

tenía espuelas, el que llevaba por la vida unas hipotéticas espuelas que le distinguían de los demás, que le salvaban de la vulgaridad y el conformismo, pero aquellos escritores que íbamos conociendo no tenían espuelas, sino zancajos, juanetes, tacones torcidos y un infinito cansancio.

Pasaba, a lo más, el de las falsas espuelas, el figurón, el que nos engañaba por un tiempo, pero en seguida nos aburría, porque lo suyo, más que espuelas de oro, eran espolones de gallo viejo. No, ser escritor no iba a ser la continuación de uno mismo de Billy el Niño, Jesse James, el Zorro o Pete Rice. Ser escritor era una cosa encenizada, burocrática, mediocre, entre la política y el periodismo, entre el reúma de los académicos y las amantes viejas de provincias.

Entre las ninfas del café, entre aquellas muchachas de la pensión, el teatro, la noche y el día, entre aquellas actricillas o musas del arroyo, siempre había una, de pronto, que se quedaba embarazada e iba con su embarazo como una bomba de relojería, escondida y a punto de estallar.

Como aquellas chicas habían ido y venido mucho, habían pasado por muchas manos, como todos éramos ya una gran familia en los restaurantes baratos y los cafés sin sueño, el embarazo era un poco de todos, todo el mundo se sentía un poco responsable, hombres y mujeres, incluso los homosexuales, que eran los más maternales, y se hacían suscripciones para que la ninfa abortase o para pagarle una clínica de maternidad decente, en su momento.

Que Florita se ha quedado para adelante. Y como Florita se había quedado para adelante, había como más ternura y más consideración con Florita, que a lo mejor era una catalana sombría o adolescente, o una andaluza alegre y esbelta. Lo del embarazo de aquellas muchachas era una cosa que se llevaba entre todos con mucho secreto, un secreto a voces, y el padre de la criatura no solía estar allí, pues, o bien se trataba de un niño fuenteovejúnico, o había nacido del paso de un señorito de provincias por la alcoba de aquella mujer. Veíamos crecer aquello por días, y las viejas del café le decían a la embarazada que no fumase, que aquello no era bueno para el niño, que no bebiese whisky, que hiciera una vida reposada, y la gestante se estaba en los divanes del café, quietecita, hablando con los actores parados o escribiendo cartas.

Si la muchacha había optado por no ser madre, empezaba el juego de los teléfonos clandestinos, la colecta, el dinero, las llamadas, hay que hacer las cosas bien, yo sé de un matrimonio allá por Ventas, se iba y se venía, y entrábamos en el mundo oscuro y lejano de aquellas gentes secretas que te sacaban de un apuro por unos pocos miles de pesetas. Pero habrá garantías, pues claro que hay garantías, y todo el mundo daba un dinero, y la vieja rentista daba más dinero que nadie, porque no le gustaba que los hombres abusasen de las niñas, y la muchacha pasaba por pasillos verdes, cámaras sombrías, barrios con muchos perros, camas estrechas, habitaciones como celdas, y luego llegaba al café con cara de convaleciente, todo había pasado, ya está, otra vez a correr por ahí, y nos apenábamos todos por un momento, no habría estado mal aquel niño, un hijo que hubiese sido un poco de todos, pero la cosa se olvidaba en seguida, y la madre frustrada no sabía si estar triste o alegre, y finalmente se emborrachaba para olvidar, si le pagaban unas copas en la barra.

O bien nacía el niño, blanco y hermoso, como si no fuera un hijo de la bohemia, y daba el peso que dan los hijos de los burgueses, y todo el mundo le llevaba a la madre botes de pelargón, trapitos, regalos, hasta que, pasado no mucho tiempo, se olvidaba la gente de aquel niño, del que la madre no volvía a hablar, y sin duda lo había enviado al pueblo, con los abuelos, o lo había metido interno en un colegio, pero si una noche íbamos a la pequeña habitación de la chica, a pasar unas horas con ella, abría una puertecilla y nos enseñaba al niño, dormido en un serón. ¿Te acuerdas de mi Luisito? Nació muy hermoso, pero ahora está desmejoradillo y le saco poco.

Efectivamente, aquella mujer tenía un Luisito del que ya nadie se acordaba, y aquel niño dormido nos mataba todo el deseo, toda la lujuria, y queríamos irnos de allí, dejar a la madre con su hijo, volver a la calle, pero ella no comprendía nada. ¿Te vas a ir ahora, me vas a dejar sola? Creí que íbamos a pasar la noche juntos. Cómo pasar la noche allí, con Luisito. Estos embarazos eran relativamente frecuentes entre las ninfas del café, las chicas que querían triunfar en algo y las maduras que no querían envejecer completamente solas. Al principio, la embarazada se sentía agresiva, exhibía su embarazo como un arma, como la bomba que iba a soltar en cualquier momento, y amenazaba vagamente al padre nebuloso o nos amenazaba a todos en general, como si el niño fuera consecuencia de un engaño colectivo. Luego, la maternidad la iba dulcificando y era cuando nos daba más pena de ella y cuando la invitábamos una

noche a cenar, aunque nos costase no cenar nosotros a la noche siguiente.

Había los que se casaban o se juntaban en vista del hijo. Había parejas que se perfilaban inesperadamente y que paseaban su embarazo por los restaurantes turbios de medianoche, y aquel hombre era ya un frustrado para siempre, pedía dinero, trabajaba por las mañanas en cosas inverosímiles, sacaba una familia adelante, ella dejaba de ir por los cafés y él, que llegó a Madrid con tres comedias escritas, con el carcaj repleto, predestinado a triunfar en el periodismo, el teatro o el cine, se quedaba para siempre por aquellas tabernitas, jugando al dominó, seguía teniendo hijos con la chica de entonces y era para nosotros como una premonición, el aviso de que íbamos a acabar así. Hay que librarse de eso, hay que librarse de eso, cuidado con las mujeres, que en seguida se olvidan de su libertad y se meten en casa a planchar y quieren que te quedes con ellas, en la cocina, dándole al niño su papilla.

Los domingos, cuando la pensión se quedaba remansada en sus olores a mucha comida, quieta y silenciosa, con un lejano transistor sonando en el cuarto de la criada, nos íbamos a los bailes-bolera, porque el café estaba irrespirable de viejas y poetas dominicales, aquellos poetas que aparecían una vez por semana, cuando sus oficinas los dejaban en libertad, y que salían a un soneto por domingo, creyendo siempre que la literatura era una cosa de día de fiesta. En los bailes-bolera, a media tarde, había dependientas, chicas de la inmigración, criadas, primeras doncellas, obreritas con bolso de plástico, solteras con collarcito de perlas imitación y ligones de oficio, bailones de domingo, empleados de banco y horteras con el pelo a navaja. Sonaba una música espesa y dulceamarga en los colectores de los altavoces, como un agua densa y sensual, y subía de abajo el trueno de las bolas en el carril, el estampido de los bolos, chachachá, qué rico chachachá, vacilón, qué rico vacilón, el oleaje lento de la bossa nova, todavía la violencia del rock, el reloj me enseñó a bailar el rock and roll, y muy lejos el camionero Elvis, con una muela forrada de oro, metiéndole movimiento a las caderas de toda una juventud, Paseo del Prado chachá, Madrid florido chachachá, moliendo café, la pachanga, pachanga pacá, pachanga pallá, tanta vida yo te di que en la boca llevarás sabor a mí, no soy nada, no soy nada, etcétera.

Sillas de pista, sudor y colonia de domingo, los primeros pantalones femeninos, aguas tónicas y naranjadas industriales, la larga melena de la chica del suburbio, que atravesaba todo Madrid dejando una estela de caramelo, hembra y pobreza, hasta llegar a mis brazos.

Jóvenes callistas con una moto a la puerta para llevarse a la chica a los mesones, manos adolescentes, ellos y ellas, manos trabajadoras, con las cicatrices y los estigmas de una semana laboral, que se encontraban en el baile-bolera, asperezas que se suavizaban mutuamente, que se reblandecían en el calor de las manos cogidas, la vieja molienda, los oficinistas en camisa, con lorzas en las mangas, jugando a los bolos allá abajo, y la corbata dominical, tiesa, dura, con sirenas y lotos. Se te venía a los brazos una desconocida con la blusa perfumada y el pelo denso de cocina, y había el momento congestivo en que todo el mundo estaba en la pista, si es que aquí no se puede bailar lo fino, decía la cursi, y el momento de tiniebla y bolero lento en que una sola pareja, procaz y delgada, se movía por el redondel fluctuante de la música.

Las manos obreras de los galanes buscaban el cuerpo desmayado de las mozas, el cigarrillo ardía lentamente, muy cerca de las uñas pintadas, lacadas, rojas, postizas, y las enaguas almidonadas de Brigitte Bardot, la campánula femenina, sufrían en silencio los mil pliegues de las apreturas. Brigitte Bardot, Bardot, tu estilo triunfó, triunfó, y todavía se hablaba de la nueva ola (en las entrevistas, los nuevos reporteros teníamos que preguntar siempre por la nouvelle vague) mientras el altavoz daba órdenes agrias e irrevocables a los bailones para dejar la pista, para pagar la consumición o apagar los cigarrillos. Por una tronera entraba frescor de patios.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Es la primera vez.

—¿Te gusta el sitio?

—No está mal.

Si ibas bien de fondos, si no ibas corto de pasta, te llevabas a la chica a la barra, a tomar otra consumición —una consumición fuera ya de ticket, realmente fastuosa—, y allí se hablaba con más calma. Todavía los exquisitos nos poníamos un foulard arrugado en el cuello, debajo de la camisa, y la chica hablaba de películas y de la fábrica, hasta que nos ofrecíamos a llevarla a casa, y siempre vivía muy lejos, y había que coger varios metros, varios tranvías, varios autobuses y una camioneta de las que hacían el extrarradio.

En aquel largo viaje, en aquella sucesión de transbordos, entre unos cuantos millones de paseantes dominicales que volvían cansados a sus barrios, a sus casas, se iba madurando la intimidad con la moza, pues tan prolongada travesía daba lugar a caballerosidades por parte de uno y confidencias por parte de ella, y la ciudad nos miraba con ojos de reproche, porque éramos ya como unos novios atrevidos, y ella no dejaba de advertir esta corroboración de nuestras relaciones en los ojos de la gente. Vivían, por fin, al final de General Ricardos, a lo mejor, y en su huerto obrero, en su urbanización extrarradial tenían un perfume de inmigración, bajo las estrellas aldeanas del suburbio.

Era el campo, ya —un campo de latas y páramos—, prestigiando la juventud de la chica, y tras ella había toda una historia de inmigrantes obreros, nostalgias campesinas, campos vacíos, cielos inclementes, gentes que estaban allí, como uno mismo, a la conquista de la ciudad, buscando una corriente de agua tranquila y templada en el entrecruce de corrientes violentas que era Madrid.

Deshacía uno el camino de tranvías y metros que había hecho con ella, solo ahora, de regreso, sintiendo cómo se nos iba volando del cuerpo aquel olor de campo, provincia, muchacha y hermanos pequeños que nos había turbado durante unas horas. El domingo estaba vencido.

Convenía perder algunas mañanas en el Museo del Prado, en el bar del museo, cuando llegaba la primavera madrileña, toda de azul pálido, y con la primavera las primeras turistas, aquellas mujeres rubias y borrosas que se mareaban en la rueda de la Plaza de Neptuno, entre las oficinas de viajes, los grandes hoteles, la fuente monumental, el Museo y los automóviles. La gran pintura española nos daba un prestigio cortesano y velazqueño a los que rondábamos por allí buscando el amor viajero, las divisas del turismo y la aventura idiomática de un inglés mal hablado por ambas partes.

Las turistas llegaban, matinales, a la gran fronda pictórica del Museo, como a la gran hoguera de lo español, al edificio escurialense y afrancesado al mismo tiempo, donde tenían lugar los grandes autos de fe de la pintura. Iban a presenciar el desfile de los siglos, la gran parada militar de España, y nosotros, los buscones, surgíamos de la penumbra del arte como figuras menores de los lienzos, como la España viandante y aseQUIBLE con que ellas podían contar.

Lo mejor era esperarlas en el bar a la vuelta del recorrido, pues así se evitaba uno hacer de nuevo aquella caminata agotadora a través de varios siglos de arte e innumerables salones de historia. Llegaban al bar rendidas, deslumbradas, enceguecidas, respirando ese olor a cerrado que emana Velázquez (aunque los críticos digan que Velázquez huele a sierra del Guadarrama), y habían hecho la clausura del tenebrismo español, y se sentían como monjas liberadas, volvía a vivir en ellas la mujer que eran. Buen momento para requerirlas de amores.

Cuando estamos en un país que no es el nuestro perdemos la noción del tiempo histórico, todos los franceses nos parecen contemporáneos de Napoleón, en Francia, y todos los españoles les parecíamos contemporáneos de Goya a las europeas y las

americanas.

La distancia en el tiempo la borraba la cercanía en la raza, y uno era pueblo de aquellos cuadros, uno de los lanceros del cuadro de las lanzas, uno de los fusilados del Dos de Mayo, así que la turista empezaba sintiendo por nosotros un interés entre museístico e histórico, hasta que la cosa pasaba a mayores.

La mañanas del Prado tenían nubes de luz, un revuelo de pintura que se confundía ya en el recuerdo de aquellas mujeres, y como el pasado concentrado y visible allí pesaba mucho más que el presente efímero de la calle, el romance empezaba fuera del tiempo o en el siglo XVII.

Había ocurrido, sí, la abolición del tiempo gracias a la magia de la pintura, la instauración del pasado que los pintores habían hecho presente, y con la abolición del tiempo venía la abolición de las costumbres y los prejuicios, que son hijos de aquél. De todo esto nos aprovechábamos nosotros, rufianes de la mañana, entrometidos de la Historia, piernas y parias del pasado. Estábamos allí siendo la continuación viva del pueblo de España que ellas habían visto en los cuadros y teníamos un inevitable prestigio de soldados en Flandes, de cortesanos en El Escorial, y nos sentíamos exóticos, que era como nos sentían ellas. Las mañanas del Prado, en la primavera, en el verano, veían nacer el sacrilegio del sexo en la gran catedral de la pintura, dentro de esa cosa de gran sacristía de catedral que tiene todo el Museo.

Pero luego salíamos con ellas a la calle, y ya a cuerpo limpio, sin el respaldo de varios siglos de arte, nos sentíamos desabrigados, galanes tercermundistas al lado de las mujeres prósperas de los países industriales avanzados, y nos veíamos cara de moro en los cristales de las tiendas.

Había que defender la tarde y la noche, sobre todo la noche, con sus tablaos de flamenco, sus espacios vacíos, la juega aguada de los mesones, la flor del champi alimentándolo todo, y la duda de si me la llevo o no me la llevo al río a esta loca de la vida. Así, lo que nacía glorioso de Historia en las mañanas del Prado iba languideciendo en la confusión de las lenguas, a lo largo del día, y si la dama era una adolescente yanqui, todavía se podía inventar un infinito de amor en su corporeidad mortal y rosa, tal y como quisiera el poeta, pero si se trataba de una madura de Centroeuropa acabábamos sintiéndonos realmente mal y la señora se iba convirtiendo en nuestra tía al paso de las horas, hasta que, de madrugada, teníamos entre los brazos a una anciana temblorosa y tumefacta, porque hay que ver lo que envejece una turista en veinticuatro horas de Madrid, en horas veinticuatro de chateo y melopea.

De modo que lo mejor era dejarla a la puerta del hotel de Suecia con un beso en la mano, beso de caballero español, que la conmovía por lo respetuoso y la desconcertaba por lo frío. Lo que buscaba uno, pues, en el Museo, cada mañana, era más que nada la incógnita misma del vivir, el fragor de los siglos en la luz de oro y el encuentro de las razas mejores a la sombra de los grandes tenebristas. Paseo del Prado, chachá, Madrid florido chachachá, decía la radio del patio de la pensión.

Los periódicos había que llenarlos con gacetillas, chismes del cine y del teatro, crímenes pasionales y reportajes sobre la caza del urogallo, y lo que más nos pedían los directores a los nuevos reporteros era la entrevista en exclusiva con una actriz italiana o un futbolista. De la política, de las ideas, de la cultura más bien poco, pues eso ya lo hacían las vacas sagradas, muy puestas de birrete en su pupitre de la redacción, con el puro del banquete en la boca y la aureola de la fidelidad luciéndoles sobre la calva pálida y rugosa.

De modo que íbamos mucho a los estudios de cine, en los tranvías que hacían el extrarradio, y todas las mañanas encontrábamos allí, en una especie de garajes fríos que eran las grandes productoras, una película en marcha, mucho lío de cables, focos que lucían en vano, los electricistas comiéndose un bocadillo de agujas, las grandes estrellas en la sala de maquillaje, fumando con media cara pintada, ellos y ellas, y el

resto de los actores en el bar. Las películas se hacían así, con desgana, sin autoridad, entre partida y partida de dados, sin ritmo, filmando ahora un rato y luego otro rato, y nadie se los sabía enteros, y cuando la actriz iba a decir su largo parlamento se notaba que había estudiado por un guión al que le faltaban hojas, y su escena dramática salía también deshojada, incongruente y sin fuerza.

Eran las películas muy españolas o comedias imitadas del cine americano de los teléfonos blancos, la exaltación en color del hortera nacional o una cosa policíaca donde todos los galanes estrenaban gabardina nueva.

El cine que habíamos visto en la lejana provincia, el cine español, tenía aquí su revés, su realidad de comida fría y falta de puntualidad, y las caras famosas de Cifesa estaban allí, con unos años más, jugando al poker y sudando bajo el sol de los focos. La monja, el bandolero, la mujer-torero, el guardia, el legionario, la reina antigua, el niño con buena voz, todos los mitos del cine español estaban allí desbarajados, por la barra y las mesas del bar, medio de paisano, medio de capitán de los Tercios de Flandes, y tenían una especial libidinosidad aquellas monjas apócrifas con la boca muy pintada, bajo la toca, y una media negra y transparente saliéndoles del hábito. Era la España cañí que se había tomado un descanso, era la mitología de España pidiendo un plato combinado, y nos enamorábamos de la actriz joven y tímida, y queríamos hacerle muchas entrevistas para que se enamorase ella de nosotros, pero las mujeres del cine, como las del teatro, tenían la frigidez de su vedetismo (el vedetismo, en la mujer, engendra frigidez), de modo que sólo pensaban en sus contratos y sus primeros planos, y en un hombre nunca veían un hombre, por deformación profesional, sino una próxima película o unas fotos para las portadas de las revistas.

Todo el cine que habíamos visto de niños, con desgana, se estaba haciendo allí, y aquellos caserones huecos y tristes, aquellos hangares fríos y hondos daban luego su aliento a las películas, el olor a inmueble viejo que suele tener toda película española. Pero había que volver a Madrid, en el tranvía de regreso, con una entrevista al famoso, a la famosa y, a ser posible, con unas fotos.

Por allí se había paseado Sofía Loren, y le habían habilitado un camerino especialmente confortabilizado, para que no se muriese de frío, y todos le habíamos dado la mano a la grandiosa, encontrando que no era tan alta y tan gigante, sino una mujer esbelta y, digamos, perfectamente practicable. Los picaros del cine vivían de un papelito, de unas palabras, de nada, y se estaban toda la mañana tumbados al sol, con la gorra de general sudista que les habían dado sobre los ojos, o jugaban a los dados o les daban palmadas a las extras y a las actricillas.

Alguna mañana que caía por allí el productor, el capitalista, uno de aquellos grandes padrinos del cine nacional, un señor fragante, con el pelo de brillos, el puro encendido, los zapatos blancos y las manos oscuras, en las que brillaban aros y anillos entre la maleza del vello, como tigres entre la vegetación de la selva.

El capitalista, el emprendedor, el hombre que se había hecho a sí mismo, y a quien tanto debía el cine nacional, iba siempre seguido de varios secretarios, y el director de la película le abría las puertas, y se decía que aquel hombre tenía mano en los Ministerios, conseguía permisos de importación, le daban créditos para hacer unas grandes películas que luego no hacía, o hacía muy mal, y de vez en cuando se retrataba con un político en las revistas.

Era el que había llegado, el típico hombre que se había hecho a sí mismo o a quien había hecho la época, se movía a nivel de directores generales y conocía el amor provinciano y exigente de algunas grandes estrellas del país. Después de dar un paseo por el plato y decir que acelerasen el rodaje para ahorrar sueldos, aquel señor se iba en su coche con chófer a los bares de la Gran Vía o de Puerta de Hierro, donde luego comentaba durante el almuerzo: «Hoy me he dado una vuelta por la película y me parece que la vamos a vender muy bien».



Las actricillas estaban en los estudios de cine o en los cafés de artistas o en el fondo sucio de los teatros. Nos gustaban las actricillas, aquellas crías que habían venido a Madrid para triunfar y ser famosas, pero las veíamos siempre como muy preocupadas y cejijuntas con sus contratos, sus problemas, sus novios y sus papeles.

Las actricillas llegaban un día a grandes actrices, o no llegaban nunca, se frustraban, se perdían en la manigua de la gran ciudad y acababan vendiendo carburante en una gasolinera, o en los bares de la Ballesta. Había de todo, pero las actricillas traían todavía la prisa de su fuga de la provincia, una inercia de huida que las tenía siempre en movimiento, y había que cazarlas al paso en la barra del bar de los estudios o en la mesa del café, y siempre querían irse, tenían que ver a un agente artístico, porque se habían tomado aquello del triunfo con una seriedad y una furia que a nosotros mismos nos avergonzaba por nuestra apatía y nuestras pocas ganas de trabajar. Las pequeñas cómicas, las actricillas, las que habían salido ya en un papelito de la tele, en una escena multitudinaria de una película o en una comedia extranjera traducida y adaptada, se compraban ropas raras y estaban en el pub con su melena revuelta, su cazadora nueva, luciente, sus botas viejas gastadas, sus uñas rotas y su bolso confuso, lleno de cartas, guiones, pañuelos, pastillas, fotografías, encendedores, horquillas y libros en inglés. Lo volcaban todo sobre una mesa de mármol y buscaban las monedas para pagar al camarero.

Podíamos ver detrás de ellas la historia de su vida, la provincia de tedio y plateresco de la que habían huido, podíamos ver una madre de pueblo, un padre lejano, una familia y unos vecinos que la daban por perdida para siempre y que luego la veían reaparecer, como un fantasma de tipografía y huecograbado, en las fotos de los periódicos. Las actricillas bebían mucho whisky, se quedaban siempre a dormir en casa de alguien porque las horrorizaba volver a su pensión antigua, jugaban a los chinos con los grandes actores y esperaban de ellos un amor, una protección, un trabajo, un papel o, simplemente, un consejo. Las había locatis, apresuradas, que se perdían en seguida o se quedaban embarazadas o lo hacían todo rematadamente mal, pero había otras concienzudas, ceñudas, decididas, obsesivas, que iban a lo suyo y eran las que acabarían llegando. Conseguían, sí, su propósito a costa de una frigidez prematura, pero al fin leían el nombre exótico que se habían puesto en los grandes titulares de la letraset.

Eran la emancipada española, la difícil luchadora en una sociedad cerrada, y no es que fueran a cambiar el mundo ni a transformar la vida, pero veíamos en ellas esa precisión que tiene la mujer para ir a lo suyo cuando se propone algo, esa falta de tentaciones, esa naturaleza menos dispersa que la del hombre. Nosotros nos perdíamos una oportunidad por una aventura, un empleo por un amor, pero ellas no daban un solo paso en falso y todo les iba saliendo bien. Claro que también estaba la maldita, la bohemia, la que nunca iba a llegar a nada, ni falta que hacía. Pero pude notar que, en general, la mujer es mejor soldado que el hombre, no pierde tanto el tiempo, no derrocha generosamente su amistad y sonrío lo justo a cada uno, reparte la sandía de sus sonrisas en rodajas iguales, para que quede claro que no se ha comprometido con nadie.

Al principio, el hombre malo de los cafés creía que las actricillas eran cosa hecha y les iba con bromas y engaños, y, como era torpe, tardaba en enterarse de que no había nada que hacer, porque la niña había venido de la provincia con un proyecto de vida escrito en un papel viejo, o por el revés de la portada de un libro, e iba siguiendo aquel proyecto implacablemente, a base de llamadas telefónicas, volteo de ojos y perfumes bien elegidos.

Es lo que tiene Madrid, que si te engañan el primer día te engañarán ya siempre y no levantarás cabeza, y te morirás de cien años habiendo sido el gran estafado, como dijeron del otro. Por eso no hay que pasar ni una, no hay que dejarse engañar nunca, y

esto lo sabían bien las actricillas, que no hacían una sola concesión y sólo el hambre y la ligereza de los hombres podía haberles creado esa fama de fáciles, alegres y desprendidas. Tardamos mucho tiempo en desenamorarnos de las actricillas, en comprender que no había que andar siempre al aire de su vuelo, perdiendo el tiempo, sino que más valía dejarlas en paz, hacer uno su propio camino y saludarlas de tarde en tarde, a lo lejos, como en un cruce de trenes, con sonrisa que quería decir: sí, ya veo que eras lista, rica, ya veo que vas saliendo adelante, estás muy guapa y hasta parece que no eres mala actriz. Anda ahí que te zurzan, rica, que yo tampoco tengo tiempo que perder, amor.

Porque lo que quería la actricilla era encontrar un hombre para los recados, los puñetazos, las noches de soledad y las temporadas sin contrato. Y eso sí que no. Aprendimos un día a verlas ir y venir, a dejarlas pasar como se deja pasar a las cigüeñas, cuando van en bandadas. Nosotros a lo nuestro y ellas a lo suyo. Imposible para el amor la que se propone llegar tan alto. Ellas y nosotros sabíamos, como dijo el francés, hasta dónde se puede ir demasiado lejos. La actricilla, en fin, había llegado una noche al café, como nosotros mismos, era la repetición femenina y temblorosa de uno, lo había mirado todo con susto y deslumbramiento, naufragando en los grandes espejos, y se había estado hasta las tantas, sin cenar, en los divanes de peluche, conociendo gente, dando la mano tímidamente, con un movimiento torpe, como si todavía le pesasen en la muñeca los grilletes de la provincia. Hasta que se habían ido los últimos lobos del café, atraídos primero por la novedad, aburridos luego de aquella paleta que no tenía nada que contar y que tampoco parecía dispuesta a pasar la noche en otra compañía que la de su bolso, pues era seguro que dormía con el bolso apretado contra el pecho, ya que en él llevaba todos sus pequeños tesoros.

Así, hasta que se hacía habitual del café, y ya tenía menos interés, pero cuando le iban saliendo contratos, cosas, y cuando tenía un papelito en una comedia se estaba toda la función en su camerino, el último camerino del teatro, al final de unas escaleras de caracol y un pasillo tortuoso, esperando el momento de salir a escena, llena de frío, mal abrigada, escuchando el transistor y mirándose las uñas, como la chica de la portera en la portería. Leía aburrida unos tebeos y se repasaba el maquillaje de vez en cuando. En el pueblo sabían que se dedicaba al teatro y la imaginaban entre luces, plumas y champaña, y no sabían que dedicarse al teatro era eso, estar horas y horas en una celda húmeda, con un espejo borroso, pasando frío, en el fondo desolado y entorpecido de aquellos viejos coliseos madrileños, oyendo como un mar remoto los parlamentos de la escena, los gritos lejanos de la primera actriz, como gritos en el mar, y deseando volver a la pensión, o a casa de los padres, para curarse la cistitis.

—Señorita García, a escena.

Y la señorita García se ponía en pie, corregía de prisa todos los defectos del maquillaje y el atuendo, repetía su frase, su única frase, y bajaba la escalera de caracol, taconeando mucho.

Así habían empezado todas, así había empezado también la primera actriz, la gran cómica. La cómica, la vieja y grande cómica estaba en su camerino, un poco más allá que la joven, en el mismo pasillo, y tenía el camerino más confortable, poco más, con una alfombra sucia, mayor número de bombillas y una estufa de butano que le daba un incienso industrial a su gloria de perfumes, gacetillas y máscaras.

Y toda la gloria del teatro era esa, eso, haber recorrido el angosto y desencarnado pasillo, haber pasado del último camerino al primero, tener una bata guateada para salir de escena, como para salir de la ducha de la gloria, del baño de luz del escenario, de la sauna de los aplausos. La cómica, la gran cómica, a la que visitábamos los noveles para hacerle entrevistas, para contar su vida falseada en los periódicos. Qué sola, qué grande, qué perdida al final del laberinto de matrimonios y amores que había sido su vida. Llena de años, gloriosa, rugosa como el arte del teatro, con diademas de

recuerdos y hogueras de nieve en el pelo, la vieja actriz, la vieja cómica movía unas manos donde las uñas brillaban tanto como las alhajas, hablaba con una voz profunda y empastada, decía cosas caducas, tenía sólo dos o tres gestos, dos o tres ademanes curiosos, originales, que eran los mismos en la escena y en la vida, y entonces comprendíamos que su arte estaba hecho de su persona, que su único estilo y su único secreto era comportarse en escena como en casa, hacer el mismo movimiento de cabeza y el mismo juego de manos. Cualquiera que sepa estar en la escena como en el café puede ser un gran actor. El arte de actuar, más que una creación, es una desinhibición.

Cualquiera que sepa escribir como habla o como piensa, contar su vida tal y como la vive, puede ser un gran escritor. También la literatura es un problema de desinhibición, de naturalidad, porque hay muchos escritores que se agarrotan ante las cuartillas, se contraen, se crispan, y esto les pierde.

Hay que perderle el miedo al propio oficio, hay que hacer del oficio una continuación de la vida, procurar que la vida entre en el arte como el mar entra en algunas landas, y esto es lo que no consigue casi nadie, derribar la pared entre arte y vida, no hacer de sí mismo compartimentos estancos. Y esta naturalidad se pide, no a efectos de reflejar la verdad de la vida, que eso es un tópico aburrido y moralizante, sino a efectos puramente estilísticos, estéticos.

La mayor fantasía, el mayor absurdo puede decirse o escribirse con naturalidad si se ha suprimido el envaramiento de la creación, y la mayor obviedad suena a falso si se dice de una manera envarada. De todas estas cosas hablábamos, a veces, con las viejas cómicas, que eran unas grandes tortugas que habían conseguido, gracias a una desinhibición natural, decir con la misma naturalidad a Shakespeare que a Ionesco, a Benavente que a Arniches, y hacían resbalar por su voz la metafísica, la lírica, el ingenio y el pensamiento como la gran señora que le recita a la cocinera el menú del día. No eran geniales ni creadoras, aquellas mujeres. Eran naturales, y le daban naturalidad a las más levantadas comedias simbolistas. De ellas aprendíamos a ser naturales, a escribir de Dios y de los hombres como escribíamos las cartas a los amigos que se habían quedado en la provincia.

La cómica, empero, se iba quitando y poniendo caretas en la conversación, pasaban por su rostro de vidrio y lejanía todos los dramas que había interpretado, tenía voz de Esquilo y de Moliere, los viejos y grandes dramaturgos se encarnaban en ella, ella era unos y otros, su pelo era peluca y corona, estaba llena de tragedias literarias que no había comprendido, vivía las angustias del teatro como la madre de familia vive las angustias de la vida, sin entenderlas muy bien, sin saber el porqué, sin preguntárselo.

La veíamos siempre contra el fondo nebuloso de los teatros huecos, orlada por la penumbra polvorienta del coliseo, en una ausencia de públicos, monologando su gloria y sus gacetillas, mirándose en distintos espejos redondos y ovales, fumando, dejándose caer unos quevedos sobre el pecho, colgantes de una cadenita de oro, hablando de América, llorando, recitando, y el teatro vacío ahondaba su vejez tras ella, y parecía que se iba a ir al abismo, de espalda, de un momento a otro, la vieja cómica.

Asistir a la transformación de uno de aquellos delfines, a la lenta o rápida metamorfosis del quinqui en hombre público, del chacal urbano en político o periodista de renombre. Llegaban de su provincia llenos de hambre, con la barba dura de los lobos esteparios, mirando de través u oliendo a vino. Perseguián a las mujeres, huroneaban por los cafés, transitaban la noche con las antorchas del hambre encendidas y en alto, vivían de la turista, el sablazo, el amigo, la compraventa de Biblias y los paquetes del pueblo, hasta que un día se acercaban por primera vez a las oficinas, los despachos, las redacciones, y dejaban de aullar.

Se ponían una corbata, nos pedían prestada una camisa, fumaban mejor tabaco, y luego la vida les iba poniendo chalecos, los iba haciendo la barba, o rapándosela, con esa vocación de peluquero que tiene la vida, y que quiere pelarnos a todos por igual. Pasaban por no sé qué institutos de belleza, nos hablaban un día de adaptarse a las estructuras modificables imprimiendo un ritmo de cambio acelerado a la legalidad contingente de la praxis y el futuro, y era que Madrid los había ido cobrando, transformando. Madrid, escultor de almas, como el otro, hacía de un quinqui un delegado provincial y de un piernas un asesor periodístico. Hacer carrera en Madrid era dejar de fumar colillas de la calle para fumar colillas de puro de ministro.

Volvían por los cafés, por los clubs, los pubs, las terrazas, las tertulias literarias, para decirnos que había que integrarse en algo, sentar la cabeza, dejar la bohemia y la literatura, ser modernos, funcionales. Había que prestar un servicio.

—Si es que a mí no me sale de aquí prestar ningún servicio, macho.

Bueno, pues allá tú, peor para ti, tú tienes talento, tú vales, podrías hacer cosas, pero te vas a malograr con tanto lirismo y tanta bohemia, eso es románticoide, pasaron los tiempos de Espronceda, no hay que hacer el Baudelaire, Baudelaire tenía una renta, ¿sabes?

Teníamos que agradecerles, en el fondo, que se ocupasen tanto de nosotros, que quisieran repescarnos, aún, salvarnos del fondo y el légamo de la bohemia, que decían ellos. Eran como la mujer caída que trata de inducir a una compañera del pueblo y hacerla entrar en la carrera para solucionarle la vida. Querían curarse su mala conciencia con nuestro fichaje, pero nosotros nos resistíamos, y no por ninguna clase de ética, sino porque nos aburrían los despachos, aquellos despachos entre americanos y triunfalistas, entre gerente general y comisario del pueblo, sin pueblo. Nos daban sueño aquellas cámaras con tapices, colgaduras, micrófonos, emblemas y olor a madera vieja. Uno, lo que quería era andar por la calle, conocer a la gente, escribir entre un mercado y un café, hacer el reportaje pateado con brisa popular, y comprendíamos que no habíamos nacido para dar órdenes ni para recibirlas, envidiando solamente a los cuatro escritores libres (es un decir) que quedaban en Madrid, dueños de su tiempo, al menos de su tiempo, como aquél que decía, tras haber escrito los folios de la novela que tenía en marcha, cada mañana:

—Mire usted, una profesión en la que se ha terminado de trabajar a las once de la mañana es, a pesar de todo, una buena profesión.

Pero los jóvenes políticos, los que luego se llamarían ejecutivos, tecnócratas, etcétera, tenían de pronto una mística católica o una mística ideológica, y nos miraban, siempre en nuestro café, como se mira al irrecuperable, al inválido, al que ha caído en lo más bajo.

Ahí te vas a quedar para siempre, haciendo artículos costumbristas y poemas a las americanas que se enamoran de ti por dos semanas, parecía que nos decían con la mirada. Y te hacían sentirte, por un momento, el paria, el piernas, el trasnochado, el irredento, el Verlaine de verbena, el golfo, el loco, hasta que nos metieron en la cabeza el convencimiento de que nunca íbamos a llegar a nada, y esto resultó ser un consuelo, un alivio, pues ya estábamos libres para siempre, libres para el amor, la poesía, la noche, libres para poner bombas, aunque la verdad —ay— es que no tuvimos valor y

pusimos muy pocas.

Acabaría entrando en un despacho, en una redacción, en una nómina, posiblemente, pero estirabas al máximo tu temporada de joven malvado, de poeta maldito, de hombre de café, estirabas tus años de vino literario y rosas sexuales, por un sentido romántico de la profesión, por una revuelta natural contra la vida y sus despachos, quién sabe.

Pero ellos se integraban, se integraban, iban de gris marengo o de alpaca brillante, según la moda de los ministros, y vivían en aquellos despachos, dentro de los viejos palacetes de piedra blanda y cálida, parapetados en los florones de piedra, los balcones de herrajes, las salas y antesalas, las saletas que fueron ámbito de viejos saraos, los espejos que se asomaron al paso lento y obeso de doña Emilia Pardo Bazán, y el chacal de las calles iba encaneciendo de dignidad, trocando su lirismo canalla por una prosa burocrática, impersonal y abstrusa, hasta que aprendía a meter los dedos en las sisas del chaleco con la autoridad, la petulancia y el dandismo hortera de todos los grandes políticos del mundo. Había llegado.

Otros, más fieles a la primera vocación literaria, seguían escribiendo, se convertían en poetas del Boletín Oficial y hacían pregones de fiestas, mantenimientos de juegos florales y otras habilidades por la ancha geografía de la patria. La poesía y la cultura se habían centralizado en Madrid y en Madrid siempre había un señor al que se podía llamar por teléfono para que acudiese a la lejana provincia con su carga de versos, con su cesta de flores y metáforas, con su cántaro de agua lírica en la cadera.

Era una manera de estar y no estar, de ser y no ser, y se tenía por poeta puro el que vivía de eso, el que paseaba su calva ilustre por todos los viejos teatros de los pueblos y las cabezas de partido, teatros donde habían triunfado las plumas de Celia Gámez, las piernas de Lilian de Celis y los chistes de Adolfo Torrado.

El teatro del pueblo estaba, como una boca abierta, bostezante o ávida, esperando siempre lo único que podía llenarla, la farándula madrileña, la «farsa del madrileñismo», que decían los carlistas, la troupe de poetas, vicetiples, tenores y meretrices llegados de Madrid en un tren de mercancías artísticas. Aquellos viajantes tic comercio de la cultura estaban siempre fuera, iban y venían mucho, y cuando los encontrábamos en los cafés tenían siempre algo de hombre impaciente en la sala de espera.

El café, para ellos, no era sino un andén entre dos trenes. Si en Madrid no eran gran cosa, en las provincias lo eran todo. Así como hay glorias nacionales que no se mueven de su pueblo, también se puede ser escritor de provincias desde Madrid. Eso eran ellos.

Había que tener un smoking planchable, muy llevado y traído, que el conferenciante, el recitador, sabía colocar ya con gran práctica dentro de la maleta, y que colgaba en la percha del hotel nada más llegar. Lo primero, colgar el smoking. Luego, a conquistar la comarca. Que ha venido el escritor de Madrid, que ha venido el señor mantenedor.

Le hacían entrevistas y allí dirimía él la gloria y la condenación de sus compañeros de oficio, nadie le llevaba la contraria y se revestía de una autoridad que no solía tener en la capital. Ya le conocían los espejos entristecidos de todos los hoteles de segunda, ya le acogían como a un réprobo y un pródigo los ascensores lentos y a pedal de esos hoteles, y él procuraba no perder el aire, el tono, y triunfaba entre las señoras de los concejales y llevaba los puños un poco más salidos de las mangas del smoking, el día de la ceremonia, en lo cual se notaba que él era el madrileño, el hombre de mundo, pues lo que pierde a las fuerzas vivas del campo es que las mangas del smoking suelen taparles las falanges, las falanginas o las falangetas.

No les gustaba, seguramente, a aquellos escritores periféricos y rotatorios, su oficio ferroviario, como no le gusta al cómico de la legua. En realidad, el poeta de los juegos florales era él solo como una compañía de teatro unipersonal, el bululú, el hombre que lo hacía todo, y traía su carro de musas y de citas, e iba teniendo mucho de cómico.

Sabía cómo montar el número, cómo arrancar los aplausos, cómo, llenar el teatro y cómo ignorar que no estaba lleno, cuando no lo estaba.

Se paseaban con los jóvenes literatos del pueblo, tomaban café después de comer en casa del alcalde, y habían dado el brazo a todas las reinas de la vendimia de todas las comarcas españolas, pero de esto no les había quedado ninguna galantería, y cuando daban el brazo a su señora esposa, para ir al cine del barrio, en Madrid, ella no pensaba que a aquel brazo se habían cogido mil manos ilusionadas y temblorosas, mil palomas torcaces, mil niñas que no entendían mucho por qué las casaban durante noventa minutos, y de mentira, con un señor viejo, pesado, calvo y recitador. Aquel matrimonio del mantenedor lírico y de la reina de las fiestas era un matrimonio catastrófico y se veía que no iba a durar nada.

En algún sitio del teatro el novio real de la chica, el mozo que la sofaldaba en los corrales, y el pueblo intuía que aquel emparejamiento municipal del viejo forastero y la guapa del pueblo era un amaño del señor alcalde con el celestinaje de la cultura que, como dijo el otro, es siempre la gran celestina. Pero el señor mantenedor estaba de vuelta y ni siquiera veía a la dama, todas eran la misma, para él, una mona vestida de seda, pues no había ido allí a enamorarse, sino a ganar cinco mil pesetas más los viajes.

Las que a él le gustaban, en realidad, eran las mujeres gruesas del café, las maduras hondas y suspironas, aquellas aventureras de la cultura, la Lou-Andreas Salomé de anís del Mono, que le comprendía, le pasaba los versos a máquina y se acostaba con él sin perdonarle que no se hubiera casado con ella. Duro oficio, el del poeta transeúnte, el del escritor itinerante, oficio protegido de alguna manera por las altas ruedas de la cultura, y que acababa dando a aquella clase de poetas un aspecto de viajante de comercio entreverado de guardia civil, alcalde de pueblo y padrino de bodas aldeanas.

Eran los años del arte abstracto y veíamos muchas exposiciones de esta clase de arte, y salíamos de ellas alimentados con aquella materia tan pastosa, tan rica, tan nutritiva, que ponían los grandes abstractos españoles en sus cuadros. El arte abstracto estaba patrocinado por la conspiración católica, porque se veía en él un arte sin compromisos sociales ni peligros eróticos. El arte abstracto estaba patrocinado también por la conjura snob, pues permitía más brillantes y rápidos lanzamientos de artistas mediocres, pero nosotros, a fuerza de ir a las exposiciones a alimentarnos de canapés y colores puros, aprendimos a distinguir a un buen abstracto de un mal abstracto, y nos gustaban aquellos relámpagos de la espátula sobre la noche del cuadro, o aquellos equilibrios de rojo y negro, de círculo y rectángulo.

Los críticos de arte se encontraron a gusto, por fin, pues la crítica de arte es una cosa que está sin resolver desde siempre. Uno escuchaba a los críticos de arte, haciendo metafísica metafórica sobre la pintura, y no podía por menos de quedarse anonadado y confuso, pero luego oía hablar a los pintores, en el café, y todo era distinto. No hay lección de estética más importante que este contraste de escuchar primero a un crítico y luego a un pintor. El crítico suele sumar la impotencia de la palabra a su impotencia personal para explicar esa cosa inexplicable que es el arte.

El pintor, por el contrario, lo dice todo con pocas palabras. Las palabras del crítico son éstas: textura, trascendencia, estructuración, coordenadas, signo, hálito, hipersensibilidad y alacre. Las palabras del pintor son estas otras: tierra, aguarrás, ocre, empaste, violeta, base, rojo y quemadura. Decía Baudelaire que el mejor comentario a un cuadro sería un poema. Decía Ortega que la crítica de arte, por el contrario, no ha de ser artística. Pero los lobos que tenía uno en torno, que no habían leído al primero ni al segundo, se lanzaban a la crítica de arte como a un juego donde valía todo, salían muchas colaboraciones y caía algún cuadro que otro.

—Ahora hago crítica de arte en una revista.

Y así iban viviendo, porque el arte, además, era un atajo entre el mundo de las letras y el de las marquesas. Las marquesas no leían libros —e incluso, decía un periodista, que sólo leían tebeos en el water—, pero compraban cuadros, y el crítico de arte intervenía en las transacciones, y lo bueno era especializarse en un pintor, vivir a la sombra de alguien, de algo, porque el vivir en mitad de la calle estaba cada vez más difícil. Nosotros, que aún no le habíamos encontrado a la pintura este revés utilizable, íbamos a las exposiciones y a los estudios de los pintores con todo el fervor de los colores en la mirada, a descubrir mundos, luces, cosas, con profunda envidia del hombre que creaba algo sólido, visible, casi tangible, y no como uno, que sólo segregaba cuartillas pálidas, escritura irregular y miedo.

El mundo del artista, sí, era un mundo más seguro, más completo, compacto y cobijador, casi artesano, textural, como el de los hojalateros y los albañiles. Haciendo pintura se trabaja con realidades, con cosas, y ya sabíamos, por haberlo leído, que el poeta no debe dar nunca una idea, sino una cosa.

De esta frecuentación de los pintores y sus aguarrases nos quedó el afán plástico de la prosa, la necesidad de mezclar colores y objetos al pensamiento, la herencia barroca española de la idea cuajada siempre en imagen. Había que llenar la cuartilla de cosas, había que engordar la escritura de formas, colores, caderas, chismes, luces, para tener una cierta sensación de consistencia en lo que uno hacía, porque el puro pensamiento era como jugar con humo o mover los dedos en la sombra. Nuestra inseguridad la compensábamos con un progresivo adensamiento pastoso y metafórico de la escritura. Y en estas cosas se pasaban las tardes negras de la pensión, trabajando, elucubrando, consumiendo grandes cantidades de soledad, incertidumbre e ignorancia.

Las grandes flamenconas, las de mi arma, las reinas del folklore, que triunfaban en teatros enormes y escorados, como barcos viejos, quietos y salobres. Había que visitar a las grandes mujeres de Andalucía para la entrevista, para el reportaje, para ver de cerca a las diosas peinadas de la épica nacional, y ellas estaban allí, en sus camerinos adecentados con mantones de Manila, y tenían en una larga percha las batas de cola, alineadas, en una fiesta de faralaes muy planchados, y la florescencia de aquellos velos y lunares de almidón daba a la estancia una alegría de percal, como si estuviéramos en un jardín.

La flamencona bebía cerveza a morro, por una botella, y a lo mejor nos ofrecía la botella para que chupásemos del mismo sitio que ella, y los espejos negros del camerino tenían azogue de pobreza. Qué negro el pelo de aquellas mujeres. Era en lo único que no nos engañaban, en lo único que no engañaban a su público, porque aquella negrura de pelo no podía conseguirse ni improvisarse, era una cosa que ellas tenían porque sí, y aunque fueran la andaluza falsa, la gitana que nunca había gitaneado, no podía ponerse en duda la negrura de su cabellera, el negror de su mata de pelo, la hondura popular de aquella raza. Eran unas hembras tan hembras que el macho adolescente se sentía menos macho ante ellas. Demasiada mujer. Tenían un algo de axila populosa que nos echaba para atrás. Qué señoras.

Estábamos acostumbrados a la inglesa pálida, a la española desnutrida, pero ver de cerca a aquella dama faraónica y selvática era desalentador.

¿Será que me estoy volviendo marica? No, no era que me estuviese volviendo marica, sino que aquellas mujeres remujeres del folklore nacional daban un tufo a raza que no había quien lo aguantase. Qué tía, la folklórica, qué furia de pelo, qué exceso de ojos, qué juego de senos, como un juego de cazuelas que nos quitaban las ganas de comer. Movían las manos oscuras y anilladas como mariposas grandes del trópico, con redondeles en las alas, que eran los anillos circulares, el oro y la plata, los brillantes de las sortijas, toda la pedrería sucia y aceitosa que llevaban encima. Qué empacho de morenez. Alguien dijo que la rubia es menos pecado, y puede ocurrir que la rubia tenga el amor más melancólico y el despegue más difícil, pero aquellas morenas morenazas tenían unos brazos de gitana que eran como los brazos de gitano que nos empachaban en la infancia.

La folklórica, cegada por su propia morenez, ni nos veía, ni nos miraba, y ellas estaban acostumbradas al periodista gitaneador que les hablaba en su argot, les sacaba unas pesetas por una gacetilla y de vez en cuando les hacía palmas en la noche del colmao. Nuestra aparición pálida y delgada era algo a lo que no estaban hechos sus ojos de selva. No nos veían, como el perro no ve al niño que trata de llamarle la atención. No tenían la pupila hecha a visiones tan vagas. Sus hombres eran cetrinos, cenceños, remorenos, oscuros, compactos, con la voz negra y el pelo furioso. Las grandes leonas de la furia nacional no entendían nuestras preguntas y contestaban de cualquier manera. En seguida se ponían a hacer palmas o a rizarse el rizo del pelo, y hacían unas palmas con sonido a madera que le daban al camerino cierta cosa de carpintería. Había que irse de allí. Los reporteros más avezados sabían hacer bellas metáforas sobre la belleza y el arte de aquellas mujeres descotadas. A uno no se le ocurrían más que tópicos. Les mirábamos un poco por el escote de la bata, pero aquel abismo de morenez sólo nos turbaba un momento. Tenían una manera de sentarse, con las piernas muy separadas debajo de la bata, que las convertía en gladiadores. No nos repugnaban por mujeres, naturalmente, sino por hombres. Eran un poco hombrunas, de tan mujeres. La sexualidad cultivada es una sexualidad intermedia, que busca lo efébo, el delicado equilibrio (sin caer tampoco en la homosexualidad, que eso es ya otra cosa, otro mundo). Las reinas populares de la canción y del baile tenían en sus camerinos muchas macarenas y mucho almidón. Salían al escenario soplando besos a su público y le daban mucho juego a la punta de los dedos, que era lo único que les



blanqueaba un poco en las yemas. ¿Qué tela de araña, qué hilos de plata, qué madeja de seda enmadejaban y desmadejaban con la punta sensitiva de sus dedos? Nosotros no veíamos nada, por más que mirábamos, pero el público debía de ver un hilo mágico porque aquello le gustaba mucho.

Y allí seguían las grandes mujeres de la raza, morenas en el cine, en las portadas de las revistas, en el teatro, en el tablao, en su camerino de torero pobre, encarnando una Andalucía que nunca fue así, haciendo con el barro y el hambre del pueblo donde habían nacido un ídolo de tierra y sangre, de sexo y copla, que a la gente le gustaba mucho. Su taconeo, su abaniqueo, sus palmas y su voz de loba en celo llenaban todo el inmenso teatro, hacían naufragar el barco pirata y desguazado, y ponían una vida de tribu en las escaleras y las contadurías.

Otras veces había que visitar a la supervedette reboronda, a la mujer espectacular, a la reina de la revista, que estaba en sus teatritos pequeños con olor a muchas mujeres, a desinfectante y a colonias eróticas. Las reinas de la revista de piernas a la española tenían un pasado de Muñoz Román y Cinco minutos nada menos, y les lucía el pelo lleno de reflejos, como si conservase en sí todo el brillo de todos los reflectores que lo habían iluminado en noches de estreno de gala y decorados pobres. Las supervedettes tenían poco que decir, poco que contar, y solían estar en el camerino con una gran capa de vuelo, toda roja y abroquelada, y de la abertura de la capa salían sus piernas largas, sus muslos cónicos, su femineidad temblorosa, excesiva, reiterada y como en peligro. Era la mujer que lo tenía todo, el flan humano, la de ojos claros y luminarios, la de boca grande con dientes de una perfección un poco ratonil, y los pechos le quedaban grandiosos dentro del corpiño de lentejuelas, como dos palomas gordas en el nido de plumas azules y verdes del vestido, y su piel tenía una calidad que sólo tiene la piel de las supervedettes, una calidad de pastelería y de momia egipcia al mismo tiempo, algo atractivo y nauseabundo, una sexualidad oceánica en la que hubiéramos querido perdernos los jóvenes entrevistadores de provincias. Había que ver a la gran vedette, había que preguntarle por sus amores famosos, por los políticos y los banqueros que se habían quemado las alas de papel de periódico en el fuego artificial de aquella mujer, pero ellas se ponían muy discretas, muy en hijas de familia, como si no estuvieran mostrándonos los muslos hasta la ingle. Mamá me ha ayudado mucho, yo sólo salgo con mamá, busco un hombre bueno, naturalmente, como todo el mundo, como toda mujer, las españolas somos muy hogareñas, sabe usted, esto que yo hago es arte, porque yo soy artista, pero el hogar y los hijos son muy importantes para una mujer, una mujer con entrañas sólo se realiza en el hogar, y como ellas tenían muchas entrañas (y a veces las mostraban en escena, si se lo permitía la censura) pues querían fundar un hogar y retirarse de la pasarela. Mientras esto llegaba, siempre estaba la supervedette en pugna con la censura, luchando por mostrarle un poco más de entraña al espectador, pero la censura se obstinaba en que todo el mundo —la supervedette, el escritor, el pensador— se guardase las entrañas, porque las entrañas son eminentemente pornográficas.

La supervedette no tenía nada que decir, naturalmente, salvo que el público la quería mucho y ella quería mucho al público, ya sabe usted que este público me quiere mucho y que yo quiero mucho a este público, y me gustaría que usted lo pusiese así en su periódico, ¿cómo me ha dicho que se llama su periódico?, y de aquí nos vamos a provincias, que también nos quieren mucho, porque lo que a mí me gusta es trabajar y no puedo vivir sin mi querido público, y todavía no he tenido tiempo de pensar en el amor, lo que hace falta es que sigamos disfrutando de esta paz y este orden que hay en España, y encontrar un día un hombre bueno que me quiera y me lleve al altar, porque eso es lo más hermoso en la vida de una mujer.

En «lci París» hacían páginas enteras con las noches amorosas de las grandes mujeres del Moulin, pero nosotros teníamos que hacer una especie de devocionario

con lo que decían aquellas señoras tan cachondas y tan beatas. Lo mismo nos daba, en el fondo, y la supervedette seguía allí, en su camerino, cambiándose mucho de corpiño, como una reina de Saba a tres mil pesetas por tarde, y el ejército de las vicetiples, menudas, reviejas, adolescentes, activas, cantarinas, estaba en las catacumbas del teatro secándose el sudor y hablando mal del empresario, que era un tirano y sólo quería pellizcarlas o robarles en el sueldo. De aquel hormigueo de carne rosa y desnuda emergía la monumentalidad de la supervedette, con medallitas en el camerino y dijes mágicos en escena, fulgurante en la pasarela, como una vecina espléndida y tonta que se hubiera subido a la azotea, y parecía a punto de desplomarse en el foso de los músicos o sobre las sombras insondables de los espectadores. La supervedette, en escena, era un ave temblorosa, un pez sexual y palpitante, un ser erótico y desconocido, como con tres o cuatro cuerpos latientes bajo las mallas, las plumas y la música.

Los hombres del foso hacían su bolero de tabaco y mala inspiración, hacían su trabajo extra de oficinista que toca el violín, y les salía una música burocrática y danzona que la supervedette bailaba apenas, poniendo los ojos lucientes ante el foco, llevando sus senos como si llevase una bandeja a la altura del pecho, llena de viandas, y descoyuntando sus glúteos con gracias de yegua joven o con torpeza de destrozona. La supervedette era la mujer ahogada en la marea de la carne, fallecida en sí misma, náufraga en las mareas del cuerpo, y adivinábamos un alma menestral y de barrio en el fondo de aquella monumentalidad, un cuerpo demasiado grande, demasiado saludable, embarnecido ya por los años y las experiencias, un cuerpo que era la cruz que ella tenía que llevar por la vida, el peligro, la gloria y la vergüenza de aquella florescencia insensata de la carne.

La supervedette nos había dejado un guante de perfume en la mano, al despedirnos, y no nos había dicho absolutamente nada, pero lo que valía era haber visto de cerca el gran cetáceo esbelto, el bogavante humano, que palpitaba como un monte, como un mar, como una marmita, bajo sus sedas, galas, plumas, oros falsos y desnudeces de cosmética.

Nos curábamos de aquellas grandes mujeres con una noviecita de barrio, con una de aquellas chicas del baile-bolera o de las cafeterías dominicales. La novia del extrarradio nos sacaba de nuestro círculo de cafés y periódicos, y teníamos que hacer con ella la travesía de la ciudad, para llevarla y traerla, o la íbamos a buscar al final de General Ricardos, o al final de Tetuán de las Victorias, a su casa pequeña, entre huertos pobres y vías del tren.

Madrid tenía un cinturón de miseria, un cinturón de emigrantes, un cinturón de parados, y paseábamos al atardecer entre niños poliomielíticos, viejas lavanderas, cabras sin dueño, ocas enfermas y hogueras apestosas, en un paraíso pobre de humo y locomotoras, de huertos y chabolas, y uno no sabía bien qué hacía allí, con aquella niña híspida del suburbio, venida en la ola sucia de la inmigración obrera. Aquél era otro Madrid, más verdadero que el Madrid de las conferencias y los conciertos por el que uno andaba brujuleando. Pensar que a esta misma hora, a unos kilómetros de aquí, hay un imbécil delicado leyéndoles sus versos a unas viejas lameronas. Pensar que creen estar en la vida, vivir en lo hondo o en la cima de la ola. No. La verdad era aquel fragor de pobreza, aquel atardecer rojo con niños secos, la infancia estoposa de los inmigrados, la hoguera de los quinquis, el paso luciente de los trenes, encendidos ya sus comedores, y el perro cojo que nos miraba.

Había un momento mísero y grandioso, que era cuando el sol parecía que iba a estallar y los trenes lo cruzaban como relámpagos, y en toda la geología de los desmontes y los escombros lucía un fuego de ocaso que transfiguraba las latas, los cristales, en una combustión instantánea, como si todo fuese a redimirse por la luz, a purificarse por el fuego malva de la tarde, pero luego caía la sombra fría sobre el barrio, amanecían unas

estrellas gordas y suburbiales en el cielo, la chica me apretaba la mano con sus manos de fregar, coser, trabajar, y una tristeza de esparto iba acallando el mundo.

Los perros ladraban sin esperanza, los niños jugaban ya en sueños, los hombres tomaban conciencia de sus mutilaciones y sus muñones, las mujeres se reencontraban en su olor y vivíamos en un clima de balde vacío, de hojalata fría, de pilón, de agua vieja donde bebían los mulos, lavaban las lavanderas, se bañaban los niños y se refrescaba los pies el caminante.

Olían más intensamente los montes de escombros, como si algo se estuviera gestando en ellos, y pasaban lejanos trabajadores en bicicleta, casi irreales en la hora silenciosa. No había campanas ni bocinas en el anochecer de aquellos barrios. Sólo, quizás, el clarín remotísimo de un cuartel, un grito de una madre, que se había quedado inmobilizado en el cielo, como un lucero, y el resplandor lejano de una fábrica, como un alba industrial y litografiada.

Besábamos a nuestras novias del suburbio en aquel anochecer denso. La chica tenía una inmediatez de pelo, noche, trabajo, sudor y conversación.

Nos enamorábamos de ellas con un amor literario, falso, obrerista, pero tratábamos de rebelarnos contra nuestro literaturismo, porque aquellas horas nos dejaban transidos de verdad, impregnados de patio y corral, de barrio y bar frío, y volver luego al mundo de las orlas fin de siglo, del estucado y la retórica era como retroceder o avanzar en el tiempo, como cambiar de época. Habría que haberse quedado allí, a vivir con una de aquellas muchachas, entre los conejos de la pobreza y las lechugas del ayuno.

Pero nos tiraba el centro, lo otro, los periódicos, los cócteles, una vida de papel y licor que habíamos empezado a entrever. Teníamos todavía el deslumbramiento de la ciudad-estuche, del terciopelo y las luces, e incluso nuestra pobreza de pensión era otra cosa, se forraba de referencias literarias e históricas, pero lo del suburbio era la pobreza cruda, directa, real, sin lenguaje, y esto nos anonadaba.

Cuando se nos hubiera pasado el deslumbramiento de las academias ya sería demasiado tarde para volver a las chabolas. Pero, cada vez que asistíamos a una tarde de versos y lumbres, de ripios y medallas, llevábamos en la cabeza, sin saber por qué, la imagen malva y mísera del suburbio, la populosidad de la pobreza, las multitudes de la hojalata y aquel niño con una pierna seca, pedaleando en la bicicleta de su padre.

Era un amor imposible y un día no volvíamos por allí, dejábamos de ver a la niña callada del suburbio, a la chica de los murcianos o los andaluces inmigrantes, perdíamos para siempre la hortaliza de su pelo, la estopa de sus manos, la naranja pobre de su cuerpo, el cristal duro de sus ojos, pero los perros del barrio le ladraban al fantasma de nuestra ausencia y la mentira galante de la cultura nos había ganado para siempre.

Heráclito el Oscuro nos fascinaba en el fondo de las pensiones con plato único, porque en la claridad excesiva de Grecia era el que había puesto un poco de sombra, de misterio. El aire de Grecia se quedaba quieto, era un pedernal de luz gracias a la filosofía de aquellos hombres desnudos, pero nosotros no creíamos ya en la inmanencia y la inmutabilidad, porque también leíamos a Sartre a la luz escasa de la pensión, y sólo Heráclito, en sus sentencias metafóricas, nos daba una sensación de movimiento, de agotamiento, de fuego.

No era verdad que el mundo estuviera quieto por debajo del pasar. Todo era pasar, todo pasaba, habían mentido los sistemas, los quietismos, o así lo intuíamos, y no nos servía ya una metafísica de la quietud cuando llevábamos en nosotros la angustia como el vértigo kierkegardiano de la libertad. Heráclito era el único que ponía en movimiento, con su mano, el tiempo y los astros. Por eso era el único a quien podíamos entender y a quien veíamos lavándose los pies, fatigado de caminos, en el río que nunca era el mismo. Sartre, sí, se leía aún entre los universitarios y los contestatarios, pero los intelectuales católicos con el pelo a navaja decían en sus

círculos orantes que Camus era mejor, y nosotros le encontrábamos a Camus algo de futbolista místico que iba para trapense, y eso no acababa de gustarnos.

El viejo Sartre, sí, con su rictus amargo, su prosa de café y su valentía revolucionaria. Creíamos que Sartre no iba a pasar nunca, y pasó tan pronto. Pero él ha escrito el francés como nadie después de Proust. ¿Por qué hizo un libro sobre Flaubert, y no sobre Proust?

A Proust lo encontrábamos en las librerías de viejo y los pisos desalquilados, en edición de Espasa-Calpe, traducido por el poeta Pedro Salinas, o comprábamos sus crónicas de «Le Fígaro», compendiadas en un libro, y decidíamos que la literatura era él, que la literatura se encuentra en él como la penicilina en el hongo virginal. Leerlo siempre, releerlo, y aprender del hombre que había escrito enfermo y enclaustrado, en una hoguera de literatura, hasta la muerte. El hombre que se había amortajado en vida, saliendo sólo alguna noche para cenar con un amigo, cosa que también hacen los muertos, de vez en cuando.

Con él se terminan en la literatura las tediosas historias, el histerismo de la acción, y por fin entra la vida en los libros, el tiempo muerto, el detalle, el barco que tarda infinitamente en pasar de una rosa a otra, visto desde el rosal de la costa. «La obra de Proust es una anarquía con buenos modales», dijo Lawrence Durrell, y esto era lo que nos gustaba. La catástrofe tranquila que viene a coincidir con la catástrofe tranquila que es el Universo, como escribió alguien.

Sartre había escrito una biografía de Baudelaire que devorábamos por entonces, y Quevedo era de los pocos nombres que nos interesaban en la literatura española. Quevedo, con espuelas de oro, Valle, dando mandobles con el brazo que no tenía, Larra, exhibiendo su chaleco de tisú de oro por el Madrid aldeano y reaccionario. Los agresivos, los revolucionarios, porque todavía no habíamos aprendido que la revolución es una cosa científica. El escritor como bomba retardada en la sociedad, siempre con la espoleta al aire, pasando en dirección contraria al gentío, como la soledad agresiva de Juan Ramón, el látigo dulcísimo del alejandrino nerudiano, la sangre reventona de Lorca, todos los malditos franceses, de Villon a Cocteau, de Rimbaud y Lautréamont a Artaud, nombres que luego se iban a poner de moda, y que entonces sólo eran moda en nuestro corazón, llamón Gómez de la Serna, que era en España lo que Proust en Francia, aunque esto muchos no lo entendieran ni nosotros supiéramos explicarlo en el café. Ramón o la literatura en estado puro, la vida y la obra como literatura, la creación mareada de creación, la adivinación de lo pequeño, lo secreto, lo escondido, lo diario, lo íntimo, lo solo, y el asco por las historias llenas «de un realismo que descalabra».

Ya no se podía ser escritor de pipa y divagación, como él, y se había quedado un tanto reaccionario, el viejo botijo vanguardista, y lo enterramos en Madrid con guardias de gala y música de Agustín Lara, en la colina de los muertos, en un atardecer cárdeno, y el pueblo miraba sin entender nada, aterido de ignorancia. Henry Miller en Estados Unidos, con su lirismo golfo, las primeras noticias de los beatniks, que venían de allá, la literatura como viaje, la creación como protesta, la vida como arma contra lo establecido.

Teníamos, pues, el lío en la cabeza, pero sabíamos que había que leerlo todo y tirar para adelante, ni un día sin línea, que dijo el otro, amor y poesía cada día o, cuando menos, masturbación y prosa cada noche. Aquellos políticos de la República, que escribían tan bien, o los análisis económicos del capitalismo que habían escrito los padres socialistas un siglo atrás. Qué hormigueo de obreros grasientos clamando justicia en la ergástula y el aguafuerte del XIX. Lecturas y lecturas. Días de lecturas y hambre, de soledad y libros. Qué perdido, el novel, en el laberinto de la cultura, en el laberinto de la ciudad. Había que meterse en un cine de programa doble para doparse y olvidarlo todo.

Se ha hablado mucho del sarampión romántico de la juventud, pero existe, sobre todo,

el sarampión clasicista, el fervor de las exactitudes, existen unos años en que uno aspira a ser el rigor mismo, a no decir una sola palabra en vano. Son los años de la teorización constante y las sucesivas concepciones del Universo.

El novel de las pensiones también pasaba ese sarampión. Había que leer sólo a Valéry, a Descartes, había que ser geómetras de Dios. El existencialismo pantanoso de los años cuarenta estaba ya un poco atrás. Todavía no había llegado a los cafés de Madrid el estructuralismo, que sería otra cura de rigor para los jóvenes caóticos que no se decidían a admitir, con Rimbaud, que su caos era sagrado (quizá porque no lo era, realmente).

De modo que andábamos perdidos buscando normas, asideros, aritméticas definitivas para el mundo, y Ortega había quedado a trasmano por vagaroso (él escribía siempre vagaroso en lugar de vagoroso), Unamuno era una carraca, dijo Blas de Otero. Sartre y Camus empezaban a olvidarse. Era como si hubieran muerto juntos en el accidente que le quitó la vida al argelino. Los beatniks americanos eran un mito lejano y no bien conocido. Nuestro sarampión de rigor, tanto más peligroso que el sarampión romántico, nos lo curábamos a base del realismo descalabrante de la novela y la poesía y el teatro e incluso el cine social.

Era un realismo aburrido, de primera mano, directo, elemental, monótono, ineficaz, y como nosotros no escribíamos así pensábamos que nunca íbamos a llegar a nada.

—Macho, escribes como un señorito.

Eso era, que escribíamos como señoritos, y había que escribir como mozos de cuerda de la novela, que era como había definido un biógrafo a Baroja, el hispido y desaseado Baroja, que todavía era recordado en los cafés como un Dostoievski vasco, aunque Somerset Maugham (quién fue a hablar) vino a Madrid para recordarnos que Baroja no era Dostoievski. Ni él tampoco, por supuesto.

El sarampión del rigor, si no se cura a tiempo, puede malograr a muchos creadores. Así, los grandes escultores cuando tratan de racionalizar sus obras mediante retóricas y metafísicas metafóricas. Así, los jóvenes directores de cine que escribían en las revistas del ramo, así los novelistas católicos con influencia de Mauriac, Péguy, Green y Gabriel Marcel, a los que habían leído en prestigiosas traducciones hispanoamericanas, porque estos católicos eran heterodoxos para la catolicidad española de la calle.

Aquello era insoportable. Nos curamos el sarampión del rigor y la trascendencia a base de cines de barrio, criadas facilonas y lecturas barrocas, dispersas, irracionalistas, oscuras, intuitivas, estéticas y sudorosas. Sobre todo el cine, los cines Quevedo, Pelayo o Carretas, adonde se recalentaba la molienda de las pipas, el muslo de la criada, el tecnicolor recocado, la poitrine de Brigitte Bardot, el olor de las familias, el olor de los soldados, la digestión del bocadillo de calamares y la vomitona de la embarazada.

Lo pasábamos bien, qué coño, y luego subía uno a la pensión borracho de cine, de tiros, de tía buena, de impotencia, de miseria, de hambre, de multitud, de metro y de sangre. ¿Qué hacen miles de personas en la oscuridad de los cinematógrafos, a la misma hora, en toda la ciudad, bajo el rayo lunar de la cámara, viendo pasar la fábula de Rommy Schneider y el busto suntuoso y manchego de Sara Montiel?

Todo cine tiene algo de refugio antiaéreo, de refugio atómico, de bodega adonde se apiñan multitudes con miedo al bombardeo de la vida. Lo que ven en la pantalla no es una película, sino sus propios sueños de libertad y felicidad revelados por un rayo de luna llena. La frustración del siglo está en esas multitudes que llenan los cines a toda hora para dormir, para soñar, para mirar, para olvidar, porque los remansos de sombra de las salas, los oasis de negrura son una salvación, un paréntesis en el dolor de la vida.

El cine es la imaginación de la máquina, y todo lo que la máquina nos va a brindar es

un sueño colectivo y veloz, como descanso del trabajo anónimo, la vida anónima y la numeración de los seres. Por entonces, en Madrid, los viejos casticistas protestaban contra el maquinismo, y los jóvenes progresistas empezaban a protestar también, de modo que uno estaba en un lío, sin saber si la máquina era de derechas o de izquierdas. El rigor, el rigor, el no tener as ideas claras era una desgracia. Cuánto tarda un escritor joven, novel, ignorante, deslumbrado, en curarse del rigor que le puede hibernar, que le puede secar, que le puede producir insolaciones de silogismos. Cuánto se tarda en romper a escribir alegremente, soltando el grifo, acuchillando los odres que uno lleva dentro, dejando que corra la verdad, la rabia, el idioma, la vida, la sangre y el semen.

En los periódicos se publicaban por entonces muchos artículos. El periodismo español siempre había estado lleno de literatura. La indigencia del país había hecho que grandes escritores tuvieran que recurrir al periódico para vivir. Así, nos pudimos permitir el lujo de que Larra o Bécquer hicieran de gacetilleros ilustres. Un lujo irónico, paradójal, puesto que nacía de una escasez.

Así han seguido las cosas desde siempre, pero en los años cuarenta, cincuenta y sesenta este fenómeno se agudizó, porque los periódicos no podían dar informaciones extensas y profundas sobre casi nada, no tenían gran cosa que decir, y entonces llenaban grandes vacíos con literatura. Se puso de moda un artículo de rizar el rizo, literario en el más literal sentido de la palabra, y los grandes maestros del género hacían en los periódicos de Madrid pequeños artículos-ensayo sobre el trirreme, la túnica de Viriato, la llegada de la primavera, los burritos infantiles de la Plaza de Oriente y el ciprés de Silos.

Nosotros, los chicos, como teníamos poco dinero para libros, leíamos muchos periódicos, muchos artículos de periódico, y así, por razones económicas —como pasa siempre con todo—, nos hicimos articulistas. El artículo era la flecha rápida que se dispara al aire. Vivir del artículo era vivir del flechazo, y había escritores con el carcaj muy bien surtido. Nosotros queríamos ponerle al artículo agresividad, velocidad, intención, y eso estaba muy difícil por entonces. Para conseguir un buen artículo hay que quemar un ensayo, un soneto y una noticia. Si el artículo resbala hacia el ensayo, se comprime en soneto o se queda en noticia, es un mal artículo, y la mayoría de los articulistas propenden hacia el lirismo o el ensayismo. La clave del artículo, las dimensiones exactas, la velocidad interior del artículo, las tenían entonces muy pocos y, quienes las tenían, generalmente las utilizaban mal, al servicio de los almendros en flor, al servicio del señor alcalde o de la reina de las fiestas. Queríamos nosotros ser guerrilleros del artículo, disparar desde todas las troneras, ir soltando dardos personales contra la tediosidad de las gentes, de los días, de las fuerzas vivas y de los académicos.

Para el libro largo nos faltaba paciencia. El poema, por el contrario, se nos quedaba corto. Había que hacer artículos, impactos, cosas rápidas y violentas, había que tirar piedras contra los faroles municipales de lo instituido, y la única manera de decir cuatro cosas aproximadas a lo que sentíamos era colar un artículo en un periódico, un artículo tan veloz que no le diera tiempo a nadie —ni al redactor-jefe ni al censor— de cachear el artículo.

El descubrimiento del artículo y de la crónica era el descubrimiento de la actualidad, de la literatura en acto. Desde siempre habíamos amado el reino de la cultura en general, sin saberlo, como el reino de la salud perdurable. Homero y Cervantes siguen indemnes y con buena cara a través de los siglos. La cultura es el único reino donde nunca se muere nadie, salvo los que ni siquiera llegan a nacer.

Sí, la cultura, para muchos, es un refugio que salva de la muerte, una región sin enfermedades ni atentados. Todo está vigente, todo está sano en el mundo de la cultura. Virgilio nos habla con la misma cercanía que Picasso. Como todo está muerto,

en la cultura, nada muere nunca, todo está vivo. La opción por la cultura, al fin y al cabo, era una opción por la retirada, por la cobardía.

Pero el artículo y el periodismo en general nos volvían a la vida. El artículo no había que escribirlo en el reino de los siempre, sino en el plano de los ahora, y así, el muchacho que había optado por la cultura huyendo secretamente de la vida, tornaba ahora a la vida, con renovada violencia, a través del periodismo y el artículo.

Así era cómo nos hacíamos articulistas. Una idea rápida, un dinero rápido, la guerra de guerrillas, la lucha de cada día, algo muy parecido al oficio de quinqui que habíamos soñado. Se da el golpe aquí y se sale huyendo hacia el otro extremo de la ciudad. La guerrilla urbana. Unos artículos pegaban mucho, y entonces convenía guardar silencio durante un tiempo, o salir con unos lirismos refrescantes. Otros artículos no pegaban nada, y entonces había que repetir, volver a intentarlo, probar por otro lado.

El descubrimiento del artículo fue vital para algunos, para uno, como forma de vida, como forma de lucha, como arma de trabajo, como instrumento de guerra, como explosión lírica, siempre entre el estilismo y el terrorismo, que es como debe moverse un articulista.

En cada artículo que gestábamos en el fondo de la pensión o del café ardían en secreto todos nuestros poemas de provincias, todos nuestros libros prohibidos, toda nuestra protesta adolescente y todo nuestro sexo rebelde. De la inmolación de todo aquello, de su humear purificador, veíamos surgir el artículo recortado, prístino como un diamante periodístico, y lo releíamos a través de aquel humo como a través del humo del café que efectivamente teníamos delante. Era el placer de leerse uno a sí mismo, de verse en letra impresa. El desdoblamiento metafísico de la tipografía. Había que escribir artículos.

El mito de la gran ciudad es un mito romántico que arranca, quizá, de Baudelaire, aquel poeta «en el esplendor del capitalismo». A nosotros nos había llegado a través del cine y las revistas de París, aquellos anuncios donde una dama de sombrero volado y pieles al cuello se cernía sobre un fondo de avenida interminable y cielo nublado.

Y todavía alcanzamos, al llegar a Madrid, a agotar el mito de la ciudad que enciende sus avenidas al atardecer, esa proa luminosa de la vida hundiéndose en los mares rojos del crepúsculo. Los misterios de París. Los misterios de Madrid. La ciudad llena de misterios que desentrañar. Luego, la ciudad va perdiendo misterio, como una mujer, y la escenografía pueril de los ocasos ciudadanos ya no nos conmueve nada, porque ni siquiera la vemos.

Madrid, visto desde el interior del Retiro, era como una ciudad en el corazón de la selva, como un templo indio en la jungla, y paseábamos entre los árboles humeantes, viendo la mole gris y alta de los grandes edificios, a lo lejos, llena también de temblor, como una ciudad vista en un lago, y nos decíamos que aquello era lo que había que conquistar, lo inaccesible, el núcleo de vida que se apiñaba en la masa honda y hosca de la piedra, los balcones rizados, las fachadas fin de siglo, con cariátides, atlantes, centauros y sirenas de polvo y escayola soportando el cielo bajo de los pasillos urbanos, la propia tristeza caída del invierno.

El Retiro era para el ocioso, para el sin trabajo, para el piernas, un mundo delirante que tenía otros mundos sucesivos metidos en sí mismos, y pasaban barcas por los estanques llenos de luz, nos salían al paso las inmensas mujeres de bronce, con un desnudo tenso como un mar, venían las señoritas de niños, melancólicas, se abría en rueda el orfeón de las sillas metálicas, en torno al quiosco de la música, vacío, y los generales del siglo pasado conducían, espada en alto, legiones de palomas grises hacia el horizonte de todas las revoluciones.

Viejas monarquías de piedra dulce, reyes curados al sol del Retiro, los fondos de estiércol y papeles que tenía el parque, las criadas, como ninfas de esparto, los barquilleros, los últimos barquilleros, los guardas, como una policía montada de a pie, y las viejas fieras de la Casa de Fieras, poniendo un rugido municipal, una furia triste, una melancolía de selva en domingo, a través de las casas reales y los paseos dormidos. El Retiro estaba vacío, de mañana, cuando las mangas regadoras esparcían por el cielo el despertar de la ciudad, o el Jardín Botánico, lleno de raíces y latines, con una fuente cegada y un invernadero lleno de sol, de plantas, de polvo y de literatura. El Retiro sonaba a silencio cuando paseaba por sus veredas el loco pacífico, y nos sentábamos en el regazo de la piedra caliente para leer la prensa del día, los discursos de Fidel y de Kennedy, para hacer el crucigrama o escribir un poema en el blanco de los márgenes. El Retiro tenía zonas cuidadas, afrancesadas, finas, y tenía zonas salvajes, secretas, pantanosas, y paseábamos por allí distraendo nuestro ocio, nuestro paro, nuestro miedo, con el acecho de la turista fácil, de la extranjera rara, de la mujer solitaria y secreta que vive en los parques y se entrega por amor, sin palabras, debajo de un sauce.

Los reyes que habían paseado por el Retiro en mañanas remotas venían en cortejo con los escritores ácratas, los del 98, los románticos, Martínez de la Rosa, el público variado de los domingos y las damas proustianas del Paseo de Coches. Un río de Historia iba ante nuestros ojos, por un momento, pero en seguida era la realidad municipal del Retiro, su clima de criadas y niños orinantes, su crudeza de soldados, vagos, desconocidos, paletos, estudiantes y gamberros. Al Retiro, llegado el momento, llevábamos al amor de una tarde, porque en los bosques encantados, una vez más, no se encuentra sino aquello que previamente se ha llevado.

Pasear por el Retiro, en la tarde de invierno, a primera hora, del brazo de una mujer de provincias o una extranjera que se había enamorado de nosotros, llevarla al lado, ya sin deseo por ella, era sentirse al cabo de la calle, al cabo de la vida, glorioso ya,



cansado, con la ciudad a la espalda, vencida, como un dragón de piedra y luces, y daba lo mismo triunfar o no triunfar, llegar o no llegar, ser o no ser, porque hay esas tardes en que se tiene de pronto toda la experiencia anticipada de lo que va a ser o lo que no va a ser la vida.

Todo visto en un momento muy largo, todo entrevisto en un relámpago quieto. Del otro lado de la biografía, de pronto, sin haber empezado siquiera a vivir. El desencanto de otros paseantes de otro tiempo nos daba en el pecho. Todas mis posibles vidas las veía ya vividas y el Retiro me iba dando, así, una madurez anticipada que se desvanecía en cuanto uno volvía a las calles.

La Casa de Campo no tenía estatuas ni leones. Era más natural, más salvaje, más manigua manchega, y a la Casa de Campo íbamos a conocer a los toreros de salón que querían enamorar a las extranjeras, hacer cine y debutar en Carabanchel. La Casa de Campo madrugaba de futbolistas locos, púgiles aficionados, toreros salmantinos, corredores sin suerte, olímpicos menestrales y pastores manchegos.

Hacíamos la travesía de la Casa de Campo con la conquista reciente, con la mujer de fuera que quería conocerlo todo, y pasábamos una tarde entera remando, caminando, besándonos en la hierba. Era un bosque desde el que se veían los altos edificios de la ciudad, y ardían las hogueras del tipismo, o las dianas militares, los capotes adolescentes de los toreros o la melena rubia de las Amazonas. Parecía que iba a pasar todo, en la Casa de Campo, y no pasaba nada.

Por allí habían paseado los poetas modernistas, cogidos del brazo, y se enamoraban de las hijas de los guardas, pero nosotros íbamos agarrados a una criada de Argüelles o a una estudiante de Brooklyn, y el campo, que es igual en todas partes, nos devolvía a la provincia, a las excursiones dominicales, al pasado, de modo que había que irse pronto, porque además empezaban a pasar los jeeps municipales, los guardas uniformados, o de paisano, con una varita, las linternas y los faros. Se hacía limpieza de parejas en la Casa de Campo, para que el amor no plantase su nido entre la fronda. Pero otras mañanas estaba uno allí, sentado en una piedra, viendo al capa, al maletilla, hacer su faena con el viento, y nos sentíamos maletillas de las letras, aprendices frente al toro de la vida, y era degradante aquel espectáculo de culeras gastadas, que más o menos nos incluía, pues habíamos llegado a los calveros madrileños a dar nuestros pases de pecho en la soledad y el desvío, por si alguien se fijaba en nuestra manera de escribir.

Salíamos de la Casa de Campo con olor a embrocación, con mala conciencia deportiva, sintiéndonos el tío del mono, el ciclista aficionado, el frustrado anticipadamente. Toda aquella menestralía que luchaba allí por salir adelante habría hecho mejor en reunir sus fuerzas y montar una revolución, pero cada uno quería la revolución individual, la redención por el toro, por el boxeo o por la bici. Nos entraba conciencia de ciclista fracasado, de futbolista de tercera, de maletilla torpe, en la Casa de Campo.

No, había que volver a lo de uno y olvidar a todos aquellos bergantes que lo que estaban haciendo, en realidad, era pasar el tiempo, haraganear y comer bocadillos. Aquello quizá no era un vivero de campeones, sino una isla desierta para descalificados prematuramente, pero a la yanqui le gustaba pasear por las sendas lívidas hasta el anochecer, y a la catalana le gustaba cantar en catalán mientras uno remaba en el estanque. Lo de la Casa de Campo era un refugio aún más peligroso que el Retiro, un mundo que podía tragarnos para siempre, como nos tragó cuando niños la orilla del río. No. Todo menos acabar siendo el solitario que defeca detrás de un árbol, lee periódicos viejos y duerme la siesta con los lagartos. De allí había que marcharse.

El reporterismo, en cambio, nos llevó a los nudos conflictivos de la ciudad, a los mercados del alba, inmensas pescaderías donde el aire se desescamaba y un remolino de puertos nos vestía de sal remota. Hortalizas de sol en montones inmensos, la

sacralidad de la fruta y el destino miserable de la lechuga, la gracia japonesa de las cebollas, los grandes camiones con el motor rugiente, al aire, como un estómago de dragón, y el trajín de los cargadores. O los mataderos del sur, crispados de balidos, con olor a crimen y a inocencia, donde se movían unos hombres con botas de sangre.

Pasaban trenes madrugadores, barrios enteros desayunando café con leche, el despertar de los oros falsos en el Rastro, todo un mercado persa con música de transistor, el naipe del timador afilado sobre una piedra, mujeres cuidando cerdos debajo de los puentes, camas de papel de periódico donde había dormido la noche borracha, y un niño desnudo asesinando a un perro en el légame.

No había como madrugar para descubrir el alma de la ciudad, cuando todavía creíamos que las ciudades tenían alma, y los tranvías iban hacia el centro cargados de paisaje suburbial, y en la Puerta del Sol ya no había escritores ni políticos, sino paletos, guardias, criadas, recaderos, mujeres, muchas mujeres, todas comprando cosas y metiéndoselas por el escote. Madrid era una novela para nosotros. Luego, la novela se deshoja y se olvida. Temporadas de madrugar, cuando la ciudad enorme tenía un temblor de lago, en su despertar, y los traperos pasaban en sus burros, lentamente, por delante de los Ministerios, trasladando la miseria y el cartonaje viejo de un extremo a otro de Madrid.

La gente entraba a misa de doce, por el barrio de Salamanca, y luego volvían a la vida, a la resurrección de la carne ociosa, y se esparcían dulcemente por las cafeterías, los bares, los clubs, las terrazas, dentro de una pereza dorada, con perros y refrescos, viviendo la salazón discreta del marisco y el respeto galante por los viejos, aquellos viejos de la calle de Serrano y la calle de Goya, aquellas viejas con una cintita en el cuello, un tocado leve, oscuro, como nido de cuervo, y un temblor de dignidad, años y oro en toda su persona.

Era la hora feliz de los proyectos, las conversaciones, la amistad, y la tenue y recia solidaridad del barrio (el barrio que había ganado guerras, dictado leyes y edificado ciudades) lucía de manera discreta, llena de encanto, en tanto que la baja aristocracia y la alta burguesía se pasaban la gamba, el pronóstico del hipódromo y las llaves del coche.

La clase dominante, diríamos, los que habían instaurado su autoridad moral en el país, descendientes directos de las estatuas de bronce a caballo que había en las grandes plazas y las grandes avenidas, nacidos de los olmos estivales de sus posesiones, renovados en el niño rubio, la muchacha de piernas líricas y el adolescente violento que hacía arrancar un descapotable con grandeza de galaxia.

Eso que alguien llamó la guapa gente de Serrano.

Como nos habíamos comprado un traje nuevo, no sin sacrificio, los redactores-jefes nos enviaban a los grandes estrenos, a los cócteles, a las inauguraciones, a los palacios donde se ponía de largo un piano, se inauguraba una ensaladera de plata o se amortajaba a un tenista, de blanco, con las insignias del club y la raqueta cruzada sobre el pecho. Allí conocíamos el auge de la grandeza, el apogeo de la gran sociedad, la ceremonia del mundo y los pechos casi desnudos de las altas damas.

Era una función de teatro donde el pastel de la obra se iba segmentando mediante la cuchilla de sucesivos telones, y el público tenía los actores y los decorados para su solaz, como en la casa de la infancia había tenido un teatrillo de cartón, y el autor de éxito saludaba luego a todo el mundo, en los saloncillos, como haciéndose perdonar el talento, mientras las señoras le absolvían con sus abanicos y los caballeros le observaban con el monóculo interior de la impertinencia.

En la fiesta social, siempre arrastraba la cola larga y susurrante de una clase que iba para largo, y nosotros nos quedábamos en un rincón, pálidos, entre fotógrafos de prensa ruidosos que pedían más whisky, como guerrilleros del flash, y redactores menstruales de ecos de sociedad.

El lujo, el lujo, accediste al lujo como antes a la miseria, y siempre había una escala más alta, un cielo más hondo, un mundo más selecto donde las grandes mesas de cristal se redondeaban siguiendo la curva de la luz, y los peces estáticos iban pasando del oro a la plata, de un metal a otro metal, recorriendo toda la gama de los minerales, hasta morir, por fin, transformados en cenicero.

En Madrid había núcleos diamantinos de riqueza, interiores forrados de oro, cuevas prestigiosas, y allí descubriste lo que el dinero tiene de tortuoso, de subterráneo, de catacumbal, porque el dinero sufre siempre de mala conciencia y busca el refugio, el cobijo, el no ser visto, y alumbra mejor en las noches diurnas del palacio. Yo tenía mi flash interior, como el del fotógrafo, e iba poniendo relámpagos secretos en cada cuadro, en cada joya, en cada espalda desnuda.

Se regresaba del viaje periodístico o indiscreto al mundo del oro como de los relatos de la infancia, con deslumbramiento y desencanto, como del reino de la crueldad. El dinero era implacable, intangible. El dinero era el eje del planeta —eje de oro— y nosotros vivíamos en la estratosfera, fuera de la atmósfera cálida y solar, en la intemperie de una pensión llena de lenguados.

El zapatero del barrio, dentro de su confesonario de mujeres desnudas, portadas viejas de revista, clavos negros y engrudo melancólico, nos clavaba los zapatos como podía para que siguiéramos callejeando, descubriendo cosas, pisando la dudosa luz de la noche. El zapatero, el hombre, tenía un parche en un ojo y un lobanillo en el alma.

Por temporadas nos dábamos a las solteras, las solteronas, las chicas de treinta y tantos, de cuarenta, que iban con sus collares de perlas (imitación) a la salida de las oficinas, las academias y las tiendas, y tomaban una merienda en una cafetería, en un bar americano o inglés, y tenían ya el perfume doliente de sus tías solteras, de sus madres viudas. Eran mujeres llenas de resignación y frigidez, que generalmente llevaban una tienda de abalorios o de tornillos en calles estrechas y largas, en Apodaca o en Leganitos, tienda que iban a heredar de sus ancianos padres.

Los ancianos padres estaban en casa, viendo la televisión, oyendo la misa por la radio, jugando a la baraja, y la hija sola, soltera, resignada, llevaba la tienda con un dependiente de toda la vida, que era el que hacía las labores de fuerza. Ella llegaba puntualmente, abría el candado del cierre, y el dependiente de toda la vida, todavía con el palillo del almuerzo en la boca, tiraba de la persiana metálica para arriba, poniendo un estampido diario, una metralleta cotidiana y siempre igual a sí misma, en la paz de la calle. La señorita leía en el mostrador o en la caja sus revistas del corazón, sus novelas de algún círculo de lectores, y el hombre se afanaba en la trastienda, y de vez en cuando entraba un cliente distraído, una señora que no sabía muy bien lo que quería, que pedía un flexo o un fusible, por pedir algo. La señorita tenía rebecas teñidas, siempre llevaba ropa del tinte, y las perlas se le iban volviendo opacas en el escote, como las lágrimas cuajadas de su soltería.

Salir con una de aquellas mujeres era perder el tiempo, gastar pólvora en salvas, porque del sexo no tenían ni idea y su sueño seguía siendo un matrimonio tardío, pero estable, con un hombre trabajador que llevase la tienda como Dios manda y enviase a paseo al mandria del encargado, que hacía y deshacía, abusando de su experiencia. Nuestros sueños de seducir a la señorita soltera en la trastienda se desvanecían muy pronto, y también nuestros celos del encargado, que resultaba ser un borrachín y veía a aquella dama amojamada como a un bacalao.

Ellas gustaban de ir a los mesones, cantar zarzuela, acudir los domingos por la mañana a los conciertos del Retiro, hacer excursiones en el verano y ponerse mantilla en Jueves Santo. Al principio nos miraban con los ojos tiernos de su soltería intuitiva, pero luego se iban llenando de recelo, porque veían en nosotros el peligro, el pecado, el adulterio, la locura. Madrid estaba lleno de aquellas frustradas, de aquellas tristes paseantes de domingo, que en el anochecer, entre la casa y la tienda, entre la oficina y el hogar, se daban una vuelta por las tabernas típicas, bebían unos tintos, fumaban un camel y empezaban a experimentar el vértigo de una libertad que convenía tener a raya. Nos aburríamos mucho con ellas.

No había nada que hacer con aquellas señoritas solteras, que morirían solteras en el interior de su tienda, con olor a ovillo de guita y a perro enfermo. Pensábamos en ellas, de pronto, e íbamos a visitarlas a sus tenduchos, a sus oficinas municipales, y en seguida nos daba náuseas el olor a sudor enfriado que impregnaba su ropa de luto. Eran muy fúnebres aquellas señoritas, pero estaban en todas partes, sonreían con dulzura y acabábamos picando el anzuelo.

Buenas sí que eran, pero sus cuerpos estaban dormidos, amortajados en los lutos de la familia, y no nos sentíamos capaces de hacerlos despertar. Se les había acorchado el corazón, se les habían enfriado las carnes, llevaban dentro de sí un cadáver sexual, una momia. Algo había muerto dentro de ellas, sin que lo supieran, pues nunca estuvo vivo. Eran las amortajadas por siglos de rutina, buenas costumbres, funerales, familias, miedos, enviudamientos y solterías, y flotaban en torno a los misterios del sexo como sonámbulas, como mujeres huecas.

Pobres señoritas formales, decentes, pobres funcionarías, mujeres del comercio madrileño, del viejo comercio galdosiano, que se consagraban a unos padres reumáticos y voraces. Al principio queríamos redimirlas, despertarlas, influirlas, pero ni siquiera oponían resistencia, sino que bostezaban, se iban, sonreían, se santiguaban y

volvían al interior de sus tiendas, de sus negociados, de sus farmacias, con miedo a la vida y resignación de flores que crecen a la sombra.

Perdimos tardes, días, horas, con aquellas mujeres todavía jóvenes, ya viejas, que estaban en grupos, alineadas, en los sitios públicos, sin hablarse, viendo pasar por sus ojos pálidos la fauna peligrosa y lejana de la vida. Se dopaban de películas españolas y pastillas para la tos, y la vida se había clausurado en ellas silenciosamente. Las solteras de Madrid, provincianas de la gran ciudad, salían sobre todo en las fiestas de guardar y querían matrimoniar con nosotros y devorarnos en su tenducho, poniéndonos el guardapolvo de hacer balance y dándonos muchos niños asténicos en partos difíciles y dolorosos, de uno de los cuales morirían pálidas y resignadas, como habían vivido.

Hasta que íbamos a parar a los brazos de las criadas, aquellas criadas del barrio de Salamanca, que en los días de salida se ponían muy señoritas, y a las que llevábamos al cine de programa doble. En la primera película tanteaba uno el terreno, y en la segunda había que lanzarse a la conquista de la cota, tras la tregua del descanso en la proyección, donde firmábamos las paces con palomitas, cacahuets y coca-colas. O las criadas de Argüelles, extremeñas y apasionadas, con algo de Carmen Sevilla pobre, que nos daban bocadillos y sortijas. Las criadas eran un remanso en nuestra vida, el reposo menstrual del guerrero literario, y su amor era un amor silvestre, áspero, saludable, un sentimiento de lejía y aldea, de asperón y fecundidad. Las criadas eran buenas, cándidas, generosa, y su pelo olía a yegua, y sus brazos olían a colada, y en el cuerpo tenían el olor recental y salvaje de su juventud y de su pueblo.

Nos hubiéramos quedado para siempre en los brazos de una de aquellas criadas, que eran mujeres fieles, abnegadas, y cuyas manos escamosas nos acariciaban el pelo con torpeza de madre trabajadora, con ternura de amante primeriza. Las criadas se sabían muchas canciones de la radio, y siempre llevaban el transistor con ellas, aunque nosotros se lo cerrábamos en cuanto podíamos.

Dentro del transistor cantaba el alma pequeñita de la criada, su mundo de concursos y coplas, su repertorio de cumpleaños y felicitaciones, y cuando por fin cerrábamos el transistor, que era como la conciencia ciudadana y postiza de la moza, brotaba ella, la chica de pueblo, silvana y violenta, llena de frescura, de recuerdos campestres, de brutalidad y de amor.

Las criadas eran de muy lejos, del último pueblo de Extremadura, o de muy cerca, de San Sebastián de los Reyes, y tenían vello en los brazos, niebla en la mirada y unas sortijitas incrustadas en los dedos, hundidas para siempre en la carne, porque la mano se había hinchado, con el trabajo, con el calor, con el frío, y el arito de latón y cristal se había quedado allí, enclavado en la chica. Venían oliendo a la casa donde servían, y las llevábamos o nos llevaban a pasear los perros del señorito a Rosales, y primero eran tímidas, en el amor, pero luego eran impacientes y agresivas como cabras en celo.

Las más jóvenes estaban llenas de miedo y timidez, o se habían descarado prematuramente, le decían cuatro frescas a la señorita y a nosotros nos buscaban las cosquillas de una manera alarmante. Lo que más les gustaba es que las llevásemos el domingo a una sala de fiestas a bailar el merecumbé. Las maduras, las que iban para cocineras estables, eran como madres fuertes de la raza, y estábamos en sus brazos con conciencia de alegoría, como el soldado feble de los monumentos patrióticos en el regazo de la matrona simbólica.

A las criadas les preocupaba mucho que estuviésemos tan delgados, que no comiéramos más, y conservaban del pueblo la fijación del chorizo, el queso y la cecina. Había que comer mucho, estar gordo, tener colores, y costaba acostumbrarlas al erotismo de la delgadez.

Siempre temían por nuestra salud.

Había la que había nacido para criada y toda la vida sería eso, y había la que había

nacido para otra cosa y estaba transformándose ya, ante nuestros ojos, en vicetiple, meretriz, enfermera o dependienta. Asistíamos a la metamorfosis de la niña del pueblo, que se iba haciendo mujer de ciudad, y la moza fermosa, la lechera del cuento, se pintaba de pronto las uñas, nos pedía tabaco o se ponía unos pantalones. Era la sugestión de estar amando a un ser transitorio, que venía de una especie e iba hacia otra, y en aquel cruce de personalidades había el momento en que nos daba su merienda, llena de generosidad aldeana, y el momento en que nos pedía dinero para unas medias sin costura, llena de cinismo capitalino.

Con las criadas estábamos bien, mejor que con las señoritas cursis y solteronas, porque las criadas tenían gracia popular, olor a cebolla saludable, y les excitaba mucho eso de estar besándose con un señorito. Porque, en tanto que para la solterona de clase media éramos unos golfos sin empleo, para las criadas éramos una especie de duquesitos calaveras que les enseñaban buenos modales.

Luego, la criada se cambiaba de casa o se metía prostituta, y la perdíamos de vista para siempre.

La Mari, la hija del notario, la Dolorcitas y la Visi, la Cubana, que era de Mansilla de las Mulas, provincia de León, las meretrices de la Gran Vía, mujeres espectaculares, herederas de las daifas de Fornos y Peligros, con sus grandes pelucas, sus reflejos, su solemnidad de yeguas tristes y su cansancio de subir y bajar las cuestas de Madrid.

En las casas al efecto estaban las viejas, las retiradas, las que habían conocido a don Emilio Carrère, y nos brindaban un amor con fondo de órgano de cañerías por donde asomaba la mala fontanería de Madrid. En la Gran Vía y alrededores estaban las mujeres grandes y fuertes, las reinas del género, con sus amantes de provincias, señores que tenían dos o tres camiones y que tomaban el coñac quemándole previamente el alcohol, como si el maitre fuera a ponerlas una inyección de Veterano. En la Ballesta y el Barco estaban las improvisadas, las que habían venido a la husma de los negros y los sargentos rubios de Torrejón, y tenían todas la precipitación y la falta de asiento que da la poca profesionalidad.

Por Embajadores aún subsistía la esquinera, que se iba hasta Lavapiés con su permanente, su boquita pintada, sus arrugas, su bolso de plástico, sus pies deshechos y sus medias rojas. Y por los barrios de los americanos, al norte de la ciudad, estaban las adolescentes en sombra, las muchachas en flor de pecado, las que se habían prostituido sin saber cómo, algunas de las cuales seguían viviendo con sus familias y tenían que regresar a casa a las diez, íbamos poco con las meretrices, pero algo íbamos, y encontrábamos siempre en ellas la misma tristeza, el mismo tedio, la misma prisa y el mismo perfume. En los cabarets, en las parrillas famosas, estaban las que debutaron en los años cuarenta con un turbante, de chicas topolino apócrifas, que ahora, entradas en años, seguían allí, esperando a los viejos guerreros encanecidos, y habían conocido sucesivas cerilleras, floristas y limpiadoras.

Las mujeres de los grandes hoteles y de los grandes restaurantes olían a paella cara y tenían algo de paelleras valencianas, con sus joyas y sus cardados. Habían recibido las confidencias de los hombres clave del país, conocían a todo el mundo, pero como eran muy burras no se les quedaba nada y nunca escribirían la verdadera Historia de España, que ellas conocían mejor que nadie.

En general, la profesión iba evolucionando de las esquinas a los despachos, de los cafés a los vuelos charter, y si todavía andaban por ahí las más viejas, las que se habían acostado con don José Gutiérrez Solana, surgía ya una generación nueva con leotardos de colores venecianos y la boca pintada como Mia Farrow.

Había una línea intermedia, una moza fronteriza que ni cobraba ni dejaba de cobrar, que quería ser traída, llevada, mimada, obsequiada, y que aspiraba a vivir del aire de los grandes gerentes, sin pasar por la humillación de pedir nada o de hacer lo que no le apetecía. Ella se dejaba y esperaba que uno supiera corresponder, y si no sabías

corresponder es que eras un mierda, un hortera, un muerto de hambre, y así te lo decía:

—Lo que eres tú es un mierda, un hortera y un muerto de hambre.

Incluso llegaba a olvidárseles que eran prostitutas y vivían esa vida falsa y dorada, esa prostitución volátil y de lujo que tanto han fomentado las revistas ilustradas. Estaban en sus club jugando a las cartas, a los dados, enseñándose unas a otras las blusitas que se habían comprado, como colegialas, y le gastaban muchas bromas al barman, al sereno, al portero, a la de los retretes y a todo el mundo. Hasta que llegaba el señor de gafas verdes.

Creíamos que todo era amor generoso, en la ciudad, y que la mujer estaba redimiéndose de la esclavitud sexual, pero no había más que entrar en el reino de las meretrices para comprender que la prostitución es un viejo instinto de la especie y que tardará siglos en desaparecer, porque existe una relación sexo-dinero y una necesidad metafísica de pagar, de cobrar, de comprar una mujer por media hora, o de comprarla en matrimonio para toda la vida. Cada vez nos sentíamos más lejos de aquello, pero aquello seguía funcionando, incluso en los países donde las mujeres habían desamortizado definitivamente su cuerpo.

Y las meretrices estaban allí, en la luz rojiza de su medianoche, en el misterio pueril de sus cubiles, bebiendo y fumando, dentro del tren interminable del pecado convencional, viviendo esa cosa de ferrocarril que tiene el cabaret, a ver si un viajero se las llevaba al reservado. Todas tenían un gran amor, claro, porque no hay mujer más fiel ni más casta que la meretriz, capaz de acostarse con toda una ciudad sin sentir otra cosa que nostalgia de su macho. Y hacían en la barra del club nocturno un revuelo de doncellas alocadas por donde volvía a asomar su condición ligera y achampanada de niñas malas, buenas, tontas y viciosas.

Se pusieron botas casi hasta la ingle, melenas de oro y sangre, se pusieron bragas de cuero y cotas de malla, prendieron en sus ojos la llama negra de la droga y pintaron en su pecho el rostro aciago de la música, pero un tedio de pueblo las comía por dentro y siempre, de vuelta de los yates varados en la sierra de Madrid, se ponían a jugar a la brisca con la portera, que era lo que más las entretenía.

Al principio no sabíamos qué hacer con una mujer entre los brazos. Se pasa uno la infancia y la adolescencia habitando grandiosas fantasías sexuales, y cuando por fin la vida te pone una mujer delante, comprendes que aquello es más complicado de lo que parecía. Es como tener que tocar un instrumento sin haber estudiado música. El español suele iniciarse con meretrices, mujeres que llevan la iniciativa, rápidas y expeditivas, que no le dan a uno tiempo de probar su experiencia o su inexperiencia.

Pero cuando por fin es una mujer de verdad lo que tenemos delante, no se sabe por dónde tirar. Si ella es tan inexperta como tú, la iniciativa masculina puede ir resolviendo los problemas de forma, ya que no otros. Si ella es veterana, uno comprende que está en la situación del recién salido del Conservatorio que ha de dar un concierto con el piano de Rubinstein. El piano sabe mucho más que el concertista.

Lo que hacíamos, al principio, como todo el mundo, era cortar por lo sano y tirar por la calle de en medio, con lo que resolvíamos nuestros apuros mal que bien y dejábamos a las mujeres entre perplejas, desencantadas y enternecidas. Se tarda en aprender que una cosa es la reproducción y otra el erotismo. Estábamos óptimamente equipados por la especie para reproducirnos, pero el erotismo es una ciencia, una cultura, una larga sabiduría, una larga paciencia, como dijo alguien del genio.

Al hombre le basta con la mecánica reproductora para su satisfacción y para cumplir el encargo de la especie. A la mujer, no. Por eso toda la cultura erótica, sensual y estética es femenina de raíz, aunque no la practiquen las mujeres.

La mujer, de mecanismo más demorado y exigente que el hombre, por lo general, necesita una espera, unas pausas, un tiempo, va con retraso respecto del hombre, y de esos cuartos de hora que su naturaleza se toma de demora ha nacido todo el arte del amor y puede que el arte en general.

Si los mecanismos de la reproducción han evolucionado en el ser humano hasta separarse con mucho de los mecanismos animales, es gracias a la mujer, porque el hombre, con su sexualidad directa y urgente, no habría llegado nunca mucho más allá que el perro o el toro. La mujer le ha puesto pausa, entendimiento, espera al amor. Todo lo que su cuerpo exige. Y en ese aprender a esperar, en ese ponerse a compás de la naturaleza femenina, el hombre se va educando, se va civilizando, se va afeminando en el mejor sentido de la expresión, sin equívocos.

Así que íbamos aprendiendo por nuestra cuenta, en libros, en conversaciones, en la práctica y el fracaso, o nos enseñaban ellas, las oficiantes más solemnes. Esa dinámica tan elemental de la reproducción podía complicarse y demorarse infinitamente gracias a la naturaleza femenina. Quizá toda la cultura tradicional dé la mujer es un prelude al orgasmo. El arte de arreglarse, de vestirse, de maquillarse, de desnudarse, el arte de la danza y la insinuación, la galantería, la moda y la música son posiblemente preludios que la mujer ha ido superponiendo al orgasmo directo y animal. La mujer tiene el sentido del prelude, del cual el hombre carece. La mujer sabe alargar las cosas instintivamente, en tanto que el hombre no acierta a hablar, moverse o reír en esas largas esperas, y se vuelve torpe o impaciente.

Por eso nos repugna un poco la mujer urgente, apremiante, y no por otra cosa. No por puritanismo ni nada parecido. La mujer de sexualidad elemental y directa está suprimiendo de golpe muchos siglos de cultura femenina, todo el arte del prelude, que es el origen de las bellas artes, toda esa zona de erotismo que es el cielo. El celo sexual sublimado da el arte, la estética, la cultura, y si la mujer no nos impusiese esa sublimación, esa espera, no habría cultura ni arte, porque todo sería una evacuación rápida y una posterior sequedad mental, sin la jugosidad intelectual del deseo contenido.

Nadie nos había enseñado nunca que la mujer tenía resortes más ocultos y decisivos que los tradicionales, porque la religión vaginal había sido nuestra única religión erótica, y el clitoridianismo es ya una cultura críptica en países de pocas luces. De



modo que a lo que más se parecía una mujer desnuda, en nuestro poder, era a un contrabajo en manos de un arriero. Tampoco habíamos aprendido a ser pasivos en el amor, a tornarnos objeto erótico, y descubrimos nuestro cuerpo cuando ella lo iba descubriendo, como pasa siempre.

Un cuerpo es el revelado de otro cuerpo, el propio cuerpo sólo cobra color y forma cuando unas manos femeninas lo recorren y lo buscan: lo inventan. Hasta entonces habíamos habitado un fantasma. Nuestro cuerpo no existía, era sólo una palanca de lucha o de goce, y se fue moldeando a sí mismo cuando una mujer supo mirarlo, acariciarlo, despertarlo, y nos creó conciencia de que teníamos un cuerpo, una carne, una realidad erótica, una entidad. Leíamos en Sartre que el ateísmo es una larga tarea, por entonces, y pensábamos que también el erotismo es una larga tarea.

El placer masculino se absuelve por la reproducción. El placer de la mujer, no, porque la mujer puede engendrar sin placer. El placer, en ella, es un hecho lujoso, gratuito, marginal, culto. Por eso la mujer es el erotismo, el arte. El erotismo es el arte del cuerpo, y la mujer posee ese arte.

Lo que más nos gustaba del amor era esa facultad de desnudarse en la mitad del día, esa conspiración de dos que se meten en una habitación, cuando todo el mundo está trabajando en las oficinas o viajando en los autobuses, e interrumpen la marcha de la vida para implantar un desnudo en la clandestinidad. Los matrimonios se aman de noche, pero el amor casual, ocasional, libre, es algo que se instaura a deshora, y hay un placer especial en estar tendido en una cama, desnudo, junto a una mujer, a las cinco de la tarde o las doce del mediodía, pensando que la gente anda por ahí soportando sus ropas, sus ligueros, sus bragueros, sus hernias y sus corbatas. El desnudo es una cosa tan importante que puede ser que el sexo sólo sea una anécdota de la desnudez. La desnudez es una liberación, y por eso no conviene desnudarse solamente a la hora de dormir, desnudarse para entrar en la balsa negra del sueño.

Hay que desnudarse cuando se está bien despierto, para cobrar conciencia de uno mismo.

Un hombre y una mujer, en una habitación alta o profunda, con luz de media tarde, éramos los ejecutores de un crimen sin víctima, de un asesinato sin sangre, de una pelea a muerte en la que ambos acabábamos por volver a la vida. La mujer tiene una larga capacidad de erotismo, y hay que acompañarla hasta el final en su viaje. Los malos viajeros del amor se apean en cualquier momento, o ni siquiera se enteran de que la mujer es un tren en marcha.

Se la habíamos jugado a alguien, no sé a quién, no sé si a los ministros o a los banqueros, cuando desertábamos de la vida, del trabajo, a media tarde, y nos metíamos a hacer el amor.

Vivimos añorando las junglas primitivas, pero la jungla está ahí, a nuestro alcance. Basta con desnudarse para que la jungla acuda a nosotros. La mujer es la jungla y ella nos salva —como nosotros la salvamos a ella— del asfalto, de los empleos y de los cafés.

El cuerpo del hombre, para la mujer, es lo agreste, lo más escarpado de la vida, la liberación, la manigua original. El cuerpo de la mujer, para el hombre, es también todo eso. Y gracias a la calidad bosquimana, al prestigio salvaje que no hemos perdido unos para otros, la vida sigue viva en nosotros y el sexo alumbró el mundo.

Se acaba el amor cuando se acaba el salvajismo, cuando una mujer ya no es para nosotros un bosque, sino una señora.

La actividad genética acelera el riego sanguíneo, ilumina los pensamientos, y volvíamos del amor como de un deslumbramiento, habiéndolo visto todo más claro y más hermoso. Si no hay deslumbramiento no hay amor, no hay placer. El sexo es un relámpago que provocamos nosotros, una iluminación que se forja entre dos, y de esta idea de relámpago hay que suprimir la instantaneidad, pues el sexo es instantáneo y es

eterno. Es la ceremonia en torno a un instante, larguísima ceremonia, y es el instante distendido infinitamente. Del instante debe tener la intensidad, pero no la brevedad. Del infinito debe tener la grandiosidad, pero no el tedio.

Del amor salíamos con la cabeza más clara y el cuerpo más ligero. Durante el amor no hay que pensar en otra cosa, pero esto no evita que el amor vaya iluminando como un sol momentáneo y grande todas las realidades y las fantasías del mundo, y luego nos queda en la cabeza lo visto y lo aprendido sin querer, la claridad pasada, de modo que hay que describir las cosas, no como se ven de noche o de día, sino como las hemos visto con la luz diurna y rara de la hoguera sexual, del deslumbramiento erótico.

Procurábamos alargar el fogonazo, dentro de nosotros, hasta otro fogonazo, pero no siempre era posible, y venían intermedios de sombra, de silencio, de muerte, de rutina y fracaso, de soledad y de no tener nada que hacer, decir ni escribir. De eslabones de luz y eslabones de sombra era nuestra vida.

Hasta que encontrábamos a la ninfa, a la niña de la que podía uno enamorarse, esa muchacha de melena corta y densa, de nariz breve y recta, de ojos irónicos y boca de agua, que iba y venía a la Universidad, se peleaba con los guardias, usaba mucho los autobuses para estudiantes, fumaba negro, bebía tinto, se ponía pantalones vaqueros muy gastados y acababa teniendo manos de muchacho. Era la hija de buena familia, la niña de Madrid, que había salido rebelde, que había mirado un día dentro de las grandes soperas de la familia y había visto que no había ningún secreto, que todo era mentira, mito, rito, pompa, vanidad, hipocresía, rotación. Rompía las soperas, o no las rompía, pero ya no practicaba el narcisismo pequeñoburgués de mirarse en los lagos del cuarto de baño, en camisón, para ver en el fondo al príncipe marital, sino que orinaba en los descampados de Madrid y en casa sólo se hablaba con la criada.

Pocos años y mucha estatura, una gracia desmañada y una lenta iniciación en el sexo, en el cuerpo, todo lo que nos hacía comprender para siempre que nos gustaban las niñas efébicas, las ninfas, y que ninguna madura, ninguna mujer hecha nos iba a volar la cabeza.

Por aquellas hijas rebeldes e irónicas se iban deshilvanando las grandes familias, y a algunas las casaban bien, luego, y todo se terminaba, pero otras se iban al extranjero, o vivían en el extrarradio, falsas obreras, y tenían para nosotros todo el encanto de la burguesía abolida y la rebeldía silvestre.

Sólo ellas, con su risa, con su desorden, con su burla, nos devolvían a lo más original de nuestra juventud demasiado envarada ya de ambiciones, demasiado corrompida de intenciones. Eran como la primera y última novia de nuestra vida, la novia única, porque sólo hay una mujer con calidad de novia en la vida de un hombre, y eso si la hay.

Nos llegaba en su tedio todo el tedio de los viejos hogares burgueses, aquel barrio de Salamanca podrido de recuerdos y tés nauseabundos, y sentíamos el placer de desvalijar a aquella burguesía en la hija pródiga que se iba por ahí. Con ellas podíamos conocer aún los veraneos de El Escorial, con bicicletas serranas y crepúsculos de tomillo, aquella cura de sierra e imperio que hacía la gente de Madrid cuando todavía las lejanas playas estaban empezando a descubrirse. El manisero, la molienda y la pachanga ponían música pueril a nuestro amor con aquellas niñas.

Con ellas no valía nada de lo aprendido, ni la técnica del amor ni las coartadas del corazón, porque eran un turbión de juventud, un borbotón de femineidad dándonos en la boca, y la corriente de su inexperiencia tenía más fuerza que el caudal de nuestra incipiente sabiduría. Nos dejábamos arrastrar por su amor.

Comprendíamos que cuando perdiéramos aquello habríamos dejado de ser niños para siempre y ya sólo nos esperaba la sucesión sombría de mujeres adultas, un poco madres y un poco tías, siempre, de su amante. La niña pasa una vez y no vuelve. La niña.

Días de sensualidad en abstracto, de estar tendido en el lecho de la pensión, vestido, deseando vagamente a la mujer universal, el desnudo cósmico, sin conseguir que este deseo errante y genérico se concretase en una sola mujer, y días de desear solamente, obstinadamente, a una en concreto, a la criada de la pensión o la novia de la calle, de una manera excluyente y total.

La sensualidad cósmica es positiva, enriquecedora, lo ilumina todo y nos mantiene en una disponibilidad fecunda y grata. La sensualidad pervertida por el amor, encallejada en una dirección, en una mujer, es cegadora, corta, frustrante, y no suele dar nada. Del amor universal a la mujer puede alimentarse toda una larga obra de arte —pensábamos en Picasso—, pero del amor concreto y cotidiano a una sola mujer no suele nacer más que un soneto, como mucho.

Había que estar cósmicamente enamorado del sexo, y ésta era la manera de que no dejasen de manar las fuentes de la creación. Cuando el amor se perfila en una sola figura, se vuelve obsesivo, esterilizante. Así, veíamos que Proust había escrito sus mejores páginas cuando su sensualidad general flotaba en torno a las muchachas en flor, y se hace tedioso y premioso en «La Prisionera» y «La Fugitiva», cuando lo ha encerrado todo en una sola figura.

La disponibilidad, la abundancia amorosa que, al no ser invertida, coloreaba el mundo entero y nuestra prosa. La sequedad y la obsesión de una sola mujer, último idealismo del sexo, última fanatización de la persona, último irracionalismo reaccionario, nos decíamos.

Y nos proponíamos poner mucho sexo en nuestros escritos. Quería uno dorar de erotismo sus libros, no por nada, sino porque la vida corriese por ellos. El sexo era algo así como el último reducto de la libertad en un mundo donde ya nadie era libre, en una ciudad donde todo estaba resumido en un bando municipal, en una vida como la mía, raída por la pobreza, el miedo, la soledad, el ansia y el descontento. El erotismo general y difuso como gran tesoro que esparcir por el mundo. Tenía conciencia de que la pobreza de mi vida transminaba a la prosa, y por eso quería enriquecerlo todo con el único oro a mi alcance. El oro del cuerpo, de los cuerpos.

Los sonetistas andaban de acá para allá con sus sonetos. Todavía el soneto, por aquellos años, era un arma arrojadiza, era el puñalito damasquinado con que la gente se abría paso por la jungla madrileña, matando adversarios y deslindando lianas. Había unos maestros del soneto, que eran Gerardo Diego, García Nieto, Rosales, Ridruejo y así, pero los sonetistas de ocasión habían hecho del arma noble una ganzúa para sus desvalijamientos y sus allanamientos de morada.

Qué tíos, los sonetistas.

Te daban con el soneto, te hacían un soneto, te lo leían, y un soneto les mandaba hacer Violante cada mañana, su violante de legañas y tranvía. Con el soneto se ganaban premios literarios, flores naturales, colaboraciones, y se quedaba bien en los banquetes, las fiestas, las felicitaciones, los aniversarios y las revistas.

—Aquí le presento a usted a don Prudencio, que es un fino sonetista.

El señor, generalmente con fiebres reumáticas y una jubilación del Catastro, hacía sonetos como quien hace gorras, bragueros de encargo o peluquines y bisoñés a mano, por las noches. Era una habilidad que tenía el buen señor, hacer sonetos, y esto no quería decir que tuviese una cultura humanística, que le interesase la política, la filosofía o la poesía de los otros poetas. No, no le interesaba nada, a lo mejor vivía de las quinielas y la filatelia, pero hacía sonetos y tenía en casa un piano de hacer sonetos, como algunas señoritas lo tienen de hacer sonatas, o de estropear las que hicieron otros.

La guerra de los sonetos estaba en los cafés y en las revistas, y había el que sabía hacer sonetos por Lope y el que los hacía por Góngora, por Quevedo, por Alberti, por Pemán, como el que canta por Mairena o por Caracol. Algunos jóvenes estudiantes se sabían aun los buenos sonetos de Miguel Hernández, y en las revistas encontrábamos buenos sonetos de Alcántara, de Blas de Otero, pero los sonetistas montados al aire dejaban sus sonetos volando por el café, como el que hace aviones de papel o pajaritas.

El soneto es una cosa que nace en su momento y que supone una innovación y un mundo cerrado en la cultura humanística. El soneto fascina por lo que tiene de acabado en sí mismo, de piedra preciosa, de objeto, por lo bien que amuebla una cultura. (De hecho, muchos teníamos nuestra pequeña cultura amueblada de sonetos, como la dueña de la pensión tenía el comedor amueblado de porcelanas baratas.) Pero luego el soneto degenera, se hace fácil, crucigramístico, ingenioso, y decían que Salvador Rueda los componía escribiendo primero las palabras finales, consonantes, asegurándose las rimas, y rellenaba luego el resto como quien rellena un impreso.

También se decía que los poetas de Madrid tenían sonetos reversibles a los diversos ríos, Vírgenes y castillos de la Patria, para leerlos donde hiciera falta, según la convocatoria del concurso, y que habían ganado mucho dinero con un solo soneto portátil y transformable. Nosotros estábamos ya estragados de leer sonetos.

El primer verso del soneto, sí, lo daban los ángeles, pero generalmente los ángeles del plagio o del oído, y el resto era forzosidad y mano de obra. Los sonetistas llevaban su pedrería de sonetos de acá para allá, se azacaneaban por Madrid con sus sonetos, y lo mismo le hacían uno a los libertadores de América que al equipo ganador de la Copa.

¿Para qué tantos sonetos? Siempre nos habían interesado los géneros homeopáticos, relampagueantes, tautológicos y mortales de necesidad, pero el soneto sonetizado de los sonetistas soneteros ya no nos decía nada, y los soneteadores llegaban desde sus lejanos barrios con el soneto en la cartera, como un arma de dos filos.

—A ti, que eres un chico fino y entiendes, te voy a leer este soneto, pero guárdame el secreto.

Como el soneto no tenía ningún secreto, no había forma de guardarlo, pero la poesía española estaba como remansada, estancada, enrarecida en un pedregal de sonetos, empedrada de sonetismo, y los poetas sociales andaban por otro lado, haciendo versos

libres, desflecados y prosaicos, frente al acendramiento dominical de los sonetistas. Ni lo uno ni lo otro nos decía nada. Ni el soneto preciosista ni el poema de papel de estraza. Estábamos esperando que alguien inventase la poesía nueva, y nosotros no la íbamos a inventar, desde luego, pero mirábamos con asombro y recelo a los activos sonetistas que habían encontrado en el soneto su arma, su navaja cabrera o cabritería, su truco de la estampita para triunfar en la Villa y Corte. El soneto era un timo.

También había el que tenía escrita una comedia, la comedia, su comedia, y llevaba años por los cafés y los saloncillos de los teatros, llevando y trayendo la comedia, tratando de estrenarla, leyéndosela a todo el mundo. Era una comedia que, sin remedio, habían conocido Benavente, Buero Vallejo, Miguel Mihura, Jardiel, Torrado y Pemán, pues a todo el mundo se la había leído alguna vez el tipo, y si la comedia no había llegado ni iba a llegar nunca a los grandes públicos, había disfrutado, en cambio, ese público de elegidos, de enterados, de ilustres, que es realmente para quien escribe el genio.

Porque este cuerpo a cuerpo de la gloria se daba mucho en Madrid, este ir ganándose los admiradores uno a uno. Así como el novelista o el dramaturgo de éxito se ganan a todo el país en un día, estos otros autores oscuros y esforzados iban a llegar a la popularidad ganando al público individualmente, uno por uno, y no desmayaban en esta tarea de leerle la comedia, su comedia, que habían escrito en los años cuarenta, nada más terminar la guerra, con resabios sibilinos de Benavente y chistes recocidos de Torrado.

—Claro, para estrenar una comedia, hoy, tienes que ser maricón, o amante de la actriz, o millonario, o enchufado, porque luego está la censura, que ésa es otra.

Sí, siempre tenían argumentos para defender su comedia, los autores anónimos, empecinados y unigénitos, que habían dado una sola comedia en su vida y estaban dispuestos a estrenarla.

La comedia, que nació benaventiana y torradesca, había sido retocada con el paso del tiempo y de las influencias, según el teatro que estaba de moda en cada momento, y luego tuvo la gracia neosainetesca de Paso, por los años cincuenta, y en nuestros años sesenta, germinales y líricos, había entrado en los cauces del distanciamiento brechtiano, la denuncia sartriana y la participación artaudiana. Porque el tipo iba a todos los estrenos, pitaba mucho, no le gustaba nada, pero luego se quedaba con lo que le parecía y, de vuelta a casa, se pasaba la noche retocando su comedia y metiéndole efectos recién aprendidos. Claro que había ejemplos de grandes autores que se habían pasado la vida dándole la vuelta a un mismo libro ya publicado, acreciéndolo o rehaciéndolo, pero la comedia del comediógrafo iba siendo ya un zurcido de mil cosas, un remiendo múltiple donde había guerra civil, Escuadra hacia la muerte, Tres sombreros de copa, Los pobrecitos y El cementerio de automóviles. La comedia iba transformándose como un animal que se adapta al medio, tenía un poder de metamorfosis asombroso, era un reptil, un camaleón, una cosa cambiante y sorprendente, inaguantable.

—Que te vengas el sábado por casa, que te voy a leer la comedia.

—A mí ya me la ha leído usted.

—Huy, pero está muy cambiada. Tú conoces la versión de mil novecientos cincuenta y nueve. Ahora le he metido muchas cosas nuevas.

Y como nos invitaba a comer, íbamos a su casa, comíamos y luego nos metíamos en su despacho, con anís y tabaco, a que nos leyese la comedia.

Lo peor de aquellos tipos era que nos veíamos en ellos. Eso es lo más probable, que tú acabes como ese tipo, dando la lata a todo el mundo con unos folios, chocheando. De modo que lo mejor era no escribir nada, salvo el reporterismo de cada día, para no tener nada que enseñar en la vejez.

La vejez literaria, por cierto, llega muy pronto, y la vida suele durar más que la

biografía. En cuanto uno ha contado las cuatro cosas de su infancia y las cuatro ideas que se le han quedado de los libros, se encuentra con que no tiene nada que decir y todo es repetirse y darle a eso que Ramón llamó el manubrio del ludibrio del bodrio.

Desde Proust a Blasco Ibáñez, lo fresco, lo nuevo, lo bueno era lo que recogía la infancia, el paisaje natal, la luz primera. Había dicho don Ramón del Valle-Inclán que la luz y la expresión eran muy importantes para el escritor. Cuando la frescura creadora se nutre a su vez de la frescura del recuerdo, todo va bien. Luego, uno se vuelve libresco, complicado, sequizo, forzoso y tautológico. En esto Proust había sido también un ejemplo, en el sentido de que estiró la infancia y la pubertad hasta el infinito, sabiendo que allí estaba el venero inagotable, porque el escritor que despachaba su infancia en un libro, luego se quedaba a verlas venir. Se dice que lo autobiográfico sólo da para cuarenta folios, pero lo que hay que conseguir es que dé para cuarenta mil.

El señor de la comedia, el hombre, involuntariamente fiel a estos principios, seguía queriendo estrenar aquello que había escrito veinte años atrás, y, como él decía, más tiempo hace que escribió Calderón y sigue yendo la gente a verlo.

O el grafómano delirante, el señor que escribía y escribía, en su casa, durante años y años, amontonando ensayos, novelas, poemas, biografías, libros inéditos que nunca veían la luz. Era el hombre que tenía que escribir como tenía que respirar, el grafómano nato, una especie que no tiene demasiado que ver con la literatura. En el café se le preguntaba:

—¿Qué, cómo va eso?

—Ya me llevo por los cincuenta mil folios —decía el tipo.

No sabíamos si nos estaba tomando el pelo. Lo cierto era que, nada más cerrar la tienda —generalmente tenía una tienda de electricidad o de casquería—, se metía en su casa a escribir, y había escrito ya más que nadie, sin seguir en absoluto el consejo de aquel otro poeta que, habiendo sumado sus versos, y encontrando que tenía ya tantos como san Juan de la Cruz, decidió que su gloria estaba asegurada a peso y lo dejó para siempre.

El grafómano escribía con una letra menuda e incesante, y su modesto hogar amenazaba ya con venirse abajo, y alguna vez que estuvo enfermo fuimos a visitarle en comisión, los del café, y allí vimos el palomar de los folios, que estaban por todas partes, como una nevada de papel, cubriendo las estanterías, los muebles, las soperas, las ropas, el suelo y los armarios. La santa esposa y los hijos se movían dificultosamente entre aquel mar de papel, removiendo folios con un rumor de manigua, y parece que esta abundancia literaria les protegía mucho, les daba un calor, un confort, un abrigo. Una vez que el grafómano lo reunió todo para llevárselo a un presunto editor loco que le iba a sacar las obras completas, todos los niños se constiparon, en la casa, y la santa esposa se cogió una cistitis. No podían vivir ya sin el abrigo de todo aquel papelote, y casi se alegraron cuando papá volvió con los miles de folios, porque el editor había quebrado.

El grafómano era un señor que había nacido con facilidad y eso era todo. Tenía soltura de pluma y buena memoria, e iba hilvanando lugares comunes, noche y día, en forma de novela, de ensayo, de sistema filosófico o de biografía comentada y con notas de pie de página.

¿Por qué no publicaba nunca nada? No era peor que tantos otros que andaban por ahí viviendo del oficio. Llegamos a sospechar que no publicaba porque no quería. Era como esos pintores que no quieren exponer para no verse en el trance de tener que desprenderse de sus obras. Aquel hombre necesitaba producir, verse rodeado de enjambres de letra menuda, y el reunir todo aquello en libros le hubiera hecho un efecto de almoneda, de embargo, de liquidación por derribo, de mudanza. Lo cual no obstaba para que hablase siempre de la salida de sus tomos, que era inminente.

—¿Y usted por qué no para un poco y espera a que vayan saliendo las cosas que tiene

ya hechas?

Nos miraba lejano y sonriente, como si le hubiéramos propuesto que contuviese la respiración durante cuarenta y cinco minutos. En Madrid había diversos grafómanos, y todos tenían las mismas características. Las viejas del café y los camareros los respetaban mucho, pues sin duda comprendían que aquel señor era un gran hombre, que iba a dejar una obra ingente, y que también Cervantes había tenido una vida oscura, y ahí estaba el Quijote.

—Mire usted, Cervantes tuvo una vida oscura y ahí está el Quijote.

—Eso también es verdad.

De manera que el hombre se había ganado un prestigio sin publicar una línea, y ya había periódicos donde se hablaba del eximio pensador, porque, al fin y al cabo, al que publica tampoco lo lee la gente, de modo que el prestigio literario siempre es una cosa a crédito, en España, y da lo mismo publicar una novela que explicarla en la tertulia del café. La gente siempre habla de referencias, y prefiere las referencias verbales a las escritas, porque son más cómodas de recoger.

Como por entonces teníamos miedo de todo, también teníamos miedo de ser nosotros aquel grafómano, de llegar alguna vez a la grafomanía, y recordábamos aquello de Juan Ramón: «Facilidad, mala novia».

Pero el grafómano no tenía otra novia que la facilidad, mala o buena. Ahí está Lope, ahí está Ramón, decían los defensores del grafómano, dándonos a entender que el escritor de raza era el que escribía mucho. El grafómano, en cambio, ni siquiera se defendía, pues debía de considerar que su caso era lo más natural del mundo, y ni siquiera se lo planteaba. Por otra parte, nadie le hacía nunca reproches en este sentido al grafómano, sino que se le preguntaba por la obra en marcha irónicamente, como se pregunta por un hijo que ha salido larguirucho:

—Qué, ¿eso sigue creciendo?

Y ya lo creo que seguía creciendo. Nosotros tratábamos de publicar en seguida todo lo que escribíamos, no queríamos tener niños muertos en casa, y si íbamos a caer en la grafomanía, que fuese al menos una grafomanía impresa, cobrada, que eso siempre sirve a los eruditos distraídos. El grafómano era un ejemplo tan alto como el genio, sólo que un mal ejemplo.

El día que se murió el grafómano, envenenado de tinta de tintero, cuatro amigos misericordiosos hicieron una compilación para ayuda de la viuda, y reunieron quince relatos cortos del difunto, que dieron un tomito de ciento quince páginas, enjuto y feble. Lo editaron y no se vendió. Aquellos quince relatos cortos fueron lo único que se salvó de la obra ingente del grafómano. De exprimir miles de páginas, no suele quedar sino el jugo de cincuenta o ciento. Pero esto no pasa sólo con los grafómanos. Pasa con los más grandes escritores.

A mí me dieron un ejemplarcito de aquellos para que hiciera una reseña en algún sitio, y nunca la hice, pero todavía tengo el ejemplar, como recuerdo y consejo de que escribir mucho es igual que escribir poco. Al final sólo se salvan cincuenta páginas.

Y eso con mucha suerte.

El idioma es la única manera de fornicación con el Universo. Las otras artes no son tan predatorias como la literatura. El color, el dibujo, la música reproducen, inventan, acarician, crean, pero sólo la palabra entra a fondo en las cosas, desvalija, fornicación, roba. La palabra es predatoria y fornicatriz, y por eso, quizás, habíamos decidido, sin saberlo, servirnos de la literatura o dejar que la literatura se sirviese de nosotros, pues un día leeríamos en los modernos lingüistas que no hablamos un idioma, sino que el idioma nos habla, nos expresa, funciona por nosotros.

En realidad, un idioma tiene antigüedad de siglos y nosotros somos recientes, de modo que la lengua que se habla tiene mucha más realidad histórica y cultural que el hablante. La lengua es una realidad temporal que se concreta instantáneamente en el

individuo. Proust (siempre Proust) veía al hombre pequeño en el espacio, pero inmenso en el tiempo, tocando con los pies y la cabeza el pasado más remoto y todos los futuros imaginables. Pues bien, el ámbito de ese estiramiento, de ese desperezamiento cósmico del hombre es el idioma. Al menos, el ámbito ideal. Cervantes y yo podríamos entendernos a duras penas, si él levantase la cabeza, aunque los dos hablamos y escribimos en castellano, pero eso no anula, sino que explica la continuidad prodigiosa de una lengua.

El que se pone a escribir cree al principio, ingenuamente, que todo se lo va a sacar de la cabeza y que el mundo se reduce a su inspiración, su pluma y el paisaje. Pronto advertirá, si no es completamente tonto, que la cosa es más complicada, que se ha puesto al mando de una locomotora terrorífica, que tiene entre sus manos el volante y las palancas de un tren que va lanzado.

El idioma es el que camina, no nosotros. Alguien dijo que a Cervantes le lleva el idioma, y que Quevedo, por el contrario, lleva él al idioma. Sí, ésa es toda la diferencia, y por eso nos quedábamos con Quevedo. Qué difícil tirar de un idioma, cuando tanto nos empuja él, cuando tanto tira de nosotros. Es como en esos juegos vascos de la cuerda, donde unos hombres tiran de un extremo y el forzado del pueblo, él solo, tira del otro. La cuerda no se rompe nunca, ni por lo más débil ni por lo más fuerte. El idioma no se rompe nunca. Lo que pasa es que los tíos fuertes, los clásicos, tiran de la cuerda para atrás, y uno solo, al otro extremo, sin ser precisamente el forzado del lugar, tiene que tirar hacia adelante.

Lo más curioso de ponerse a escribir con algún ahondamiento era este comprobar cómo el idioma se ponía en marcha, cómo el lenguaje entraba en movimiento. Dicen los autores pedantes, en las entrevistas (a mí me lo dijeron muchas veces cuando iba a verles), que sus personajes cobran vida y empiezan a moverse por sí solos. No, lo único que cobra vida, porque es lo único que tiene realidad, cuando se está escribiendo un libro, es la lengua. La lengua nos lleva y hay que saber dejarse llevar por ella. Unos se dejan llevar recurriendo al tópico, a las primeras palabras dictadas por el gran robot del lenguaje. Pero las primeras palabras que expulsa el idioma, como la primera cerveza que echa la máquina del bar, hay que tirarlas, dejarlas correr. Son espuma. Luego empieza a manar el venero fresco y valioso. Generalmente, los topiqueros se beben la espuma. No son buenos catadores. Dejemos hablar al lenguaje, que hable largamente, que se psicoanalice con nosotros, que se confiese, escuchémosle en silencio, haciendo como que escribimos, escribamos a su dictado, ejerzamos la escritura automática de santa Catalina y de Bretón, tengamos por patrona a santa Catalina de Siena, con una estampita de la santa en nuestro cuarto de pensión.

Los escritores oficiales habían erigido a santa Teresa por patrona, pero santa Teresa sólo vale por lo que tiene de santa Catalina.

El lenguaje es el depósito del pensamiento, la rebotica de la filosofía, todo está en él y no hay más que dejarle hablar. Empezar por las ideas abstractas es inútil, porque las ideas son palabras. La filosofía sin palabras es como la pintura sin colores. No existe. Así que tomábamos posesión del lenguaje, o el lenguaje tomaba posesión de nosotros, y el bosque profundo del idioma, que primero habíamos rondado en tebeos, enciclopedias, poemas aprendidos de memoria y periódicos leídos con fervor, nos iba haciendo suyos, nos iba metiendo en su seno, y de pronto estábamos en medio del bosque, pulgarcitos literarios, y no habíamos dejado rastro de migas para salir ni queríamos salir. Existe el instinto de las palabras, como existe el instinto de las notas musicales o de los colores, y querer ser escritor sin ese instinto, sólo a base de ideas, esquemas e información era como querer ser pintor sólo a base de estudiar geometría, querer ser músico a fuerza de matemática. El idioma era nuestra única patria, como alguien había dicho, y entonces empezamos a comprenderlo bien. Nuestra única patria y nuestra única riqueza. Viviríamos de vender palabras porque las palabras eran



nuestras, porque íbamos todas las noches a recogerlas al bosque del idioma, y las traíamos a la ciudad de los hombres frescas y ligeras. Ricos de palabras, en la pobreza general de nuestra vida. Traficantes en palabras, traficantes de palabras, y que esto lo malentendieran los tontos creyendo que eso era jugar al mercado persa de la literatura. No. La palabra tiene un poder subversivo que no tiene nada, porque sus «combinaciones eléctricas», el «incendio en los matorrales del idioma» es la única posibilidad de colisión, de hoguera, de acción, de crítica, pregunta y afirmación que tiene el hombre inerme. Teníamos que forjarnos nuestro arsenal de palabras para intentar el terrorismo de la cultura.

Mi afición a los géneros homeopáticos y fulminantes me llevaba asimismo al cuento, al relato corto, a la narración que participaba del poema más que de la novela. Por entonces aún se publicaban muchos cuentos en Madrid, en los periódicos y las revistas, y había grandes artistas del cuento, y todo el mundo se sentía con derecho a escribir un cuento. La cosa venía de Cervantes, del XIX, de aquellos cuentecillos repugnantes que eran una novela comprimida, con su moraleja en bastardilla, al final, pero nosotros no buscábamos eso, sino la literatura que está en el cuento como la penicilina en el hongo: virginal. Porque el cuento era ante todo una cosa experimental, y un buen cuento tenía siempre algo de mosaico romano aparecido entre la prosa arenosa de la vida. El cuento era a la novela lo que ese mosaico a todo el coliseo. Encontrar un mosaico, sólo uno, es lo que tiene emoción poética, por encima de la emoción arqueológica. Federico García Lorca contaba cómo había tenido toda la intuición del mundo antiguo cuando asistió, en su Granada, al descubrimiento inesperado de un mosaico romano por el arado que trabajaba la tierra. Un buen cuento, de pronto, nos da la intuición de toda una narrativa, de todo un mundo novelesco y poético que alguien lleva sepultado en sí.

Se hacían por entonces los cuentos realistas, secos, las estampas de la vida obrera, y nada más. Unos lo hacían bien y otros mal, porque la calidad no es un problema de escuelas, sino de individuos. Ignacio Aldecoa era más poeta en sus cuentos de poceros que muchos poetas en sus lirismos amanerados. Nosotros veíamos en el cuento, ante todo, una manera de experimentación, una aventura, y había que hacer cada cuento diferente de los anteriores, porque un cuento o es un riesgo que se corre o no es nada.

Buen género para meterse en un café y pasarse allí la tarde resolviendo el cuento, como quien resuelve un crucigrama. Lo íbamos escribiendo poco a poco, con letra menuda e ilegible, y uno nos salía de párrafo corto e intenso, y otro de párrafo largo y musical, y uno de diálogo picado y popular, y otro unitario y modulado como una sola frase de cinco folios. Porque Joyce quería hacer de las casi mil páginas de su «Ulysses» una sola frase, pero nosotros nos hubiéramos contentado con que la frase nos diera para cuatro o cinco folios. Buscábamos conseguir el cuento estático, porque el cuento no puede narrar nada, y a lo más puede describir un solo movimiento, un solo ademán, y ha de dejar ese ademán en el aire, en suspenso, para ser un buen cuento.

Todo lo que queda en suspenso se torna inmediatamente lírico. Lírico es lo que no se consume. No había que consumir los cuentos, como hacía Clarín, como hacía Concha Espina, como hacían los malos cuentistas. Había que lograr el poema en prosa, la prosa pura, el mosaico perdido e incompleto, había que lograr el fragmento, queríamos ser artistas de fragmentos, artistas fragmentarios, porque lo mejor de la música son las sinfonías incompletas. Qué categoría les hubiera dado a muchos escritores el que un viento providencial se llevase parte de sus grandes libros, dejándolos incompletos, fragmentados, misteriosos, con el temblor que ellos no supieron darles.

Un objeto, un niño parado, el color de una tarde sin tiempo, el tiempo de una tarde sin color, cualquier cosa era un cuento, todo y nada, porque el arte del cuento no está exactamente en no contar nada, sino precisamente en contar nada, en contar la nada.

Los cuentos llenos de acción, de sucesos, de sorpresas, son siempre malos. ¿Y los cuentos de Borges, y los cuentos de Poe? Geniales, pero no eran cuentos, eran otra cosa. En el cuento había que conseguir que no pasase nada, que no hubiese ninguna sorpresa, pues la sorpresa tenía que ser el cuento en sí, su presencia en la página de un periódico, su entidad incomprensible, gratuita y solitaria.

Así como en el artículo intentábamos la actualidad furiosa, la urgencia de la vida, la precisión del disparo, en el cuento intentábamos la intemporalidad, la quietud absoluta, la falta de beligerancia. Se equivocan los escritores que hacen artículos con un cuentecillo dentro, se equivocan los que hacen cuentecillos divaga torios como artículos. El artículo tenía que estar en movimiento y el cuento tenía que estar parado. Ambos tenían que volverse sobre sí mismos, y esto era lo único que los asemejaba.

El artículo, como el cuento, como el poema, tenían que quedar al mismo tiempo abiertos y cerrados, completos e incompletos, perfectos en sí mismos, pero funcionando hacia el futuro. No hay que hacer artículos lapidarios ni cuentos lapidarios ni nada lapidario. Hay que ser fragmentario mejor que lapidario. Y en estas cosas perdíamos la tarde, perdíamos la vida.

El estilo es una facultad del alma (Valéry). El estilo era una facultad del alma, lo leíamos por entonces, y lo que queríamos era hacernos un estilo. ¿El estilo es el hombre? Más bien el hombre es el estilo. Un hombre sin estilo es sólo un peatón.

¿Y un escritor sin estilo? Suele ser un amanuense. ¿Qué es el estilo? El estilo es la eficacia. Puede ser bueno, malo, torpe, ligero, alegre, denso, cuidado, descuidado. No importa. El estilo es bueno si es eficaz, si dice lo que quiere decir y mucho más (o mucho menos, que también en el no decir puede estar la fuerza y el encanto). Baroja, que no nos gustaba nada, no había dejado de conseguir un estilo eficaz, a veces. Asombrosamente eficaz, aun pareciendo que no tenía estilo. Azorín, que lo había puesto todo en el estilo, nos decía muy poco, porque un arcaísmo es siempre menos electrificante que un neologismo.

Ahí estaba justamente la cuestión, o uno de los aspectos de ella. El estilo arcaizante y el estilo neologista. Azorín es arcaizante. Ramón es neologista. Valle-Inclán es al mismo tiempo neologista y arcaizante. De ahí su originalidad. Para ser arcaizante hace falta cultura y paciencia. Para ser neologista hace falta intuición. Para ambas cosas hace falta sensibilidad, porque hay arcaísmos con fuerza de neologismos y neologismos que nacen ya arcaicos. Elegir un buen arcaísmo es tan difícil como fabricar un buen neologismo. Hacerse un estilo a base de lo uno o lo otro, exclusivamente, es equivocado. Por eso se equivoca Azorín. Por eso se equivoca Pérez de Ayala.

(Esto eran cosas que pensábamos entonces, y que ahora, ya, nos dan más o menos igual.)

El estilo como agresividad. Tener un estilo es como tener un arma. La agresividad del idioma, ¿se ha estudiado eso? El estilo propio como agresión, como desafío. El estilo de Valle o de Rimbaud como violencia. Un estilo muy acusado está negando todos los otros estilos y apropiándose el mundo para transformarlo en sí mismo. El estilo como afirmación de la individualidad. No se escribe para decir una cosa, sino para lucir un estilo. Esa es la gran trampa del estilo. Había que procurar que lo dicho tuviera siempre, cuando menos, tanta importancia como las palabras. Pero este problema se resolvía a un nivel más hondo cuando el estilo no era una manera de escribir, solamente, sino una manera de ver el mundo.

El idioma como monóculo, como impertinentes, como tamiz. Aprender a mirar el mundo a través del propio estilo. Una manera de escribir responde a una manera de ver. Si no es así, el estilo queda artificioso. Quevedo, tan barroco, no da sensación de artificio porque lo que hay en él, antes que una peculiaridad en el escribir, es una peculiaridad en el mirar.

O una coincidencia de ambas cosas. A la inversa, hay escritores muy sencillos que resultan artificiosos, porque su sencillez no responde a una sencillez de la mirada (la mirada nunca es lineal ni simplista). Los poetas y novelistas del realismo español de los años cincuenta y sesenta eran artificiosos en su sencillez, casi todos, porque aquello era una elementalidad deliberada, programada, que no respondía a una visión del mundo. (Como la sencillez, tan falsa, que adoptamos para entendernos con los niños.) Primero caíamos en el engaño de querer hacernos un estilo previo para luego escribir con arreglo a él. Luego comprendimos que se hace estilo al escribir, que se afina el piano tocándolo, que sólo escribiendo mucho se impregna la caligrafía de la personalidad del que escribe.

¿Escribir con ideas o con cosas? ¿Decirlo todo con silogismos o con manzanas? Tarda uno en decidirse por las manzanas. Pero al final se decide. Habíamos pasado el sarampión del rigor. Íbamos a pasar el sarampión de la abstracción. Pensamiento puro, idea sola. Un juego como otros. No es más fácil ni más difícil mover manzanas que mover ideas, en la prosa. Sólo que las manzanas huelen, perfuman, saben, pesan, acarician. De modo que nos decidimos un día por las manzanas.

A la mierda los poemas y los ensayos escritos descarnadamente. Había que llenar la prosa de objetos, olores, sabores, había que amueblarla de toda la bendita sensualidad del mundo. De vez en cuando, como ejercicio de ascesis, nos hundíamos en un pensador puro, escueto. Más como cura de aires que como busca de la verdad, de sus pequeñas verdades puntillosamente enunciadas. Toda filosofía es una teología de paisano. Esconde un Dios que a su vez esconde al autor. Como el tío de mi pueblo que, por fiestas, se metía dentro de un gigantón. A mí no me la da usted. Ea.

Un estilo es como una armadura en cuanto que te defiende, te aísla, te personaliza. Pero hay que evitar en él la rigidez de la armadura. Una vez que se ha conseguido un estilo, lo que hay que hacer es violarle a cada paso, faltar a él, traicionarle, para que no llegue al amaneramiento y la monotonía. Un buen estilo es un traje demasiado nuevo. Hay que arrugarlo e incluso hacerle algunos rotos. En eso estábamos.

La jaqueca migrañosa, el vértigo, las lesiones laberínticas, la sinusitis, la depresión, la bronquitis, las supuraciones, el enfisema, la colitis, las cicatrices pulmonares, la insuficiencia aórtica, la alergia, el insomnio, la nefritis, el estreñimiento, las durezas de los pies, los hidromas, los tumores, las costillas astilladas, la desviación de la columna vertebral y la neurosis. Eso que llamamos salud no es sino un delicado equilibrio de deflagraciones.

De pronto venían las enfermedades, todas las enfermedades, en lenta sucesión, y el hombre era una máquina estúpida, como todas las máquinas, y yo tomaba pastillas para la taquicardia y barbitúricos para dormir y cosas para el mareo, y pasaba por la cámara oscura de las radiografías, por el túnel largo y dulce de los rayos X, y era xilófono para el martillito blando del doctor, que buscaba en mi interior fiebres de Malta, como el botánico busca azaleas, y era llevado, traído, electrocardiografiado, electroencefalografiado, mi corazón se reducía a unos palotes, mi pensamiento a una línea sutil, y giraba en las sillas redondas de los laboratorios, e iba teniendo conciencia triste, diversa y confusa de mi cuerpo, de mi interior, el esqueleto, la orina, la sangre, los esputos, los pulmones, el delicado equilibrio del laberinto y la laboriosa alquimia del epigastrio.

Eso tiene que marchar. Si eso no marcha, no hay escritor ni hay hombre ni hay nada. Una buena conjunción química era el secreto de la luminosidad del día y la armoniosidad de la prosa. La inspiración es haber dormido bien.

La enfermedad nos deprecia porque suprime nuestro penacho de ideas y nos deja en un paquete anatómico que sufre inválido. Toda la filosofía, la cultura, el arte, el pensamiento, la política, la poesía, la imaginación no son sino la humareda perdida que va dejando en su viajar la locomotora humana. Se queman nutrientes, se renuevan

células, arde el corazón y rueda el hígado, y de toda esa combustión se desprende un humito leve y perdedizo que es la imaginación, la filosofía, la teología. Le hemos dado más importancia al humo que a la locomotora. El humo dibuja formas bellas y gratuitas en el espacio, y luego se borra solo.

Somos el caballo empenachado de los desfiles. Nuestro penacho es nuestra imaginación. En cuanto nos quitan el penacho, no somos más que un caballo triste. Los médicos se vestían de blanco y suficiencia para medir mi vida, contar mis dolores, clasificar mi miedo. Y yo rodaba por esas clínicas verdes e inmensas de Madrid, hospitales de las afueras, quirófanos antiguos, lugares donde una humanidad doliente esperaba su turno, sujetaba su cáncer, acariciaba su tumor, hilvanaba su ceguera, apacentaba su parálisis y envolvía su llanto.

Los obreros y los que sufren. Las dos grandes realidades del mundo. El trabajo y el dolor. En la gran ciudad, que se engañaba a sí misma con los cartelones de los cines, el trabajo y el dolor eran dos submundos lentos y crueles que nadie iba a redimir. Espacios para sufrir, grandes naves para esperar la muerte, guardar cola o cauterizarse la vejiga. Las enfermeras, con levedad y rutina, iban tomando con pinzas los alones heridos del pájaro humano.

Los tuberculosos, como una secta, nos miraban atravesados en los largos pasillos de los hospitales. Iban con la chaqueta pobre sobre el cuerpo desnudo. Otra radiografía, otro análisis, otra crucifixión y otro calvario. El pueblo iba apiñándose en los rincones con un olor a enfermedades y una transpiración laboral.

La criatura humana transfigurada por el sufrimiento. La bestia humana estilizada por el dolor o embrutecida por el olvido. Lo más escarpado de la especie estaba allí, la gran escollera sufriente de los vivos. Hilos de sangre, alambres de oro, vidrios agudos y luces matinales iban fijando la muerte de cada uno.

Nadie se muere descontroladamente, en la gran ciudad. Hay que dejar, cuando menos, una ficha. El cadáver debe contribuir siquiera con una ficha a la gran burocracia del dolor. Se sienta uno en la silla del médico y después de un rato ha puesto una ficha como el pájaro pone un huevo. Es un problema de paciencia. Cuando usted ha puesto su ficha o su huevo, ya puede irse con su dolor. Su dolor crece o le mata, pero está ya clasificado, objetivado en una cartulina impresa y manuscrita y mecanografiada y estampada. Grandes bloques de silencio cuajaban la soledad verde de los cancerosos. Yo sufría, lloraba, me precipitaba, iba primero lleno de arrojito hacia el dolor, indiferente luego, insensible, asistía a las manipulaciones de una ciencia burocrática en el hondón pueril y rojo de mi vida. Un día tomé de nuevo el camino de la ciudad, como podía haber tomado el del cementerio.

Eran días, sí, de ir a los hospitales de las afueras, muy de mañana, para que nos mirasen los bronquios, los pulmones, el corazón, toda la chatarra del pecho, todas las infiltraciones del alma.

Cogíamos autobuses tempranos, camionetas ruidosas y ligeras, y nos internábamos por la Dehesa de la Villa, por los bosquecillos de la Universitaria, por los pinarillos de Puerta de Hierro, respirando un aire verde y matinal que era ya la primera cura de salud para nuestros bronquios enfermos, para nuestra tos ciudadana. Allí estaban los tupis escupiendo sangre y poniéndose inyecciones de estreptomina, y resulta que la tuberculosis no estaba vencida, como decían los periódicos optimistas, y Madrid tenía cáncer de pulmón y los tupis, los pobres tupis, exiliados de la vida, cesantes de la ciudad, discriminados, se dejaban traspasar su pecho de cristal por el rayo frío de las máquinas.

Viejos hospitales con algo de balneario y algo de manicomio, modernas clínicas funcionales de una sanidad burocrática y sin alma. Qué ficción, qué juego la literatura y la política, vistas desde aquellos palomares fríos que daban a la muerte y a la sierra. Obreros secos, albañiles altos y sombríos, mujerucas de cera, matrimonios tristes,

muchachos serios y rotos. El sol de la mañana doraba la sangre enferma en los tubos de cristal y la belleza del día acrisolaba los esputos coleccionados, engastados en vidrio, como diamantes, como joyas, como una riqueza que daba de sí el tupi.

Allí nos sentíamos mucho más fracasados de lo que realmente estábamos, allí miraba yo el final de mi vida, la catástrofe de la triste aventura de las letras, y después de haber andado por los corredores irreales de la enfermedad, el volver a la ciudad, a las calles, el tomar un autobús era como un empeño absurdo. Era como volver del cementerio, de la muerte, de la paz, del retiro, del silencio, de la bienaventuranza de los pobres. La mañana se iba templando entre los árboles y nos hubiéramos quedado para siempre en aquel Madrid periférico, con niños sin escuela y aldeanos de la gran aldea madrileña, disfrutando nuestra enfermedad, nuestro mareo, nuestro miedo, gozando toda la delicada sensibilidad del enfermo.

Para qué volver, me decía, para qué empezar de nuevo. Al final siempre hay un hospital, al final vienes a parar, vivo o muerto, a estos palomares de madera verde y cristales luminosos, donde las monjas y los enfermeros te cuidan como a un niño, y como a un niño te engañan, te miman, te desprecian y te amortajan. Compraba yo un periódico, al bajar del autobús, en el primer quiosco que encontraba, pero el periódico se me quedaba insípido, interminable, lleno de una tipografía absurda que no le decía nada a mi imaginación de enfermo. El café, el desayuno en un cafetuchito del extrarradio, la lenta vuelta a la vida, y tenía que leer una información dos veces para enterarme de lo que decía, y al final dejaba el periódico a un lado, como viéndolo todo ya desde la otra vida.

Debiera haber sido el momento justo de retirarse, de buscar un trabajito menudo y reposado, de olvidar para siempre la pintoresca necesidad de triunfo, la neurótica afirmación de la personalidad, la segregación insensata de letra impresa, y dedicarse a la contemplación de los amaneceres, la rotación de las verbenas y la pasión de los crepúsculos. ¿Por qué no lo hice?

Unos meses de enfermedad, de mareo, de miedo, de locura, una temporada en el infierno dulce de las clínicas le dan a uno mucho escepticismo, mucha bondad de alma, mucha sonrisa y mucha generosidad. Déjales que ganen premios literarios, que se vistan de ave de rapiña o de ave heráldica en las grandes cenas, déjales que se metan por el año sus diplomas, sus billetes, sus libros y sus boletines oficiales. Vamos a escribir despacio de la vida, gustando cada palabra y cada cosa, vamos a cambiar de reloj, de camisa y de pluma. Pero, ay, quedaba mucha batalla por delante, mucho que perder, y oscuramente lo sabíamos.

Qué temblor, en las mañanitas del sanatorio, cuando llegábamos en el frío de enero tosiendo bajo una bufanda estudiantil. Uno no sabe nada sobre la marcha de su vida. Es más fácil deducir lo que va a pasar en la novela que estamos leyendo que en nuestra propia vida. La vida de los demás, las vidas de los libros, todo está más claro para nosotros que nuestra biografía. Y nos quedábamos en casa, convalecientes de no se sabía qué, sin decidirnos a dejarlo ni a seguir, sin saber por dónde tirar, en el regazo de la enfermedad. Lo mejor era meterse de nuevo en la cama, pedir a la chica de la pensión otro café, coger un libro ya leído y dejar que la corriente llevase la barca del lecho a cualquier orilla.

De todo lo cual deducía yo que mi cuerda íntima era la tristeza. El hombre, como la guitarra, tiene una cuerda más grave que las otras, y ha de averiguar a tiempo cuál es su cuerda, si quiere pulsarla bien. Ni el odio, ni el humor, ni la rebeldía, ni la tragedia, ni siquiera el lirismo. Mi cuerda última era la tristeza, mi metal más secreto, mi bordón, y el mundo, para mí, empezaba a consistir en tristeza. Tristeza de todo, tristeza de nada, la pura pena de no saber por qué, como dijo el otro.

La tristeza. Por debajo de la revolución, de la risa, de la emoción, del lirismo, del sexo y de la ira estaba la tristeza, el mundo esmerilado de penas sin sentido, el caminar

penoso de la vida, el eterno retorno de los domingos y las fiestas de guardar. Y todo lo veía, a veces, como desde el final, y era como cuando me iba al interior del Retiro y miraba desde allí la ciudad. Qué más da conquistar una ciudad o no conquistarla. La ciudad sigue siendo la misma después de nuestro paso, hay una permanencia gris y sosa de los edificios y los días, y lo más que ibas a conseguir era alborotar un poco las páginas de los periódicos o las mesas de los cafés. Las esquinas solas, la prosa de la vida, el mascarón gastado de la ciudad seguía navegando las aguas de un tiempo igual a sí mismo y todos habían vivido ya mi vida antes que yo, y yo estaba viviendo otras vidas ya usadas, y con frecuencia perdía la imagen de mí mismo.

Los psicoanalistas lo llaman crisis de identidad. No sé si es la misma cosa. La pérdida de la imagen consistía, para mí —y sigue consistiendo—, en que hay días en que uno no se ve a sí mismo, no se recorta neto e igual en el fondo de la mente, sino que se le vuelve del revés toda la complejidad y la indeterminación de la urdimbre interior.

La tristeza solía llevarme, sí, a la pérdida de la imagen. ¿Quién era yo, qué hacía, adonde iba, en qué consistía, en qué me diferenciaba de los demás? Me quedaba sin imagen propia, sin contornos interiores, y esto era angustioso. De nada valía perfilar en la mente el que querías ser, hacer un plan de trabajo o mirar viejas fotografías. Eras un fantasma, una sombra vaga, el transeúnte borroso de una cartulina revelada mucho tiempo atrás, el reflejo sepia del pasado. (El pasado es siempre de color sepia, y no amarillo, como suele representárselo.)

La tristeza lleva a la pérdida de la imagen y la pérdida de la imagen lleva al suicidio. El suicidio. ¿Por qué no intentarlo? Eran días de jugar peligrosamente con el barbitúrico, con el vaso de agua de la cocina, con la muerte. Morir en la suite lujosa de un gran hotel, morir en la literatura nocturna de un tren en marcha. La muerte barbitúrica, sencilla y dulce, la muerte que se daban tantos, en torno, porque el mundo de la literatura estaba lleno de suicidas y de locos, de tontos y de obsesos.

Nunca llegabas a saber lo que de juego había en aquel coqueteo con la muerte y lo que había de verdad, porque lo malo del suicidio es que cuando uno ha tomado la decisión, cuando da todo igual, cuando la angustia se ha suprimido con la decisión final, el mundo vuelve a florecer apetecible. Nos vamos a suicidar por angustia, pero la decisión del suicidio borra la angustia, y ya sin angustia se puede seguir viviendo. Era una rueda que se cerraba siempre. De modo que a seguir escribiendo. Pero, como consuelo, como alivio, como cura de muerte, visitaba mucho los cementerios, aquella sacramental de San Justo, la colina de los muertos, un cementerio al crepúsculo, donde estaba enterrado Larra.

En el atardecer, las llamas pueriles del último sol, que se iba como un viejo tenor tronante y lleno de oros, les daban a los muertos ilustres de la sacramental una alegoría de gloria póstuma, una apoteosis diaria de luz y grandeza. A aquel cementerio habíamos llevado a enterrar a algunos escritores contemporáneos.

La Almudena, el cementerio del Este, inmenso, cortijo grande con cipreses muy negros, latifundio de los muertos, con sol oriental por la mañana y nieblas cárdenas en el anochecer, laberinto de la eternidad, ciudad de panteones, catedral horizontal de los fieles difuntos, donde se amortajaba a la gente con flores de plástico. El cementerio civil, con los nombres de Salmerón, que dejó el Gobierno por no firmar una sentencia de muerte, Besteiro, los Giner de los Ríos, Baroja, Pablo Iglesias, una muerte sin cúpula, una eternidad sin signos, flores silvestres, muertos silvestres, una vieja de gafas barriando inútilmente el polvo del polvo, la tierra de la tierra, a punto de desenterrar algún viejo cadáver con su escoba.

Allí, la eternidad, sin referencias concretas, era más apaisada. El tiempo, sin cruces que lo signase, fluía más libre. Había panteones de un barroquismo masónico y tumbas de una sencillez marinera y aldeana. Paseábamos por los viejos y los nuevos cementerios, entre los nichos de Carabanchel, cementerio obrero entre trenes y

fábricas, y la vida perdía sentido, la ciudad perdía contornos y fue cuando estuvimos a punto de abandonarlo todo, porque con la pérdida de la imagen venía la pérdida de la actualidad, el no tener noción de en qué tiempo estábamos. Y cómo hacer periodismo sin el sentido de la urgencia. Cómo hacer literatura sin el sentido del tiempo.

Lo malo de los cementerios es que para quedarse hace falta morir. Pero basta con un poco de distancia geográfica para que las grandes pasiones de la ciudad pierdan sentido y se dulcifiquen. Aquello sí que era un suicidio, porque se me desangraba el alma de pasiones y en la dulce sangría me iba quedando sin todo el rencor, sin toda la rebeldía, sin toda la soberbia que hace falta para escribir una cuartilla, dar un recital, entrar en un café o leer un libro. Estaba a punto de la beatitud, pero la beatitud me asustaba, como nos asustamos, a veces, al ir a entrar en el sueño. Desperté y volví a la ciudad, a los cafés, a las redacciones y los teatros. Entre el cementerio y Cibeles no había más que un trayecto de tranvía, de autobús, de metro. Entre la vida y la muerte, un autobús verde y viejo, azul y escorado, un viaje de comadres y sepultureros.

Convalecía en las plazas.

Plaza de Chamberí, con carpinterías y juzgados, llena de niños y columpios, plaza breve, partida por el tráfico, ardiente de verdores, con alguna casa de ladrillo y balcones esbeltos, tronera con geranios y aguaducho de urgencia y de cerveza. Siempre había en la plaza un hombre de cabello blanco, en melena incipiente y patillas boscosas. Era el viejo derrotado de la vida, el hombre de los abrigos demasiado grandes y los zapatos de ante, viejos y regalados. El gran frustrado, el que podía haber hecho una carrera y no la hizo. El que nunca hizo carrera por haber querido hacer demasiadas al mismo tiempo. Y temíamos ser aquel tipo, llegar a convertirnos en lo que él se había convertido. Rehuíamos su cercanía, no por miedo ni por asco, sino por vértigo, por no oírle contar la parábola angustiosa de su vida, por no conocer el fondo sin fondo de su miseria, la altura desde donde había caído, pues sospechábamos absurdamente, entre su biografía y la nuestra, patéticas similitudes. En la placita estaban los cancerosos paseando despacio y las viejas rezándole entre dientes a la fachada de la iglesia. Las plazas eran oasis para el camello literario. Aquella otra placita de la calle de Amanuel, con conventos y salas de fiestas, con paredones militares y acacias colegiales. Remansos donde se enlagunaba Madrid y jugaban los niños, hablaban las madres y reían las criadas. Plazas donde acampaban los meloneros en el verano, con su campamento de melones y maderas, de sacos, romanas y mujeres.

Siempre había un balcón entreabierto donde se asomaba de tarde en tarde una mujer blanca y quizá bella. Aquel balcón que no tenía el hermetismo hosco de los balcones cerrados, ni la alegría popular de los balcones completamente abiertos, sino una ranura de confidencia, un amago de novela, un entornado de amor. Mirábamos para el balcón y veíamos a la mujer desnudándose en el fondo de la penumbra, y todo era pura imaginación, y con el anochecer aparecían sombras cárdenas, humanas, en todos los balcones, y los niños iban languideciendo dentro de sus juegos y los perros fornicaban sin fervor. Plaza de la Paja, inclinada como una bandeja que se va a caer, plaza con historia y escudos, con piedras ilustres y olor de panaderías. Allí estaban las viejas del barrio hablando de la vida pasada, inclinadas con la inclinación de la plaza, como cayendo ya al abismo de la vejez y de la muerte.

Sentarse en aquella plaza tan inclinada era como estar en la cubierta de un barco escorado, y juraríamos que la plaza no siempre estaba inclinada del mismo lado, sino que cambiaba de postura en cuanto nos trasponíamos un poco en el banco. Todo el barrio se iba hacia el centro de la Tierra, como tragado por la boca enorme del Viaducto.

Plaza de Oriente, con la recepción en piedra de las estatuas, que era como una réplica fantasmal a viejas recepciones en Palacio. A esta plaza venían los escritores del 98 a cantar zarzuela y meterse con los poderosos. Yo, sentado en uno de aquellos bancos de piedra o de madera, veía turistas que entraban en Palacio, autocares de los pueblos cercanos y parejas de novios. La plaza, en los atardeceres, tenía por detrás del Palacio un incendio de ocasos que hacía aparecer al gran edificio como en llamas de una revolución de cada tarde.

Sombras regias, niños enfermos, todo el aroma de las altas buhardillas descendiendo hasta la calle en la falda de la chica de la portera, el amor de la turista, deslumbrada de monarquías, el libro que yo iba leyendo, las balaustradas que daban al jardín umbrío, al ocaso, al vacío, al Oeste rojo y verde de Madrid.

La plaza en perfecto semicírculo de miradores y la historia de España bailando en aquella Capitanía General de los siglos. Cuando todo ha pasado, cuando no se cree en casi nada, lo que queda es piedra de Colmenar, arquitectura, estatua ecuestre, sol blanco y fuente serena.

En la Plaza de Oriente me curaba yo de la verdad y la mentira de Madrid. Cerca había



un busto de Larra y Madrid se complicaba en seguida, nada más dejar aquella plaza, en motines, asonadas, calles revueltas, suicidios en Santa Clara, golfos de la plaza inmediata, la del Teatro Real, meretrices de la calle de la Escalinata, extranjas de la calle del Factor, por donde hubo un viejo periódico y pasearon caducos escritores. La vida y la muerte estaban en torno. La Plaza de Oriente era sólo un escenario, una tregua, una apariencia, una lección de Historia. Convalecía en las plazas, no sabía muy bien de qué, pero me sentía ya con prisa por volver a la vida, porque la ciudad me tomase en sus calles más difíciles. Las plazas te reposan, te acogen, te curan, pero acaban convirtiéndote en el mendigo disfrazado de la melena sucia y el abrigo de caridad. Las plazas, al fin, te llenaban de terror como un limbo de los tontos. Había que huir de las plazas.

Mas he aquí que nadie me codiciaba. Madrid tiene un aura de corrupción. Había llegado yo a Madrid dispuesto a corromperme, convencido de que habría que entregarse a las mujeres, y quién sabe si a los hombres, dispuesto a hacer concesiones de alcoba y a firmar pactos oscuros con la derecha intrigante y con la izquierda sibilina. Pasaba el tiempo, no me iba ni mal ni bien, pero nadie me corrompía, y, salvo los iniciales y discretos intentos de captación por unos y otros, uno se mantenía en la más impoluta pureza. Ningún director general, ninguna primera actriz me codiciaban, se enamoraban de mí, se encaprichaban.

El mito de la corrupción no funcionaba, y uno estaba un poco perplejo, entre decepcionado y tranquilizado. El humorista barato que llevábamos dentro se preguntaba: ¿Será que no intereso? ¿Qué tienen los demás que no tenga yo? Había que hacer concesiones, naturalmente, escribir lo que a uno no le gustaba, decir aquello de lo que uno no estaba demasiado convencido, pero las orgías de sangre y política, de sexo y conspiración, que yo me había imaginado, no se producían por parte alguna. Debe de ser que yo vivo al margen, me decía.

¿Al margen de qué? Porque uno andaba ya por el cogollo del meollo y allí nunca pasaba nada. Será que yo no me entero. Que no te enteras, macho, que no te aclaras. La corrupción, lo que se dice la corrupción, no llegó a tocarme nunca con sus manos sucias. Todo era más o menos normal, cotidiano, laboral, mediocre y previsto. Rimbaud había descubierto que su caos era sagrado. Yo había descubierto que mi caos era mediocre. Los genios y los grandes también vivían en la mediocridad.

El adolescente que se siente codiciado encuentra cierta decepción en que las mujeres no se enamoren de él y los hombres no simpaticen con su figura. Éramos pulpa luciente de vida, una imaginación en marcha, una vida naciente. ¿Y se iba a perder aquello?

Hacíamos un trabajo mediocre y teníamos unos amores mediocres. El gran carnaval bohemio, ¿dónde estaba? Nos hubiera asustado la rueda loca de las grandes corrupciones, pero ahora la echábamos de menos. Yo no me sentía nada corrompido, y mi pureza de alma y de cuerpo me daba más bien una sensación sosa, un sabor tonto. Una blenorragia y unos amores promiscuos no habían dejado rastro en mí. El adolescente palpitante espera mayores depredaciones de la vida. El escritor en crisálida anhela ser desgarrado, exigido, para dar todo su talento, su gravidez de fruto y mensaje, como la adolescente llena de dones terrestres anhela ser poseída, desgarrada, abierta, disfrutada, ultrajada y vuelta del revés.

Pero nada de eso ocurría, ya lo iba yo viendo, y todo se iba a limitar a un ir haciendo camino, pasito a paso, despacio, dulcemente, sin glorias violentas ni humillaciones inconfesables. El reino burocrático de la mediocridad. ¿Cómo diferenciar a un redactor de mesa de un empleado de Hacienda? Las letras no encerraban una épica, como yo había creído. Partí para la guerra de los treinta años y allí no había guerra ni historias. Pequeños compromisos, pequeñas colaboraciones, pequeños encargos, pequeñas miserias, pequeñas putrefacciones. Y nada más.

Claro que había aprendido a besar la mano a las damas, a inclinarme ante los caballeros, a dar la razón y a no quitarla, a decir que sí, pero no, que no, pero desde luego, a tomar una copa con naturalidad y a escribir cosas de las que no estaba absolutamente persuadido, ni mucho menos.

¿Sería eso la corrupción?

A lo más, eran pequeñas corrupciones, usos sociales, cosas. Se tarda en descubrir que no se vende uno a cambio de una apoteosis, porque eso al fin y al cabo tendría grandeza, sino que la prostitución, por ende, es una cosa pequeña, diaria, menuda, sencilla, y que no se trata de gritar viva nada ni muera nada, sino precisamente de no gritar viva ni muera, de no gritar en absoluto, de acudir a las ventanillas a cobrar un pequeño dinero y nada más. Si miraba hacia atrás y hacía un resumen de unos pocos años, comprendía que sí, que algo había cambiado, que había aprendido a mentir, a sonreír, a usar diversos tenedores, a variar las corbatas, a coger del brazo a seres viscosos que me repugnaban y dedicar artículos a pedantes insufribles cuya halitosis intelectual me hedía aún en el alma. Pero eso era la vida literaria. ¿Era eso la corrupción?

No creo. Me había refinado un poco y eso era todo. Corrupto, lo que se dice corrupto, no me encontraba, aunque ejerciese un cinismo reaccionario con los revolucionarios y un terrorismo verbal con los reaccionarios. El veneno te lo van dando en pequeñas dosis progresivas para que no te mate y haga su efecto. Pero la gran apoteosis de lujuria y apostasía, de mujeres y ministros, con la que yo había soñado, ésa no se producía nunca.

El nombre, la obsesión del nombre, mi nombre, que empezaba a funcionar en letra impresa, que aparecía por aquí y por allá, me salía al paso, me sobresaltaba. Mi nombre y mi apellido, una firma literaria, una piedra que yo había arrojado a los cielos y que no caía, se quedaba por allá arriba, suspensa, si no como una estrella, sí, al menos, como un lucero apagado y quieto.

El hombre, en su primera juventud, suele tirar esa piedra hacia lo alto. Después de las piedras arrojadas al río, en la infancia salvaje, un día arroja un guijarro de oro, su vocación, sus sueños, su propósito, su nombre, hasta el cielo, porque lo que queremos todos es profanar los cielos, esos cristales «tras los que nadie escucha el rumor de la vida», como había escrito Vicente Aleixandre. Generalmente, el guijarro de oro cae a tierra, vuelve al suelo, como todos los guijarros. Fue un momento de oro y ahora es de materia triste, opaco y oscuro.

El individuo baja la cabeza y se va. Está derrotado para siempre. Ya nunca más arrojará guijarros a lo alto, para que el sol momentáneo de la ascensión los haga de oro. Vivirá entre piedras grises y duras. Era asombroso, por eso, ver que la piedra estaba en el aire y no caía, que el nombre se mantenía por encima de mi cabeza, que aquéllo no acababa de triunfar, pero tampoco acababa de fracasar. Qué sobresalto, el nombre de uno, venido ya de los demás, como nuestro secreto más íntimo, dicho por todos.

La fama, la gloria, el triunfo, debían de ser eso: un desdoblamiento. Porque nunca es uno el que triunfa, el que lleva la aureola. No nos vemos vivir, y mucho menos nos vemos triunfar. Es otro, el otro de los sueños, nuestro doble, un intruso, un impostor, un usurpador, el que anda por la vida con nuestra cara y nuestro nombre, acaparando triunfos y fotografías.

El triunfo es siempre insatisfactorio porque las cosas no acaban de ocurrirle a uno. Las cosas le ocurren a un vicario nuestro, muñado de vanidad y huecograbado. El niño triste de la escuela pobre, el adolescente asustado, lírico y masturbatorio, siguen en la sombra, mirándolo todo, tímidos, sin participar en nada. Y por eso la gente quiere siempre más éxito, más aplauso, más fotos, más banquetes. No por vanidad insaciable, sino porque le llegue algo al niño suburbial.

Y nunca le llega nada. Él sigue ahí dentro, viviendo de sueños que se han realizado en otro, en ese yo que ya no soy exactamente yo. El propio nombre, qué sobresalto, qué miedo de que se le quede a la gente, que lo repita, que lo cante, que suene en voz alta. Juan Ramón, cansado de su nombre. Nos parecía un delicioso spleen juanramoniano. Y era verdad.

Sin llegar adonde él, ni mucho menos, sólo con empezar, ya intuíamos el terror del nombre, su pesadilla, su cansancio, su persecución.

Hablaba el humorista del cansancio de llevar toda una vida la misma cara. Pero, al fin y al cabo, la cara cambia, nunca es la misma. El nombre sí que es siempre el mismo, y por eso comprendo bien a los que han utilizado repetidos pseudónimos, tratando de huir de su nombre, de desconcertarlo, pero el nombre literario es un ratón de tipografía que nos persigue siempre, nos busca, nos encuentra.

Primero se lucha por hacerse un nombre. Luego se lucha por estar a la altura del nombre. Finalmente se acaba odiando el nombre, porque el nombre es lo único que nos sobrevivirá. Vive uno pendiente del bigotito, decía un escritor español. Vive uno pendiente del nombre. Tener mucho nombre, tener poco nombre. No tengo otra fortuna que mi firma, decía Larra. Vivir del nombre. Se puede vivir de un nombre porque el nombre funciona por sí mismo y ese ratón tipográfico nos traerá siempre su porción de queso, sobre todo si el ratón tiene una cola que diga Real Academia Española o Premio Nobel de Literatura o Cronista Oficial de la Villa, aunque no sea más.

Mi nombre, mi nombre, que ya no era una cosa para los amigos y las patronas de las pensiones, sino que linotipistas aplicados lo iban componiendo en noches largas, mientras yo fornicaba o dormía mal, y me lo iba a encontrar a la mañana siguiente, en un periódico, debajo de un reportaje, de un artículo. El texto en sí ya no me asustaba tanto, porque un artículo es de todos, participa de la cultura general que está en el aire, y no se puede considerar sino como bloque tipográfico, porque a la segunda vez de leerlo ya no dice nada. Pero el nombre era sólo mío, era yo.

El tipógrafo, el linotipista que había escrito mi nombre, que lo había compuesto, tecleado, retocado, ajustado, me había forjado, en realidad, una cadena donde cada letra era un eslabón. Y aquella cadena iba a encadenarme ya para siempre. Qué susto, el nombre, qué mezcla de vanidad y miedo, de extrañeza y ansiedad. Qué extraño puede llegar a sonar el propio nombre. Mi nombre es el que los otros creen que soy. Pero desde que mi nombre es de ellos, ya no es mi nombre. Más que la forja de un nombre, la lucha literaria es la pérdida del nombre. Debajo del escritor más famoso hay siempre un escritor anónimo.

Kennedy iba a ser asesinado en Dallas, sobre el regazo ligero de una mujer que nos gustaba mucho; Kruschchev iba a hacer sonar en las Naciones Unidas el tanguillo de Cádiz de su zapato descalzado y el Che Guevara fumaba todavía el puro de la conspiración, soltando un humo de leyenda, antes de que la selva traidora balease al mito.

Brigitte Bardot se cardaba el pelo y lo llevaba sobre la cabeza, muy alto, como un cesto natural, como un cestillo de pelo, y su enagua corta y acampanada ponía una primavera de almidón, una legión de mujeres-campánula en las plazas del mundo. La pachanga, la molienda, el merecumbé, el chachachá, el twist, las músicas calientes de un verano ardían en nuestra sangre con fugacidad adolescente.

Madrid descerrajaba su cielo azul con el paso de los reactores de Torrejón, España miraba a América más que a Europa y los madrileños pasaban de la vespa al seiscientos, empezando a conocer las distancias del fin de semana, la velocidad del pluriempleo y el vértigo de los plazos. Era el momento de fumar un camel y de venir adonde está el sabor. El coñac estaba como nunca y, si Veterano estaba presente, había ambiente. El coñac Centenario Terry era el de la malla dorada, como cantaban los negros sensuales con coro de contribuyentes, y Elvis, oh, explicaba cómo el reloj le

enseñó a bailar el rock and roll.

La ironía, yo había descubierto la ironía, o empezaba a descubrirla, como arma, como zanja, como defensa, porque plantear las cosas en serio es ya empezar a sacralizarlas, y don Ramón había dicho, en una orgía de espejos beodos, que el sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

¿Cómo tomar en serio lo que nos sonrío en el alma? Alguien nos advertía desde los libros que el cinismo hipócrita no se combate con la seriedad, el rigor y la buena fe, sino con triacas de otros cinismo a la contra. Casi nada, casi nadie merecía nuestro respeto, nuestra seriedad. Escribir gravemente era perder el tiempo, era ingenuidad. Escribir líricamente era evadirse. Había que escribir con la sonrisa en la herida.

Ni la gravedad ni el lirismo. ¿Qué rigor cabía aplicar al caos? ¿Qué lirismo podía nacer del páramo? La sonrisa, siempre la sonrisa, como flor nauseabunda y destructiva que ofrecer en el ojal a una sociedad mediocre, a una ciudad corrompida, a una época necia, cobarde y vendida. Sólo por la burla se redime el hombre de sí mismo, se busca las vueltas, se salva de la gravedad equina que le tiene preso.

Sólo por la burla. Había que empezar burlándose de uno mismo, porque en uno estaba el más cercano y acechante peligro de seriedad, de trascendentalismo, de envaramiento. Relajar los miembros y el alma mediante la sonrisa, y luego sonreírle a todo, no ya con la sonrisa convencional de los cócteles, sino con la mueca lívida del escepticismo.

La realidad es irónica. Vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático, repetíamos una y tonía serena, aburrída e imparcial de la naturaleza, la ironía. De que el dramatismo lo ponemos nosotros y luego lo tomamos como recibido del exterior. El hombre, crispado siempre, contrasta con la monotonía serena, aburrída e imparcial de la naturaleza. De ahí nace todo el humor, toda la ironía, toda la burla de la vida.

El escritor que no sepa ver eso, más vale que no escriba. La seriedad del escritor, o es una careta de Augusto o es una sequedad del alma. Sólo se podía escribir —qué claro empezábamos a verlo— desde el terreno movedizo de la ironía. Voltaire, Quevedo, Cervantes, Larra, los grandes irónicos, los sutiles sonrientes. De Quincey, Diderot. Oscar Wilde. El escritor tiene tres trajes en su guardarropa. La gravedad, el lirismo, la burla. Suele empezar por el lirismo o por la gravedad. Suele pasar del uno a la otra. Suele incluso confundirlos: ponerse lírico cuando trata de ponerse grave, y viceversa. La burla es un traje de máscara, de carnaval, que el escritor tarda en ponerse, porque aspira a que le tomen en serio, muy en serio. La gravedad es una pose y el lirismo es otra. La ironía es precisamente la ausencia de toda pose. Uno tiene que disolverse a sí mismo en su propia ironía, porque si no, no vale. Frente a los que escriben y hablan desde su propio monolito, había que hablar y escribir desde la nada, desde la indiferencia, desde la ironía. Entre tanta putrefacción, sólo cabía vaporizar un poco el aire con el vaporizador de la ironía. Se tarda en renunciar a la propia seriedad, a la propia gravedad. Cuesta dejar todo eso en casa. Pero un día lo dejamos, no en casa, sino en un cubo de basura, de madrugada, para que se lo llevaran los basureros municipales o, mejor aún, los traperos gitanos y quinquis de Fuencarral en sus carritos de juguete con burrillo desaseado.

Todavía alcanzamos a los oradores, a los últimos grandes oradores, y a los oradores mediocres, a aquellos que habían hecho profesión y vocación de su oratoria. Nosotros, alguna vez, pensamos si habría que orar como los oradores, y pensábamos —ya lo he anotado más atrás— que no íbamos a llegar a nada, porque nunca tendríamos la voz convencional y el gesto tribunicio de los grandes oradores.

Pero el orador literario llegaba a un sitio y soltaba su pieza, y vivía de eso, de hablar bien, de tener un pico de oro. El orador no era exactamente el conferenciante, sino otra cosa, porque el conferenciante leía, tenía la voz monótona y podía confundirse, mientras que el orador había de ser seguro, fluente, brillante y fulmineo.

Qué tíos, los oradores. Lo hacían muy bien y nos quedábamos boquiabiertos, y ellos eran los únicos, en la literatura, que gozaban de su público, pues el novelista no ve a ese público, ni siquiera lo ve el autor teatral, con las luces apagadas del teatro, ni el que lee una conferencia o unos versos, pues está con los ojos en el papel, pero el orador era el torero de la literatura y brindaba al tendido o a la dama de sombrero y aquello iba de maravilla.

Ser orador era como ser cantante de boleros —otra cosa que nos habría gustado ser—, o matador de toros, o ambas cosas a la vez. Era como si el matador se pusiese a cantarle un bolero a la afición, haciendo micrófono del cuerno del toro. Los últimos oradores hacían la guerra por su cuenta, en Madrid y en provincias.

La oratoria le iba bien a la cultura de derechas, porque en ella importaba más la forma que el fondo, y aquel señor tenía que saber sacar el pañuelo del bolsillo alto de la chaqueta, para pasárselo por la frente, como si arrancase una flor del vergel que era él mismo, y allí estaba destripando el buey de su discurso, y se secaba un poco como el matarife, y viva la madre que lo parió.

Otra manifestación fastuosa de la cultura oficial eran los grandes entierros de los grandes hombres, los últimos del 98, los que habían sido escritores y ministros, los que morían cubiertos de gloria y disfrutaban de una representación oficial en el sepelio.

Los grandes entierros eran una fiesta negra donde podíamos ver los noveles a los monstruos sagrados y a los académicos, a los que sólo habíamos visto de smoking, o en su casa, en su despacho. Ahora, por la calle, a pie, entre la gente, se nos quedaban en nada. Era todo una hermosa manifestación en torno al muerto, y nosotros estábamos allí como haciéndole la última entrevista, aquella en la que no podría mentir. Nos gustaba pensar que íbamos a morirnos así, con muchos académicos y algunos motoristas, pero en seguida volvíamos a la vida, a las calles, al amor, porque aquello de la literatura era una farsa, cada vez más farsa, y la farsa del gran entierro nos dejaba desgastados para mucho tiempo.

Kennedy iba a morir en Dallas, la pachanga tenía una ondulación caliente de verano cachondo, los grandes entierros ponían un jirón negro y lujoso en las calles de Madrid, Brigitte Bardot se desnudaba para los teleobjetivos de los paparazzi italianos, el baile-bolera se recalentaba con un olor de hembra laboral y en celo, los reactores de Torrejón inscribían una caligrafía de luz y estruendo en el cielo de la ciudad, los espectáculos de luz y sonido ponían en movimiento la Historia y el fantasma de los grandes edificios, las verbenas del Retiro, de las Vistillas y de Tetuán perfumaban la luna con una gracia de limonada gorda, yo seguía escribiendo en el fondo negro de las viejas pensiones, acariciado por un frescor de corrientes, patios y pasillos turbios, las meretrices volvían a ser morenas cenecías por gusto de los americanos, o rubias de muerte, por gusto de los negros, el capitán Etayo le ponía una épica falsa a la vida nacional, Saint-John Perse ganaba el Premio Nobel con sus versículos complicados, pobladísimos, coloreados y cultos, el madrileño se apeaba de la vespa para subirse al seiscientos, Elvis movía la pelvis y mi novia extremeña, criada, del barrio de Argüelles, había estrenado una enagua almidonada, blanca y rosa, que hicimos crujir de manera enervante cuando rodamos abrazados, en la noche, por las pendientes de césped del Parque del Oeste.

Las piscinas, en la orilla del río, en las afueras de Madrid, en la Ciudad Lineal, se encendían en el verano anticipado con una luz de carne desnuda, y todos estábamos allí, como en un alegre Purgatorio con coca-colas y bikinis, almorzando desnudos la tortilla de patata y leyendo el periódico deportivo. Era la resurrección de la carne con olor a crema bronceadora y a mujerona. Los altavoces hacían músicas estivales y sudorosas y los niños corrían entre las piernas desnudas de las mujeres. El sol pegaba con fuerza en las tapias blancas de la piscina y el verano hervía en un agua de colores convencionales. Aquello era estar vivo, estar en Madrid, una inmersión fuerte y ruidosa

en la carne caliente de mis paisanos.

Y otra vez los domingos, el domingo, cuando se paraba la rueda de la vida, oía la pensión a fregadero, llenaban las calles las cocineras con su ropa de salida y acudían a los cafés los viejos luchadores que habían renunciado para siempre a la gloria literaria y sólo buscaban ya un poco de conversación y de chisme. El domingo teníamos la angustia de que no hacíamos carrera, de que el tiempo no avanzaba, de que se detenía aquel proyecto loco de existencia. El domingo no era posible colocar ningún artículo, ver a ningún redactor-jefe, entrevistar a ningún famoso ni pensar en nada. Un día en blanco, un día perdido, cuando tanta avaricia teníamos de días, de horas, de trabajo. El domingo le cambian el agua a la pecera de la vida y todos nos ahogamos en seco.

Las verbenas, en La Latina, en las Vistillas, en la Chopera del Retiro, en Tetuán, con mujeres altas y solteras que sacábamos a bailar y que nos daban toda la esencia de sus pisos interiores y nos enervaban con un erotismo de alcoba que fue de papá y mamá, donde ellas al fin desnudarían el secreto blanco y madrileño de sus cuerpos. Pero era un marido lo que buscaban, un hombre formal, y nosotros queríamos que todo terminase aquella noche, entre el silbido de los trenes de Atocha, el altavoz del circo de la plaza de Castilla, las orquestas del Retiro y el vértigo del Viaducto.

Las verbenas eran una noche de verano sin sueño en nuestro corazón apresurado y nos dejaban un rastro de vino malo, avenidas regadas y regreso tardío a la pensión, con sueño, cansancio, miedo y dolor de corazón y de testículos. Luego, en el sueño difícil, en la cama dura, nos sonaban por la cabeza los disparos apócrifos de las casetas de la verbena.

Cuando venía la buena racha nos íbamos a vivir al barrio de los americanos, norte de Madrid, entre el Bernabéu y la plaza de Castilla, apartamentos amueblados, usados, de mucho entrar y salir, los primeros cubanitos exiliados por Castro, los últimos negros de Eisenhower, licenciados por Kennedy, las hispanoamericanas que pedían la hamburguesa en inglés, en el supermercado, y muchos bares nocturnos, interiores, donde las diosecillas con botas blancas esperaban al hombre y quemaban el whisky.

Era un barrio cerrado en sí mismo, completo, y no había necesidad de salir de él para tenerlo todo. La lavandería en inglés, el supermercado americano con adolescentes rubios y ninfas americanas que jugaban al yo-yó, bebían coca-cola con marihuana y comían perritos calientes, las jóvenes madres sacando a sus hijos al sol como gatos enfermos, y las gentes de paso. Por la mañana el barrio olía a pasteles y a mierda de perro. Por la tarde se llenaba en las esquinas de gentes perezosas que esperaban el amor, el petardo o la muerte. Y por la noche se encendían las luces doloridas del pecado, y paseaban mujeres de melena falsa con los ojos cargados de música y la boca pintada de azul. Siempre había un follón en algún apartamento, filipinas que hacían el amor en inglés, alemanas frías, borrachos, un policía, o la redada de respetuosas que se las llevaba a media tarde en coches abiertos, en furgonetas de cristal, y allá iban las mozas, pintadas, estáticas, dolorosas, con la lágrima haciéndoles estrellas en el rimmel.

Parecía que aquel dinero iba a durar siempre, pero luego se acaba el trabajo, el guión, la colaboración, el negocio, y había que volver a empezar. Lo angustiaba de esta profesión era el volver a empezar cada día, el estar siempre empezando. Pasa el tiempo y las cosas no cambian. Se empieza siempre.

Crepitaba el fragor de las piscinas, venía el parón de los domingos, se abrasaba la noche de verbenas exasperadas y amábamos a una mulata delgada en el barrio de los americanos. Cuántas historias recomenzadas, cuánta vocación perdida. La vida tiene un solo final, pero suele tener muchos principios. Hay caminos que no llevan a ninguna parte y teníamos que retirarnos a tiempo de esos caminos. Eran unos años en que la pluralidad de Madrid todavía nos mareaba, millones de vidas que pasaban a nuestro

lado, la existencia era una madeja y no sabíamos por dónde tirar. Todo era tentador. Triunfar es aprender a limitarse. Triunfar es renunciar. Elegir es limitarse, dijo alguien. Pero sin elección y sin limitación no se hace camino. Todavía, por entonces, creíamos en la hermosa pluralidad de la vida. La vida aún no se nos había hecho lineal.

Yo, por entonces, tenía el pelo echado hacia adelante, como lo había puesto de moda Marión Brando, o apaisado, como los intelectuales franceses. Llevaba unas gafitas insuficientes y conservaba el cuerpo flaco, blanco y duro, lo que era la preocupación de las criadas que me querían bien y me deseaban lustroso y saludable, con más amor maternal, por su parte, que verdadera concupiscencia.

A veces me cuidaba las uñas y me las dejaba largas, como los escritores decadentes, aunque eso no iba nada con la pobreza de mi atuendo. Me había comprado un foulard, que entonces estaban de moda, y me lo anudaba al cuello en todo tiempo, por debajo de la camisa. El foulard era un lujo que de alguna manera redimía toda mi pobreza general. El foulard era un detalle. El foulard era azul con lunarcitos blancos.

Usaba zapatos en todo tiempo, hasta que un día encontré unas sandalias franciscanas, carmelitanas, ligeras, cómodas, con las que el pie desnudo cruzaba la ciénaga del Madrid estival. Me ponía camisas recosidas y pantalones vaqueros, de pana, de tela gris y triste, o trajes que olían a pensión. Compraba colonia a granel, una colonia que olía poco y en la que siempre me hacía un pequeño descuento la dependienta, haciendo muchas multiplicaciones en el papel de envolver. Yo no comprendía que valiese la pena hacer tantos números para beneficiarme en dos pesetas con cincuenta céntimos, pero era un detalle.

Por lo demás, yo a veces llevaba una cartera con libros, folios, reportajes, revistas y fotografías. Otras veces no llevaba nada. Se tarda mucho tiempo en aprender a andar por la vida sin cartera.

Lo de la cartera debe de ser un trauma de la infancia. Al niño de cinco años le ponen una cartera en la mano y ya no la suelta nunca más. El hombre que sale a la calle a ganarse el pan de su familia encuentra que es un piernas si no lleva cartera y que nadie le va a tomar en serio. La única liberación posible, en esta vida, es la liberación de la cartera, cuando uno consigue, al fin, no llevar cartera ni necesitarla, lo cual no es lo mismo que conseguir que se la lleven a uno los secretarios, pues esto, más que una liberación, es ya la condenación definitiva.

Yo era el que tiraba para adelante e iba a los hospitales tristes y grandes a visitar a los compañeros que habían caído en la lucha de las letras, en el afán del periodismo, con un pulmón mordido. Les llevaba botellas, bocadillos y libros, con el absoluto convencimiento de que aquello era lo que me esperaba a mí también, pero uno pudo ir capeando el maleficio de los hospitales, y aunque a veces me tentaron con mucha fuerza, al final los dejé de lado. Había que seguir escribiendo. A uno le preocupaba tener un tipo, una cabeza, una figura, una personalidad, pues no bastaba con que el escritor escribiese bien, sino que debía dejar una imagen neta, compacta y distinta de su paso por la tierra.

Eran cosas que se nos habían ocurrido en la lejana provincia y que queríamos cumplir a rajatabla. ¿Había que ser el escritor decadente, cuidado, dandy, gentil de maneras y atroz de palabras? ¿O había que ser el beatnik —los beatniks empezaban a estar de moda en España— desastrado, natural, viajero, el escritor itinerante y descuidado? Cuando todo nos faltaba para el dandismo, aspirábamos a eso con aspiración provinciana. Cuando habríamos podido empezar a ejercerlo, decidiríamos optar por la naturalidad.

Le desasosiega al escritor novel no encontrar su imagen, eso que en otro momento hemos llamado la pérdida de la imagen, que es una verdadera crisis de identidad. Al final hay que contentarse con una imagen convencional, fragmentaria, cambiante, porque ni la imagen de nosotros mismos que nos devuelven los demás ni la que nuestra conciencia ha forjado son reales. Un día se descubre que no tenemos una imagen, sino «multitudes interiores».

El que queda para el mundo es sólo un signo, una contraseña, una instantánea. Uno es de tantas maneras que generalmente no se reconoce en el que circula por ahí como de



curso legal. Toda fama es una simplificación. Toda popularidad es un esquema. Toda gloria es un valor entendido. Un hombre no cabe en un busto de piedra, ni en una biografía, ni en una foto. Popularizarse es mutilarse.

Yo, por entonces, caminaba mucho Madrid, iba a pie a todas partes, tomaba metros y tranvías, y estaba transido de la ciudad, todo pasaba a través de mí, tenía multitudes en los ojos. La calle había sido una temprana vocación mía. La calle. Siempre en la calle, mejor que en el hogar pobre y escaso, mejor que en la escuela negra y fría, mejor que en la pensión sucia y sola. La calle de Madrid, inhóspita a veces, a veces acogedora como una madre incestuosa, me llevaba y me traía. Cuando uno vive mucho en la calle, todo lo que escribe está oreado por el aura de las calles, y tiene viento de esquina y pregón de mercado. Eso se nota en Baudelaire y en los grandes flaneurs.

La calle seguía siendo mi «madre madrastra».

En la calle encontramos un día a la abnegada. La abnegada es esa mujer dispuesta siempre a sacrificarse por nosotros, la que nos lo dará todo, llorará mucho y nos creará una mala conciencia de tango.

La abnegada confiaba en nosotros hasta el infinito, pero al mismo tiempo desconfiaba mucho, nos daba su cuerpo sin placer, porque lo suyo era el alma, y ponía ojos de mártir para entregarse, ojos en blanco como los que habíamos visto a las santas en las iglesias de la infancia. La abnegada era toda abnegación, amor, y quería hacernos el bien, redimirnos, para lo cual primero nos creaba una conciencia de perro perdido sin collar, de perro callejero al que ella iba a redimir con sus bocadillos, sus consejos, su sufrimiento y sus suspiros. Te estás matando, eres un loco, con el talento que tú tienes, lo que podías hacer, a ver si dejas eso de la poesía y te dedicas a algo serio.

—Pero, mujer, si yo no escribo poesía...

Era igual. Su misión en la vida consistía en salvar a un poeta, a un vagabundo, a un paria, a un hombre que había decidido destrozarse contra las esquinas, destruirse. Que no es para tanto, oye, te juro que no es para tanto, te aseguro que yo llevo una vida ordenada, mujer, y que trabajo y que esto es una cosa seria, una profesión como otra cualquiera. No había manera, era nuestra santa madre reencarnada y encontradiza. Quería tenernos las camisas limpias, los papeles ordenados, las comidas a su hora y la muda planchada. Luchó mucho por nosotros, la pobre.

Supongo que antes habría tenido otros hombres, otras víctimas, otros parias, porque las abnegadas son así, y recogen fracasados como otras recogen perros, gatos y pájaros con un ala rota.

No era posible quererla, pero había que dejarse querer. Era una masoquista, a lo mejor, y lo que necesitaba era sufrir por algo, por alguien, como les pasa a muchas mujeres. La abnegada solía tener a su cargo a un homosexual, al que se proponía redimir de la homosexualidad, a un poeta frustrado, a quien iba a compensar de sus frustraciones, o a un tupi, al que le daba bocadillos de jamón y le llevaba a los sanatorios de la sierra, para que se repusiera. Pero un día me tocó a mí.

Lo malo de las abnegadas es que eran como nuestras tías o nuestras madres, y que el mucho sufrir las había desexualizado y ya no nos gustaban nada, porque además, si teníamos la tentación de dormir con ellas, siquiera fuese por cumplir, las abnegadas lo pasaban muy mal o muy bien, nunca se sabía, gemían como degolladas y en seguida se levantaban a prepararnos un café y unas pastas, pues decían que a los hombres se nos iba la vida por ese sitio. No hay nada peor que una abnegada cuando la abnegada se pone a sufrir como una bestia. El novel es carne propicia para la abnegada, que siempre encuentra un poetilla, un novillero o un tísico a quien entregarse.

La abnegada era la mujer-ángel de la guarda que nos cuidaba de los peligros, de las tentaciones y de otras mujeres. Se presentaba en el café cuando estábamos de tertulia con las meretrices y los homosexuales, y decía que aquella vida no nos iba a llevar a

ninguna parte, pero tampoco hacía demasiados reproches, sino que prefería quedarse en silencio, poner cara de pena, la cara blanca de los seres que sufren generosamente. Tardaba uno en quitarse de encima a la abnegada, en volver a vivir sin protección, y ella siempre decía que cuando nos abandonase la íbamos a echar mucho de menos, pero no nos abandonaba nunca, y el día que la abandonamos nosotros no volvimos a acordarnos de ella.

¿Éramos crueles con la abnegada, éramos cínicos, éramos malos? No. Ella se había propuesto protegernos, convertirnos en un perro sarnoso, cuidarnos la sarna, y nosotros no queríamos eso. La abnegada nos había confundido, seguramente, pues andan por la ciudad tipos que, en efecto, buscan a esas mujeres para explotarlas, para vivir a su sombra y dejarse rascar la espalda por ellas.

Yo no era de éstos, no necesitaba protección. Había soñado mujeres satánicas y me encontraba con un ángel de la guarda. La vida es siempre irónica. Pero la abnegada no tenía sentido del humor y el día en que prescindimos de ella fue como el día en que, en la lejana infancia, prescindimos del ángel de la guarda.

Una variante de la abnegada era la mística. La mística era una mujer que andaba siempre de triduos, novenas, besapiés, vísperas y cuaresmas, y que levitaba de amor, de fervor y de deseo.

La mística había nacido con el tirón del cielo y el tirón del infierno, a partes iguales, y quería llevarnos con ella a las capillas más escondidas de la ciudad, a rezar, para que nuestro amor se santificase. Cuando estábamos en la capilla, si es que conseguía arrastrarnos, era cuando más le apretaba el amor de la carne, y cuando estábamos en la alcoba era cuando quería rezar jaculatorias y se le ponían ojos de éxtasis celestial.

La mística no había nacido para santa ni para pecadora, sino para ambas cosas. Una beata y un ninfómana luchaban en ella, y nosotros estábamos allí, en medio de la lucha, como antes habían estado otros, soportando sus ardores, sus deseos, sus remordimientos, todo el morbo erótico-religioso que la devoraba. Salíamos con la mística lo menos que podíamos, y al principio le encontramos una gracia profana al yacer con aquella hembra que tenía en el alma como un estofado de imagen antigua, y en el cuerpo los estigmas de una religiosidad mal entendida.

Pero luego era muy pesada y cuando quería poner fin a mis desmanes lujuriosos se santiguaba, o sacaba una estampa de Juan XXIII, que a mí me parecía muy respetable, pero que no venía al caso.

España ha dado muchas falsas místicas, muchas mujeres de éstas que creían ir para santa Teresa de Jesús y sólo iban para beata tentadora de sacristanes. No es que se hubieran quedado para vestir santos, sino para remendar pecadores, y ni siquiera tenían la grandeza antigua de santa María Egipcíaca, que se entregaba a los hombres por amor de Dios, según dice la leyenda. Las místicas quieren santificar sus pasiones, y no saben cómo, y confunden el amor humano con el amor divino, y un día nos quisieran castos, limpios, puros, refulgentes, y otro día nos quisieran sucios, turbios, violentos como un jabalí en celo. Lo de las místicas no tenía arreglo.

La mística, aquella mística, la que me tocó a mí en suerte —eran años de tirar para adelante y no hacerle ascos a nada—, vivía con los remordimientos de su cuerpo demasiado ardiente, y todos los fuegos del purgatorio y del infierno la quemaban en vida por do más pecado había.

Cuando íbamos a entrar en trance corporal se le ponía rostro de mártir, de virgen o de loca, y si, como digo, al principio gustamos el placer decadente y cuasi-sacrílego de yacer con una mujer espiritual, luego nos acostumbramos a la comedia, a la parodia, que más bien nos cargaba. Aquella mujer traía siempre en danza a los cielos y a los infiernos. No se decidía a salvarse ni a condenarse.

Y pretendía que uno entrase en su juego, se llenase de inquietudes teológicas. La mística, sin saberlo, vivía la transgresión, eso que Bataille ha llamado la transgresión, y

que consiste en el placer de perpetrar lo prohibido, placer que nos está vedado a quienes apenas si tenemos prohibiciones interiores.

Los poetas malditos y los místicos han vivido muy intensamente esa voluptuosidad del pecado, desde un lado o desde el otro, pero uno está negado para tal cosa y nunca la disfrutará. El sabor del sacrilegio es un sabor decadente, antiguo y ácido que se va perdiendo en el paladar de la humanidad.

La mística tenía muy vivo ese sabor, y aparte de enamorarse de algunos religiosos que no la tomaban en cuenta para nada, quería hacer del cuerpo masculino un cuerpo más o menos místico, para lo cual siempre encontraba algún mendigo literario con barba, muy blanco de piel, que ella violaba como si violase a un santo ermitaño. Uno, que de ermitaño tenía poco, que no gastaba barba y que estaba escapando trabajosamente a la mendicidad, no se prestaba al juego de la mística sino mediante la mera necesidad y las transformaciones que la imaginación santa de aquella mujer operaba en nuestra persona. Cuando te desea una mística no sabes si sentirte apóstol o mártir, pero acaba siendo cargante.

Nos librábamos de ella en cuanto podíamos, pues la mística, por otra parte, no daba nada, salvo estampas, medallas y jaculatorias. Nos prometía rezar por nosotros hasta la muerte, porque nos veía enfangados en nuestra vida de pecado, aunque la verdad era que teníamos un alma mucho más tranquila y bienaventurada que la suya, y éramos nosotros —ay— quienes habríamos tenido que rezar por ella.

El escritor. ¿Qué es un escritor? ¿Cómo se hace un escritor? Escuelas negras de la primera infancia, por encima de las cuales silbaba la guerra. A los diez años de edad yo aún no sabía leer ni entendía las manecillas del reloj. La abuela me había mostrado, en un libro delgado, las hermosas letras góticas, los grandes tipos, la tipografía redonda y negra de la primera enseñanza. Qué fascinación, aquellos pequeños animales, aquellas orugas inteligentes que significaban cosas. Pero de ahí no pasé.

De pronto, un día, los tebeos del amigo, el perfume acre de la letra impresa, la mucha tinta, el papel tosco y grato de aquellos cuadernillos. Juan Centella, Jorge y Fernando, la Patrulla del Marfil, el Hombre Enmascarado. El Hombre Enmascarado teme a Roark decían las tamtames de la selva. Y resulta que yo podía leer todo aquello, lo sabía, lo entendía. Se aprende a leer como se aprende a hacer el amor, un día, de pronto, sin quererlo, sin pensarlo. Como se aprende a andar en bicicleta, aunque yo no hubiera aprendido nunca.

La pasión de todo aquello, los tebeos leídos y releídos, la historia, la épica, la aventura, el perfume del Oeste, todo de dondiegos, y la trepidación de Chicago, palpitante de pistolas. ¿El niño es un lírico o un épico? El niño es un épico y el error de toda la educación tradicional consiste en tomarle por un lírico. El lirismo lo ponemos nosotros. El niño quiere acción, siempre acción, aventura, risa, contraste, sorpresa, sangre y zancadilla.

Qué difícil, para el que va a ser escritor, deslindar al lírico del épico. Hay escritores que no lo consiguen nunca y se pasan la vida posando de líricos, siendo unos épicos natos, o al contrario. Cuánto me costó saber que lo que a mí me fascinaba en la épica del offset no era la épica, sino la lírica. No la intriga, sino el perfume de la pólvora, la libertad negra de la noche abierta y la estela brillante de la velocidad.

Líricos que ejercen de épicos: Shakespeare, Faulkner, Proust. Épicos que ejercen de líricos: Homero, Hemingway, Azorín. No es que el lírico sea estático, sino que su movimiento es otro, el movimiento secreto de lo que se está quieto. Todo es movimiento, realmente. Lírico es el que atiende a sus movimientos interiores, a los seísmos de su alma, y épico el que atiende sencillamente al movimiento del mundo. Proust y Joyce hacen pasar la novela, trabajosamente, de la épica a la lírica.

Nuestro error de niños era pensar que íbamos a dedicarnos a escribir novelas de acción, aventuras, como Maxwell Grant con La Sombra, como Austin Gridley con Pete

Rice, como Mallorquí con El Coyote. Era indudable que había que escribir. Pero escribir qué. No bastaba con ponerse el batín negro de la abuela y posar de escritor niño ante el espejo y la consola, con una pluma y un papel. La acción tenía algo fatigante, pueril, repetitivo, que nos desalentaba. ¿Sería que yo no era escritor, que no servía? Se tarda años en saber que lo que a uno le fascina no es la acción, sino, como dijo Sartre de Faulkner, el recuerdo de la acción: el lirismo.

Leía Hamlet, que no me gustaba nada, y leía novelas del Oeste, Leía Los que no fuimos a la guerra, de Fernández Flórez, que me encantaba por su realismo irónico, y leía novelas de Baroja que me fatigaban por su acción gratuita. Los pocos, pobres y pequeños libros de mi madre.

Leía La guerra carlista, Los cruzados de la causa, Gerifaltes de antaño, El resplandor de la hoguera, aquella parte de Valle-Inclán en que el escritor —lo supe después— está en transición del modernismo al esperpento. Qué fascinación, qué lenguaje, qué belleza, qué plasticidad, qué evidencia rezumante de las cosas abultando la página. Entonces, en la cocina oscura de mi casa, decidía para siempre escribir con cosas, utilizar objetos más que palabras, manzanas mejor que ideas. Claro que luego vendrían los sucesivos sarampiones del rigor, de los que ya he hablado, pero esto no lo sabía yo entonces. Novelas policíacas, el misterio de Nueva York en el anochecer de Long Island, con conspiraciones y tiroteos, Manhattan luciente como un emporio de pistolas, joyas y heroísmo. El Hudson, negro en la noche, espeso de víctimas. Nueva York, la ciudad más poetizada del mundo, un puro arranque lírico hacia el cielo. Creo que todavía me dura la fascinación ingenua por Nueva York, la fascinación de aquellas novelas y aquellas películas. El Quijote, aburrido, largo, pesado, mal explicado por los maestros y los adultos. Se tarda muchos años en comprender que el Quijote no es el libro de la gran epopeya nacional, sino, muy al contrario, la mayor burla de España, el libro de la ironía, la Biblia del escepticismo, el desengaño y la sonrisa.

Han militarizado el Quijote como han militarizado casi toda la literatura. Pero el Quijote no es un libro militar, sino todo lo contrario. En el colegio —escuela gratuita, postguerra, estufa maloliente, enfermedades, patatas asadas—, nunca aprendía a multiplicar, pero leía en voz alta la vida de los lapones, el catecismo, la Historia, las introducciones brillantes y retóricas de la enciclopedia, todo lo que ofrecía una pulpa mollar de prosa continuada, los versos de Foxá y las definiciones del padre Astete. El oído, tan torpe para la música, gustaba las músicas secretas de toda prosa los amores y amoríos de los Quintero, El gran hotel de Ramón Gómez de la Serna.

Feliz indiscriminación de la infancia, cuando todo suena bien, o casi todo, cuando el sentido crítico no ha despertado y, gracias a eso, todo aprovecha. No, no conviene ser un crítico precoz. Conviene ser un alma cándida que se lo lea todo sin hacer diferencias, porque eso enriquece y embarulla fecundamente. El que empieza de niño crítico será siempre un estreñido como creador. Hay que gustarlo todo y luego ya veremos.

Aquel primer libro de Ramón, en Novelas y Cuentos, otro deslumbramiento para siempre, el mundo rizado en imágenes, la vida detenida en volutas de luz y forma, todo expresado del revés, una negación permanente del orden mostrenco y diario del pensamiento, una invención de la realidad, porque la realidad hay que inventarla, como dijera Machado (aunque él no siempre lo conseguía), Machado, en una enfermedad, leído despacio, el poeta claro de antes de la poesía, campo, campo, campo, entre los olivos, los cortijos blancos. Eso se entendía, eso era el lirismo, ahí no estorbaba la acción. Luego, en otra convalecencia, Platero y yo. Tercer deslumbramiento: adiós Machado.

Don Ramón, Ramón y Juan Ramón. Esta trinidad de Ramones que te marcaría para siempre, los tres grandes tesoros de una infancia pobre, los tres grandes hallazgos de un niño que nunca se encontraba nada. La guerra carlista, El gran hotel, Platero. La

prosa rápida y en esguince, la prosa lenta y redondeada, la prosa aguda y lírica. Las tres grandes prosas castellanas del siglo veinte.

Pero seguía leyendo novelones. Me echaron pronto del colegio pobre. Soy esa cosa risible y vacua que es un autodidacta. Un autodidacta es un patán que ha leído el Quijote. Eso era yo, eso soy. No he pasado por la Universidad, no he estudiado nada, he hecho oficios manuales hasta los veinticinco años, y nunca he pasado de eso. Me han tomado siempre por un señorito. Seguramente soy un señorito que ha encendido muchas calefacciones en su vida, que ha cortado bastante leña y apaleado bastante carbón.

Se nace señorito, qué le vamos a hacer. Otros nacen patanes de Universidad y sarao, y por ahí siguen pataneando salones y bibliotecas. El que se ha redimido a sí mismo corre el peligro de sentirse al margen de la cuestión social. (Ni con unos ni con otros. Yo he hecho mi revolución particular. Que les den morcilla a todos.) Pero hay que salvar ese peligro. En fin.

Qué es un escritor, cómo se hace un escritor. Había que leerlo todo con un ojo que me dolía, que me ha dolido siempre. Toda la cultura del mundo ha pasado por ese ojo dolorido, y casi nada ha quedado en él. Las imágenes frescas del día de hoy, las luces inesperadas del ahora siguen siendo más importantes que todos los libros.

Don Benito Pérez Galdós, los Episodios Nacionales, con la bandera española en la portada; la batalla de los Arapiles, la entrada de don Amadeo, un mundo que nos fascinaba y una prosa que se quedaba corta. Hubo un tiempo en que yo quería vivir a contracorriente, ser un mentís al Universo. Es cuando se anhela la inversión, el suicidio, la autodestrucción, el terrorismo, cualquier forma de negación, cualquier actividad al margen de los ciclos naturales. Había que llevarle la contraria a la Naturaleza, tan ciega y tan industriosa. Un día descubrí que, mejor que la locura sexual o el suicidio, mejor que la renuncia a la familia o la destrucción, la literatura venía a completar esa actitud al margen. La literatura, el arte, por gratuitos, se inscriben lejos de toda racionalidad saludable. Son lujos del hombre, actividades superfluas, y no hay que buscarles justificación.

El creador atormentado por las justificaciones se ha creado tres coartadas, cuando menos, a saber: la coartada moral, la coartada personal, la coartada estética. El arte denuncia la injusticia y mejora al hombre. El arte me realiza personalmente. El arte embellece el mundo. Tres superfluidades. Mejor que el arte, denuncia la injusticia un comisario y la resuelve una revolución. El arte me realiza o me desrealiza, que es el caso de muchos hombres disueltos en la cultura, en su cultura, y que no han vivido. El arte no embellece el mundo, porque el mundo es suficientemente bello en sí y no admite barnices. El arte sólo embellece al arte.

Pero sí mantiene el arte, la cultura, la literatura, una manera de marginación saludable. En un plano civil, la literatura es el movimiento continuo de la crítica, la revolución permanente. En un plano cósmico, la literatura, que primero ha denunciado el absurdo de la sociedad, acaba denunciando el absurdo del mundo. Cioran llama al marxismo «ese gran pecado del optimismo». El marxismo es una de las últimas explicaciones racionales del mundo. Quizá la más racional y fecunda. Pero hay días en que el escritor no está para explicaciones, y entonces sólo la literatura puede darle la dimensión del absurdo, y con la dimensión, su enseñoreamiento. Tanto si el mundo tiene sentido como si no lo tiene, la literatura sobra. Por eso es excelsa, trágica, inútil, irónica.

Nos avergonzamos de las elementalidades en que consistimos, y las hemos complejizado al máximo, mediante la cultura, porque toda la historia cultural es un gran esfuerzo de automitificación, de autodignificación, que hace la humanidad para no despreciarse. La literatura ha servido muy bien para eso, y ahora debe servir para todo lo contrario, para ir deshaciendo la madeja, descomplejizando al hombre. La cultura es la gran Penélope que teje y desteje. Primero le ha tejido un manto de dignidad al mono

desnudo. Luego deberá deshacer el manto para que volvamos a saber la verdad.

Por eso es reaccionaria la literatura constructiva, tejedora de sueños, pues tiende a arropar al hombre, y el hombre ya está suficientemente arropado. El movimiento de la Historia, hoy, no es de tejer, sino de destejer, y va a contracorriente el que sigue tejiendo conceptos, filosofías, sistemas. Estamos en época de deshacer, tirar del hilo y desnudar al hombre. Una labor tan inútil como la otra, porque la literatura no superará jamás su gratuidad.

Los periódicos, un día descubrí los periódicos, esa mezcla de mentira y metáfora, de urgencia y lirismo, de información y sorpresa, de noticia y erudición, de imagen y sueño, de tinta y sangre.

Me apasionaron los periódicos, que tenían la levedad del tebeo infantil y la complejidad del libro adulto. En el periódico subsiste la aventura del tebeo, la prisa del mundo, el culto a la acción. El hombre se hace lector de periódicos leyendo tebeos cuando niño. En el periódico, como en el tebeo, está pasando algo, está latiendo el mundo, está sangrando la vida. En el libro está ya todo fosilizado, tranquilo, panteónico. Imposible renunciar ya nunca a la pasión de los periódicos. Seríamos escritores de periódico.

Pero también soñaba mis libros. Biografías donde el personaje tuviese más vida que obra, donde yo le prestase mi carne para que fuera algo más que un fantasma. Novelas que se saliesen de la novela —entonces no se llevaba eso en España—, y convirtieran la acción en lirismo. Relatos cortos donde dar la vida detenida. Memorias, autobiografías, libros sobre sí mismo, diarios, el teletipo interior enviándome noticias urgentes y eternas de lo que me pasa por dentro y dejando constancia de lo que ocurre cada día en mi vida. Uno es observable indefinidamente, uno tiene una lupa que es también uno mismo, pero que no es, y no hay que dejar que se empolve la lupa. Hay que usarla a diario.

Yo quería ponerme todas las mañanas el monóculo de mirar hacia adentro con impertinencia. El único ser vivo del que puedo ver las entrañas soy yo mismo. Mis entrañas no son más nauseabundas que las de cualquier otro, pero las prefiero porque son mías y las exhibo porque dan razón de mí. No hay otro conocimiento científico que el conocimiento de uno mismo. Lo demás es hipótesis, suposición y riesgo. La máxima subjetividad acaba dando una modesta objetividad. Si uno se pone los quevedos de la objetividad académica no hace sino enfatizar y enmascarar su subjetividad mediocre.

Era yo una chispa arrancada al pedernal del analfabetismo español. Del gran pedrusco que es el contingente de nuestro pueblo analfabeto, brota a veces un chispazo de luz, de fuego, de sangre. Y quería hacer libros estáticos donde el movimiento estuviese encerrado como la energía en el uranio. Libros movidos donde la quietud del mundo subyaciese como subyace en el mar. Estaba claro que ya no iba a escribir novelas de aventuras, que no iba a vivir de eso, pero de ellas me había quedado el gusto por la vida. Se ha dicho que la poesía es un estado casi salvaje de la cultura. Los pueblos sin gran cultura pueden dar y dan una poesía importante. La verdadera cultura nace con la prosa. Por eso los autodidactas tendemos al lirismo. Había que superar el lirismo, más que mediante las ideas, mediante la realidad. Fui abandonando para siempre los libros infantiles, las historias, los dibujos, pero no quisiera que lo que escribo se quedase nunca sin la asistencia de la imagen, el movimiento, la prisa de la vida y la riqueza de los mercados.

La literatura es siempre aristocratizante por superflua, aunque trate del pueblo. ¿Cómo superar eso? Asumiéndolo. A mal Cristo, mucha sangre, dice la frase popular. No por echarle mucha sangre revolucionaria se redime la literatura. Hay que asumir su fundamental esteticismo, su elitismo, y a partir de ahí crear o destruir. Mejor destruir. La literatura, si es que se justifica, sólo se justifica como destrucción, como crítica. A la hora de construir, la literatura sólo levanta castillos en el aire. En Hegel, en Nietzsche, en Freud, incluso en Marx es siempre mejor la primera parte, la parte crítica. Luego

viene la utopía, que sólo suele valer, paradójicamente, por lo que tiene también de crítica.

El hombre está condenado a crear, es una bestia profundamente industriosa, y el arte es la situación límite de esta condena: la creación de la nada. Contra eso hay que luchar destruyendo al mismo tiempo que se crea. ¿Destruyendo qué? La propia creación, desde luego.

Hasta que un día se anunció una nueva lectura de mis cosas, una de aquellas lecturas rutinarias, rotatorias, invernizas, y uno sabía ya que allí no se jugaba nada, que iba a ser el poeta de guardia, el sargentillo literario de semana, y sólo se trataba de llevarse las quinientas pesetas con descuentos, que era lo que daban, más o menos, al cabo de tres meses, por la lectura.

Habíamos creído, primero, que una actuación de aquéllas podía ser consagratoria. Luego comprendimos que era frustrante y, al final, que podía arruinar la carrera del propio don Miguel de Cervantes. Pero estábamos aún en la época de dar aquella clase de lecturas. Llegaron las invitaciones de la imprenta, las cartulinas frescas e impresas, y ya no nos emocionaba ver nuestro nombre en versales, rodeado de un texto más pequeño, inocuo ya por repetido. Hicimos sobres a mano para invitar a los de siempre. Primero en la pensión y luego en un café, estuve escribiendo los sobres y las direcciones, que ya me sabía de memoria, poco más o menos. Podría haber hecho aquel trabajo a máquina, pero me parecía que la máquina enfriaba la invitación, que era más cordial y comprometedor la caligrafía, y uno aún cuidaba esas cosas.

Después de haber invitado a los de rigor, incluyendo un académico complaciente, una actrícula vistosa y un político en entredicho, con las invitaciones sobrantes hacía alguna broma, como enviárselas a un señor escogido al azar en la guía telefónica, o dejarlas en el vestíbulo de un gran hotel, a ver si algún cliente picaba. A medida que se acercaba el día de la lectura, comprobé vagamente que el ambiente se caldeaba, que la cosa estaba teniendo más eco de lo acostumbrado y que las gacetillas se enredaban en la prensa como cerezas.

Efectivamente, el día de la lectura, por la mañana, yo ya sabía, más o menos, que iba a tener un lleno, pues los futuros asistentes me hablaban del acto con un fervor que iba más allá de la tediosa cortesía literaria. Esto empezó a preocuparme. Me metí en la pensión y estuve repasando las cosas que iba a leer. Efectivamente, cambié casi todo el programa, pensé unas palabras previas de más efecto e incluso revolucioné un poco mi atuendo a base de desmelenamiento y ropa prestada.

Sí, aquello iba a ser una fiesta inesperada. La gente, con unanimidad inexplicable, con esa dulce complicidad de las conspiraciones para el bien, se había puesto de acuerdo para llenar el salón. Demasiados amigos. Demasiados enemigos para después.

La sobremesa en el café, antes de la lectura, acabó de excitarme los nervios. Tomé un coñac para entonarme y luego una aspirina para calmar los efectos del coñac, después un estimulante para remontar los efectos de la aspirina, y finalmente lo devolví todo en el water del café. Iba a ir limpio a la corrida, sólo que hueco por dentro, debilitado por aquel tratamiento de urgencia, feble y tembloroso.

Me marché del café. Me fui a otro menos frecuentado para abrir allí la carpeta de mis folios y releerlo todo. No me sonaba a nada. Hubiera hecho una selección rigurosa, dejando la lectura en un cuarto de hora. Aquello era muy malo. Una oportunidad perdida de triunfar verdaderamente. Cuando ya me estaba acostumbrando a la mediocridad literaria y al ir tirando, venía este sobresalto de expectación. ¿Qué iba a pasar?

Llegó la hora de la lectura. Anduve bajo la lluvia buscando un taxi, para llegar dignamente al salón de actos. Iba cansado, indiferente, lleno del spleen de una gloria anticipada, pero el taxi no aparecía y empecé a llenarme de nerviosismo.

Al final bajé al metro. Me equivoqué de estación, salí por donde no debía y tuve que

tomar un tranvía para rectificar el itinerario. Creía que llegaba tarde, pero llegué con cierto adelanto, mojado, apretado, oloroso a metro y tranvía. Había ido dejando por el camino el rastro grato de la colonia a granel que la dependienta me vendía con descuento.

El portal, el ascensor, el bar, la calle, las escaleras, el pasillo, el salón. Todo tenía una vida inusitada. Había gente no prevista. Grabadores de las emisoras y más fotógrafos de los habituales. Creo que estaba, incluso, el desconocido invitado casual de la guía de teléfonos. Me puse muy nervioso.

—Vas a tener un lleno —me dijo el organizador. ¿Cómo ocurren estas cosas, cómo se teje la red cálida de la expectación, de pronto, en torno a alguien? Yo era el mismo de siempre, lo que iba a leer no tenía ninguna convicción para mí. Pero ya ni pensaba en las quinientas pesetas a cobrar. Iba entre pasillos humanos, estreché muchas manos desconocidas. Aquello era algo parecido al triunfo. ¿Qué secretas consignas ponen de acuerdo a tres fotógrafos, varias actrices y numerosos estudiantes? ¿Cómo se consigue esto? ¿Y por qué no se consigue otras veces? Ahora, después de muchos años en el toro, sigo sin saberlo.

El presentador tuvo palabras más elocuentes y cargadas que de costumbre. La sala estaba densa de expectación, grávida de público, y había esa estudiante sentada en el suelo, que es la que da la sensación de plétora, de interés apasionado y de éxito.

El silencio que se hacía ante mí tenía otra calidad que los silencios destartados de las primeras lecturas. Era como el silencio que precede a los grandes conciertos. Una cosa de terciopelo y miradas, de complacencia y resonancia. Empecé a leer con voz grave, lenta por insegura, honda por emocionada. La jarra, el vaso, la bandeja y el agua eran como una constelación gloriosa de plata y transparencia que yo tenía ante mí.

La lectura fue densa, segura, honda, y el público arropó con un silencio complacido el caudal grave de mi prosa. Yo estaba muy inseguro por dentro. Era un árbol hueco que conserva todavía, por una primavera, la frondosidad de su copa. La ovación final fue como el despertar de un millón de pájaros.

Me felicitaban, me rodeaban, me daban una amistad que no era ya la camaradería deshilachada de siempre, sino el fervor natural de un primer deslumbramiento no deteriorado aún por la distancia crítica, el enfriamiento y la rutina. Algo había ocurrido allí. Una pequeña, una mínima cosa, pero algo había ocurrido. A medida que me bajaba la fiebre del éxito, a medida que se hacían boquetes en el muro de la amistad y la gente, sentía por dentro la angustia de todo aquello, y conocí por primera vez la desolación de haber triunfado, siquiera fuese mínimamente.

Después de tabernas, amigos, copas, lecturas, elogios, prensa y muchachas, me fui solo a la pensión, a pie, para refrescar mi alma, para estirar las piernas acalambradas por la tensión, para tomar contacto de nuevo con mi ciudad desnuda, solitaria, nocturna. Realmente no había empezado nada. Al día siguiente habría que empezar de nuevo, en la redacción triste, el reportaje de batalla y la calle anónima. Pero comprendí aquella noche que la suerte estaba echada, que empezaban —ay— a tomarme en serio, que se había terminado para siempre la libertad salvaje, el temblor lírico del novel, el paraíso del anonimato, la vida silvestre de las calles.

Cené de mala gana, en la pensión, y me acosté llorando.

Madrid, junio de 1973.





FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

*Spleen de Madrid-2* (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.